

**UN VIAJE
AL INFIERNO.**

*Por D. J. M. A.
Man. B.*

IN VITAE

DE IMPERIO


de ...
de ...

UN VIAJE AL INFIERNO.

NOVELA ORIGINAL.

POR

D. Juan de Ariza.



TOMO III.

MADRID: — 1848.

IMPRESA DE D. JOSÉ MARIA ALONSO.

Salon del Prado, número 8.

UN VIAJE AL INTERIOR

NOTAS PERSONALES



D. Juan de Arana



TOMO III

MADRID—1858

IMPRESA DE D. JOSE MARIA ROMERO

Calle del Prado, número 8.

UN VIAJE AL INFIERNO.

CAPITULO I.

EL ARLEQUIN ANUDA EL HILO DE SU HISTORIA.



CLAVADO quedé sobre mi asiento, como una estatua sobre su pedestal, viendo á la máscara alejarse, y doblemente sorprendido de la crónica que me habia contado, y del rostro que no habia temido descubrirse. No me causaba admiracion el relato de la primera; porque el nombramiento del esposo de Sofia Amaranto, el haberse negado esta á recibirme ó el no haber venido á buscarme, su pronta marcha, y, sobre todo, la

sonrisa del señor ministro de Hacienda, eran datos muy terminantes, para que, añadiéndoles yo algunas fundadas conjeturas, no adivinara la catástrofe; pero me sorprendió muchísimo que una máscara, después de haber hablado con alguna emoción de un amor pasado y ardiente, después de haberme referido una crónica de tan mal género, se privará del salvo conducto que la estaba dando el incógnito; y me sorprendía mucho más que la maliciosa cronista fuera la desconocida del congreso. A estos motivos de extrañeza se unía otro que debía llamar mi atención, y era el fino tacto y esquisita habilidad con que, durante todo su relato, había satirizado crudamente á mis dos amadas; valiéndose para satirizar á Sofia de las palabras, que según ella, había usado mi antigua señora, y enunciando, como al acaso y por incidencia, los ocho lustros que no debía cumplir la última. Aunque es verdad que esta doble sátira se esplicaba bastante bien, teniendo en cuenta que la dama del dominó negro se contaba en el número de mis ex-amadas; y que por lo tanto debía agradarla mortificar mi orgullo, haciendo la caricatura de sus inmediatas sucesoras.

Después de haber hecho una por una las reflexiones que anteceden, me hubiera entregado á sacar moralidades ó moralejas de la crónica escandalosa y demas lances inmorales, si desde

que he dado en la fatal manía de escribir mi fatal viaje á la fatal corte del Infierno, no hubiera meditado mucho sobre los defectos y bellezas de cuantos escritores amenos me han precedido en la carrera que comienzo; y con mi juicio bueno ó malo no hubiera puesto en el número de los primeros el furor de moralizar, fundándome en el siguiente raciocinio. Si la historia contada tiene una moral clara y sencilla, el lector se hará cargo de ella, sin necesitar que se la indiquen; y dedicarse al minucioso trabajo de aclarar alguna palabra que puede parecer dudosa, sería ir pasando una panera de trigo, grano á grano, porque entre él se encontraba una sola arista: y si la moral que se desprende es tan confusa ó diminuta, que apenas se vé con microscopio, quererla poner de relieve sería aventar un almiar de paja, porque entre ella estaba esecondido un solo grano. Baste, pues, decir, que la crónica escandalosa me dejó asaz mohino; no porque la dama del pié pequeño tuviera cuarenta años cumplidos, responsabilidad que pesaba sobre mi homónimo, sino porque entre Sofia Amaranto, mi antigua amada y el señor ministro de Hacienda me habian hecho tablas un buen juego; y la responsabilidad de haberlo perdido pesaba realmente sobre mí. Esta idea, encendiendo un mucho mi sangre, me secaba no poco el paladar, y pedí un segundo vaso de naranja;

pero al aplicármelo á los lábios, se posó una mano suavemente sobre mi codo, lo bastante para no permitirme beber; volví la cabeza y me encontré con el bullicioso arlequin.

—Buen provecho, Palma de Jura: me dijo con jovialidad.

—Si no me permites beber, no me hará buen ni mal provecho: repuse.

—¿No sabes que, antes de beber, se dice: V. gusta?

—Sí, arlequin.

—Pues porque no habias cumplido ese deber para conmigo, te detuve el brazo.

—¿Gusta V. de un vaso de naranja, señor arlequin? le pregunté con una forzada sonrisa.

—Muchas gracias, señor don Nazario Palma de Jura: repuso, me dejó el brazo en libertad, ocupó el asiento que habia dejado mi pareja, y yo bebí un sorbo de naranja.

Guardamos silencio un instante, y lo interrumpió el arlequin, diciéndome:

—Palma de Jura, aquí me tienes, dispuesto á cumplirte mi palabra.

—¿Qué palabra? le pregunté, enteramente distraído.

—¿No quedamos en que esta noche te acabaría de contar la historia de Julio?

—Tienes razon: le respondí, no muy dispuesto á escuchar historias.

—Si estás decidido á escucharla, empezaré, Palma de Jura.

Calculé que el resto de la noche lo habia de pasar fastidiado; y dándome lo mismo fastidiarme solo que oyendo contar una historia, dije al arlequin:

—Puedes comenzar cuando te plazca, porque ya te escucho.

—Comienzo. »Reuniendo á la parte de historia que yo te conté antes de anoche, la que le habia referido momentos antes Dorotea, quedamos en que una muger no muy hermosa habia desechado el amor de Julio, para recibir los obsequios de un opulento capitalista; merced á los buenos consejos de una amiga bastante interesada; pues, como dijimos entonces, Dorotea y la íntima amiga de la muger no muy hermosa eran una misma persona. Mucho habia lastimado Julio el amor propio de Dorotea, contribuyendo á que Teodoro quedara libre de sus reveses; pero la hija del marqués del Campo tomaba venganza á su vez, hiriendo el corazon de Julio en lo mas recóndito y sensible. El amor del jóven hácia la muger que habia disputado al banquero era volcánico y profundo: era uno de aquellos amores, que, si la vida fuera eterna, vivirian una eternidad.

»Al hacerse perceptible y público el triunfo del capitalista, acababa Julio de consumir los

últimos miserables restos de su mediano patrimonio, sumiéndose instantáneamente en una espantosa miseria; miseria tanto mas sensible, cuanto que sabia que la preferencia dada al banquero no era una preferencia de corazon, sino una preferencia de cálculo; una preferencia fundada en el deseo de aparecer con un fáusto deslumbrador ante los ojos de la corte: es decir, ante el deseo de colocar su deshonra sobre un pedestal muy elevado, para que no quedara duda de ella, para que la vieran desde lejos.

»Si se hubiera visto Julio pospuesto á un hombre de mas corazon; á un hombre amado por sí mismo; hubiera sufrido mas su alma, hubiera llorado en silencio su inferioridad, reconociéndola, pero no se hubiera lastimado tanto su orgullo, ni hubiera sentido la mano invisible de la suerte, que encumbrando á unos, aun mas allá de sus deseos, arrastra despiadada á otros: no hubiera conocido al menos, que un poco de oro le privaba la posesion de una mujer.

»En la imaginacion del jóven, tomaban forma las ideas con prodigiosa rapidez, y cuanto mas pensaba en ello menos doblaba la frente al yugo que su destino le imponia. Despreciaba profundamente á la mujer, que se vendia como un buen caballo de raza ó un frágil juguete de moda. Si la hubiera visto á sus pies, ofreciéndole amor y vida, la hubiera pisado con desden ó rechazado

lejos de sí; pero no podia resignarse á la idea de haber sido vencido: no queria que se proclamára el imperio del oro, humilde producto de la tierra, sobre el genio, brillante destello de Dios.

Después de una noche de insomnio, en la cual le habia atormentado una idea fija con mas intensidad que otras veces, se levantó Julio resuelto á que no volviera á atormentarle la misma idea bajo las mismas formas; se vistió con el mayor esmero; cojió dos pistolas de combate, aunque de medianas dimensiones; las ocultó perfectamente bajo su gaban, y salio, con la mirada altiva y fiera, y el andar resuelto, que indica una decision importante. Atravesó dos ó tres calles, sin reparar en las personas que lo saludaban al paso; llegó á una casa de bastante buena apariencia aunque nada monumental, el palacio de un rico; subió la escalera pausadamente, tan seguro estaba de que nada podria hacerle variar ni modificar en lo mas mínimo su resolucion; sacudió la campanilla, como si lo llevara allí negocio de poca importancia; preguntó por el dueño de la casa; y fué conducido á un aposento, magníficamente amueblado. Esperó cinco ó seis minutos, al cabo de los cuales entró el banquero, cuyo oro le habia arrebatado su amor.»

—Adios, Julio; dijo el banquero, manifestando alguna estrañeza de encontrarlo.

—Adios : repuso Julio , con el laconismo que acompaña á las firmes resoluciones.

—¿A qué debo el gusto de verte ? preguntó el banquero : procurando dar á su rostro una espression de tranquilidad y aun de alegría que desmentian completamente el leve temblor de sus lábios , lo balbuciente de sus palabras , lo inseguro de su mirada , lo forzado de su sonrisa y la palidez de su semblante.

—He venido , repuso Julio con solemne impasibilidad , á proponerte un duelo.

El banquero retrocedió dos ó tres pasos , y murmuró despues :

—No comprendo... ¿Pero de parte de quién vienes á proponerme ?...

—De parte mia.

—¿Y qué razon has tenido para ?...

—Ninguna. Vengo á darte la muerte , ó á recibirla de tu mano , por puro capricho.

—Pero , Julio , bien sabes que en casos semejantes se buscan padrincs , y ellos tratan...

—Ellos tratan , generalmente , de que el duelo no se realice.

—Examinan , en primer lugar , si hay justo motivo para un duelo ; si no lo encuentran desisten de él...

—Y como nuestro duelo ha de efectuarse , son inútiles los testigos.

—Pero aunque el duelo se efectúe, ellos arreglan las condiciones, elijen las armas.

—Como nuestro duelo ha de ser á muerte, tengo elegidas las pistolas; y respecto á las condiciones, no me parece muy difícil que las arreglemos los dos.

El banquero guardó silencio, no sabiendo qué responder á las terminantes razones de su implacable competidor; Julio echó la llave á la única puerta de salida que tenia el aposento; puso sus pistolas sobre un velador, y añadió:

—Ahí tienes dos pistolas cargadas: elige la que te parezca mejor.

—Pero, Julio... murmuró el banquero, sin tocar las armas.

—Son inútiles las palabras. Toma una pistola y acabemos.

—¿Pero dime, al menos, por qué estás empeñado en matarme?

—Porque posees una mujer á quien yo amaba: respondió Julio, con su siniestro laconismo, é indicando con un ademán al banquero que cojera un arma.

—Considera, Julio, que, por mas difícil que parezca, quizás encontremos un medio...

—¿Vas á proponerme, por ventura, que estás inclinado á cedérmela? preguntó el jóven, con una espresion que revelaba profundo desprecio hácia los dos.

—No te la cederé jamás, porque la amo: dijo el banquero con alguna mas energía.

—Lo mismo me da: repuso Julio con su glacial indiferencia.

—¿Pues qué quieres?

—Que uno de los dos quede aquí; replicó: y cogiendo las dos pistolas por los cañones las presentó al capitalista, que retrocedió algunos pasos.

• Adelantó Julio rápidamente la distancia que habia retrocedido el banquero, y sin dejar de presentarle las pistolas, añadió con aterradora sangre fria:

—Si no estás dispuesto á batirte, me obligarás á cometer un asesinato.

• Estas palabras, pronunciadas con un aplomo que no permitia dudar que el hecho iba á seguirse á la amenaza, impresionaron fuertemente al amedrantado capitalista; y por un movimiento impensado y maquinal se apoderó de una pistola, y retrocedió algunos pasos. Julio marchó en direccion opuesta, y un segundo despues se encontraban á diez pasos uno de otro, y mirándose fijamente.

• En las pupilas del banquero se leia una mortal angustia, mientras las del jóven brillaban con un fuego fascinador. Despues de un minuto de pausa, dijo Julio:

—Arma tu pistola, y dispara. Te permito tirar primero.

» El banquero se estremeció; y haciendo un esfuerzo, repuso:

—Este duelo no puede realizarse, Julio; porque sería un verdadero asesinato.

—No puede haber asesinato entre dos hombres provistos de las mismas armas, prevenidos, y que se miran frente á frente. Arma tu pistola, como yo armo la mia; perfílate, como yo me perfilo; apunta y dispara.

» El jóven armó su pistola, y se perfiló, quedando en guardia: el banquero armó también la suya, se perfiló, levantó el brazo, apuntó un segundo, y bajando su arma, volvió á murmurar, mas abatido y preocupado:

—Estoy resuelto á no batirme, y no dispararé jamás.

» Julio no repuso palabra; marchó de frente con paso firme y reposado, y apoyando el cañon de su arma sobre el corazon del banquero, murmuró á su vez con voz hueca:

—Ya que nos has querido que te mate como á hombre, te mataré como á un cordero.

—¡Julio, Julio! exclamó el capitalista, desplomándose sobre un sofá y dejando caer la pistola que no sabia usar en su defensa, contra el hombre que le amenazaba.

» Miró Julio desdeñosamente al banquero; retiró el cañon de la pistola; se cruzó de brazos; alzó su frente despejada, y dijo:

—¿Temes morir?

—Si temo morir: murmuró el banquero tristemente.

—Y sin embargo, yo estoy resuelto á arrancarte la vida.

—¡Julio!

• Guardó el jóven profundo silencio durante cinco ó seis minutos.

—Estoy buscando un medio, para no tener que asesinarte; dijo despues.

—Busca, Julio, un medio cualquiera: repuso el banquero suplicante.

—Por mas que lo busco no lo encuentro: murmuró, lanzando una carcajada feroz.

• Esta carcajada resonó en el alma del capitalista, dejándola helada de espanto. Quiso replicar, y las palabras se anudaron en su garganta: quiso huir y le abandonaron las fuerzas. Julio le lanzó una mirada de desden, mas aguda que cien puñales para un corazon bien templado: dió algunos paseos por la estancia, y parándose de improviso, añadió:

—Acabo de encontrar un medio, que puede salvarte la vida, ó prolongártela á lo menos.

—Lo admito: repuso el banquero en un exceso de alegría.

—Bueno será que te lo explique y que pienses en él un poco: añadió el jóven con solemne tranquilidad.

—Si vas á imponerme condiciones, las acepto desde este instante, por mas onerosas que sean.

—Voy á proponerte una gran jugada de bolsa. ¿Tendrás valor para aceptarla?

—Tú arreglarás las condiciones, yo daré mi firma y partiremos las ganancias.

—¡Miserable! exclamó el jóven con furor: pero dominándose al momento, clavó en el banquero una mirada fiera á la par que desdeñosa, y añadió con extraordinaria frialdad:

—No trato de cobrar diferencias ni de que partamos los despojos de cien pobres padres de familia. Nuestra jugada va á tener un carácter escepcional; unas condiciones especiales, y como jugaremos en pugna, ganaremos uno de los dos, para lo cual perderá el otro de seguro.

—No puedo adivinar, amigo mio, lo que pretendes proponerme.

—Yo me explicaré de manera que, sin necesidad de adivinar, me comprendas perfectamente. Vamos á jugar uno á la alza y otro á la baja, como casi siempre sucede. ¿Me vas comprendiendo?

—Sí, Julio: pero no encuentro nada de extraño en las condiciones que has propuesto.

—Eso consiste en que debemos tratar por partes. Respóndeme ahora. ¿Quieres jugar á la alza ó á la baja?

—A la alza : repuso el banquero , con la seguridad de un hombre acostumbrado á los negocios.

—¿Y á qué fecha quieres jugar? le preguntó su antagonista , con la sangre fria de un agente.

—A sesenta dias : replicó el banquero con la misma formalidad.

—Larga es la fecha , pero acepto. Si al cumplir los sesenta dias , plazo fijo , está el tres por ciento á mas cambio de treinta y uno , tú has ganado , y si á menor cambio has perdido.

—Exactamente. Y podremos atravesar la cantidad de.....

—La cantidad quiero yo fijarla : dijo el jóven con altivez.

—No tengo el menor inconveniente ; pero como hasta ahora me habias dejado la eleccion.

—Por lo mismo debo elegir yo alguna vez : repuso Julio con sarcasmo.

—Tienes razon. Designa , pues , la cantidad que atravesamos.

•El joven miró fijamente al banquero , como el esgrimidor que busca el flanco á su enemigo , y dijo :

—Jugamos una cantidad imaginaria , de un valor muy convencional.

—No te comprendo , amigo mio. Espíciate con claridad.

—Jugamos vida contra vida: dijo Julio solemnemente.

—¡Julio! exclamó el banquero, como si le hubiera herido un rayo.

—Ni una palabra mas. Aquí hay un tintero, un papel; escribe lo que yo te dicte.

» El banquero tomó la pluma, despues de ineficaces ruegos, y escribió, dictándole Julio.

» *Hoy diez de marzo de mil ochocientos..... he jugado mi vida contra la de Julio de..... él á que bajan y yo á que suben los títulos del tres por ciento en sesenta dias, plazo fijo. Si pierdo y no cumplo mi palabra, declaro que mi infamia es hija de una invencible cobardía.*

» Firmó el banquero; Julio se guardó el papel, tomó las pistolas, saludó al turbado capitalista, y se retiró con la mayor tranquilidad.»

CAPITULO II.

EL USURERO.

UN duelo (aplazado á sesenta días) es capaz de consumir hora por hora la vida de los combatientes de impaciencia y de sobresalto; y una jugada, como la que habia propuesto Julio y aceptado el capitalista, era cien veces mas fatal que un duelo aplazado; y por lo mismo que dejaba una alternativa terrible, debia producir una zozobra mas punzante. Dos hombres estaban frente á frente; dos hombres corrian sus azares; veamos lo que estos dos hombres hacian, de qué manera soportaban el peso del gran anatema de muerte que se habian lanzado á la vez.

»Hemos dicho que el jóven Julio acababa de consumir los últimos miserables restos de su pa-

rimonio, y que se hallaba á las puertas de la miseria tanto mas estrechas para él, cuanto que nunca habia atravesado sus umbrales. Sus relaciones en la córte eran numerosas y brillantes; pero las habia adquirido todas á título de hombre esplendido é independiente, y nada podia esperar de ellas en situacion tan apurada, porque nada estaba dispuesto á pedirles. Al principio de una partida, cuyo fin estaba señalado, no creia deber afanarse en buscar una posicion que podia durarle una hora, y veia avanzar, como un caminante perdido en los sombríos bosques de la India, la miseria de un lado y la muerte del otro; tigres hambrientos que se disputaban su presa, que no cejaban en su empeño y que al fin acabarían por devorarla. Julio contemplaba impasible la proximidad de las dos fieras; y con la tranquilidad de un hombre que vé un puerto en la muerte y en la vida una cruel borrasca, gozaba en ver como las dos se disputaban la misma presa, sin apercibirse quizás de que una sola podia cebarse en sus despojos. Venian á turbar este estoicismo algunas pequeñas miserias, á las cuales podia hacer frente, pero se paraba turbado ante pequeños sacrificios. Poseia Julio algunas alhajas de mediano valor, bastantes á sacarlo de los apuros del momento; no tenia á ellas ningun apego; necesitaba enagenarlas; estaba dispuesto á efectuarlo; y sin embargo no se

atrevia á presentarse como vendedor de unos efectos que revelarían su escasez. Se esplican todos que un banquero no disminuya su boato cuando está amagado de quiebra; porque comprenden que perdiendo la confianza de sus corresponsales hace inevitable su ruina: pero no comprenden la repugnancia de un individuo aislado, que ni puede ni quiere engañar, á patentizar su mal estado; porque para comprender bien esta repugnancia invencible es necesario prescindir de los cálculos matemáticos; separarse del mundo real, y remontándose á la region del sentimiento, mundo especial que ha creado la omnipotencia divina para que las almas privilegiadas se eleven á él, dilatándose en una atmósfera mas pura, juzgar solo por sentimiento; ó mejor dicho, no juzgar, porque el sentimiento no juzga, sino aprueba, comprende y adivina.

• Algunas noches pasó Julio de cruel insomnio, meditando de qué manera podría enagenar sus alhajas sin que las gentes con quienes vivía pudieran apercibirse de ello: y despues de mucho meditar, despues de violentarse mucho, se decidió al gran sacrificio, y reuniendo todas su joyas salió en busca de comprador, no pensando en el mejor negocio sino en aquel que le ofreciera inmediata realizacion. Recorrió al acaso varias calles, deteniéndose en todas las puertas de los plateros, compradores de alhajas y prestamistas de

casa abierta, y no atreviéndose á pasar sus umbrales; hasta que un conocido suyo, de esos que se creen superiores á la sociedad en que viven y toman al mundo por juguete, le cojió del brazo con la franqueza que los distingue, y le dijo:

—¿A dónde vas, amigo Julio, tan de madrugada?

—No sé: repuso Julio secamente, preocupado, triste y sombrío.

—¿Traes entre manos alguna aventura amorosa?

Julio creía que todo el mundo podía leer lo que pasaba en su interior; y como su rostro sombrío y lo desabrido de sus respuestas podían auxiliar á la superior inteligencia que concedía graciosamente á cuantos se acercaban á él, repuso con jovialidad:

—Tú sabes muy bien que en Dramalla no faltan de esas aventuras.

—Dichoso tú, que puedes entregarte á ellas con tranquilidad y á todas horas.

—¿No te encuentras en el mismo caso? preguntó el jóven con una sonrisa de duda.

—No, Julio. Vengo de tener una entrevista con don Lausdeo Chupa.

—No conozco á ese caballero, repuso Julio; llamándole algo la atención lo gráfico del apellido.

—Bien se conocè que no has estado *eu Peña-randa*: replicó su interlocutor.

—¿Qué tiene que ver Peñaranda con don Lausdeo Chupa?

—Preguntárselo á un magnífico alfiler de brillantes, que habras visto brillar otras veces en mi camisa, y que por desgracia no ves en este crítico momento.

—Segun eso ¿don Lausdeo Chupa es un ladrón? preguntó Julio.

—Sí y no: repuso el conocido de don Lausdeo con la mayor formalidad.

—¿Quieres explicarme ese *si y no*, que por mas que hago, no comprendo.

—Voy á explicártelo. Don Lausdeo Chupa no es ratero ni mucho menos salteador de caminos; en este concepto te digo que don Lausdeo Chupa no es ladrón. Don Lausdeo Chupa es un redomado usurero; y en este concepto te digo que don Lausdeo Chupa es ladrón.

•Estas palabras hicieron recordar á Julio su situacion, y comprendió inmediatamente que un hombre como don Lausdeo le venia de molde en tal caso. Pensó que con alguna maña le seria fácil averiguar el nido de Chupa, y dijo á su interlocutor:

—¿Pues si vienes ahora de casa de don Lausdeo Chupa, traeras andada media legua?

—No tal. Don Lausdeo Chupa vive en la calle

del Hospicio, número primero, cuarto buhardilla, para lo que gustes mandar y él esté pronto á complacerte.

—Dios me libre de don Lausdeo, murmuró Julio : y los dos amigos marcharon en encontradas direcciones, tomando Julio la que conducía á la casa del usurero.

»Rápidamente atravesó la distancia que lo separaba de la fatal calle del Hospicio, porque no quería detenerse, temiendo perder el valor que necesitaba para encararse con el redomado usurero : entró de corrido en el portal y subió dos ó tres tramos de escalera. Se paró, para tomar aliento, y volvió de nuevo á sentir la maléfica repugnancia que, como una funesta pesadilla, sin descanso lo perseguía. Queriendo buscar justa causa para no hablar á don Lausdeo, se llevó la mano al bolsillo como si temiera haber olvidado las alhajas ; y, encontrándolas, tuvo un momento de quererlas hacer pedazos, para privarse de este modo del único medio de subsistencia que le quedaba, y que solamente le servía para tenerlo en una continua zozobra ó causarle una dolorosa humillacion. Iba á realizar su pensamiento, cuando le asaltó otra nueva idea, única capaz de hacerle variar su proyecto. Recordó que el nueve de mayo tenía que saldar su compromiso con el rico capitalista; que era necesario vivir sesenta dias, sopena de no ver el éxito de tan importan-

te jugada; que para vivirlos sin que notaran su indigencia necesitaba algunos fondos, y que se encontraba á dos pasos del hombre que proporcionárselos podia. Este fundado raciocinio le hizo subir con rapidez los cinco tramos de escalera que hasta la boardilla quedaban; y sin pararse á meditar dió tres golpes en una puertecilla angosta y baja, pero bastante doble, y provista de una ventanilla con chapa de hierro, en forma de criba, de modo que desde adentro podia verse con la mayor comodidad al que llamaba, sin que este descubriera al brujo de aquel misterioso desvan. Minutos despues de haber dado Julio los tres golpes, oyó rechinar la ventanilla y poco despues una voz que preguntaba:

—¿Quién es?

—Gente de paz: respondió Julio, no sabiendo cómo anunciarse.

—¿Qué se le ofrece á V., caballero? prosiguió la voz preguntando.

—¿Vive aquí el señor don Lausdeo Chupa? preguntó el jóven á su vez.

—Sí señor: repuso la voz con acento algo desapacible.

—Deseo hablar á ese caballero: insistió Julio, con la mayor urbanidad.

—¿Quién es V.? volvió á preguntarle la voz con acento mas repulsivo.

—Esta pregunta tan sencilla y natural puso al

jóven en un compromiso terrible. En primer lugar no queria decir su nombre y apellido; y en segundo, porque nada adelantaria con pronunciarlos, porque eran, ó debian ser completamente desconocidos. En tan crítica situacion, se acordó del socorrido amigo, que sin apercibirse de ello, lo habia conducido hasta allí, y usando para sí uno supuesto, respondió:

—Me llamo Florentino Perez, y vengo de parte de don Tomás Castro y Contreras.

—¿Y qué ha dicho á V. don Tomás? preguntó la voz otra vez.

—Que, para que no duden que vengo de su parte, diga que acaba de salir de aquí.

—Puede V. haberlo visto salir, y prevalerse de ello.

Julio estuvo para renunciar á su entrevista, por no sufrir mas humillaciones, pero haciendo un violento esfuerzo repuso:

—Es verdad que puedo haberlo visto salir; pero no podria saber, á no haberlo dicho Castro y Contreras, que acababa de entregar á don Lausdeo un rico alfiler de brillantes.

—Eso es muy distinto, caballero: repuso la voz. Julio oyó un ligero ruido de pasos; pasados algunos momentos el ruido de pasos mas sonoros; y por último el rechinar de dos cerrojos y de un pesado picaporte.

—Pase V. adelante, caballero: le dijo, al

abrirse la puerta, una voz de hombre: siendo de notar que la que le habia preguntado antes era, sin duda, de mujer.

Entró Julio resueltamente, y se encontró delante de un hombre de sesenta y cinco á setenta años; alto, flaco, de nariz afilada, boca hundida, salientes pomulos, ojos medio cristalizados, frente aplastada, cabellos grises y en desórden. El vestido de este personaje se componia de un gorro de lana, cuyo color era imposible definir; un paletó de bayeton, remendado, por varias partes, de paño y bayeta de varios colores; una camisa de algodón casero, estraordinariamente sucia; un pantalon, cuya primitiva tela y color era imposible adivinar, y unas chancas de bendo, tan derrotadas como el traje. Este hombre, que parecia escapado del cesto de un traperero, era don Lausdeo-Chupa en cuerpo y alma, si es que tiene alma un usurero.

Apenas atravesó Julio el umbral, no sin abollarse el sombrero, rechinó la maciza puerta, y don Lausdeo corrió los robustos cerrojos. Ejecutada esta operacion, la mas importante sin duda que podia hacer un usurero, se colocó Chupa delante del jóven, para irle enseñando el camino. Atravesaron un pasillo, desmantelado y tortuoso, y entraron en una cocina mugrienta y con un miserable ajuar. En esta cocina se encontraba una mujer de sesenta años, vestida con

el mismo lujo, aunque con alguna mas limpieza que don Lausdeo, y entretenida en hacer media. En el fondo de la cocina se veia una puerta, al pié de la cual estaba echado un hermoso mastin, única alhaja que hasta entonces habia presentado la casa; y á la derecha de esta puerta se veia otra, que daba paso á una salita buhardillada. Cuando penetraron en ella, vió Julio que todo su mueblaje se componia de una estrecha mesa de pino, un armario de la misma madera, dos sillas de enea, y una cortina de percal, que cubria á medias la puerta de una alcoba; en cuyo fondo se veia un lecho, compuesto de dos bancos trémulos, cuatro tablas bastante desiguales, un mal gergon, dos sábanas de lienzo crudo, y unas mantas hechas pedazos. A una invitacion del usurero, ocupó Julio una de las sillas, y don Lausdeo se sentó en la otra; dejando la mesa entre los dos.

—Segun me ha dicho mi mujer, dijo el usurero con voz dulce. ¿Viene V. recomendado aquí por el señor don Tomás Castro y Contreras, que es un buen sugeto y mi amigo.

—Sí, señor: le respondió Julio con estraordinaria turbacion.

—¿Y en qué puedo servir á V.? volvió á preguntarle don Lausdeo.

—Por circunstancias especiales me encuentro en un muy grave apuro...

—Amigo mio, le interrumpió Chupa; Vds. los jóvenes, no conocen el valor que hoy tiene el dinero, y lo malgastan como si tuvieran un cuño á su disposicion.

El jóven no estaba dispuesto á escuchar los sermones del usurero; mas no pudiendo prescindir de sufrirlos, sin renunciar á su pretension, creyó lo mas prudente acortarlos, respondiendo en el mismo tono:

—Es verdad que en muchas ocasiones no sabemos atemperarnos á las circunstancias, y que gastamos algo mas de lo necesario; pero en cierto modo es disculpable nuestra conducta, cuando contamos, para salir de cualquier apuro, con alahajas de algun valor.

—Esa es la obligada cantinela que estoy oyendo diariamente; y es que cuentan con nuestros bolsillos como si fueran inagotables. Hoy mismo me he visto apurado para proporcionar al señor don Tomás Castro y Contreras doce onzas, que no hubiera entregado á nadie sino á él.

Julio empezaba á impacientarse; y queriendo acabar de una vez la discusion, adversa ó favorablemente, sacó del bolsillo un estuche, y, poniéndolo sobre la mesa, dijo al usurero:

—Tenga V. la bondad de abrir ese estuche y de ver lo que contiene.

Don Lausdeo se caló unas gafas de hierro con dobles cristales; tocó el resorte del estuche; sacó

un reloj de oro; abrió sus cajas; y, despues de haberlo examinado, dijo con indiferencia:

—Frenk.

—Frenk: murmuró Julio, repitiendo la palabra del usurero con diferente acentuacion.

—Este reloj, repuso don Lausdeo, bien valdrá mil quinientos reales.

—Me ha costado cinco mil quinientos: dijo el jóven con frialdad.

—No lo estraño; pero si V. trata de venderlo verá lo que le dan por él; y si lo empeña en el Monte de Piedad le harán el préstamo, teniendo en cuenta únicamente el valor de sus cajas.

—Adelante: murmuró Julio: y tomando el usurero la sortija, dijo:

—Este brillante valdrá tres mil reales, como si fueran un ochavo.

—Ese brillante ha costado quinientos duros: repuso el jóven con una sonrisa forzada.

—El valor del dinero aumenta y el de las piedras disminuye.

—Adelante.

—Estas dos cadenas mil reales valdrán ó poco menos.

—Esas dos cadenas han costado mil quinientos reales cada una.

—Pero V. conoce muy bien que en estas cosas las hecharas cuestan mucho.

—Adelante, adelante.

El usurero se detuvo un momento ; echó una mirada codiciosa á las alhajas , y murmuró, como si temiera cometer una irreparable imprudencia:

—¿Qué cantidad necesita V., caballero?

—Veamos lo que importan estas alhajas, segun la tasacion que V. ha hecho ; dijo Julio.

—Mil quinientos reales el reloj y mil las cadenas , son dos mil quinientos ; y tres mil la sortija son cinco mil quinientos reales ; si no he formado mal la cuenta.

—Bien está : necesito los cinco mil quinientos reales.

—Eso es imposible , caballero.

—¿Imposible murmuró Julio ? mordiéndose los lábios de ira.

—Absolutamente imposible. ¿Si proporcionára á V. los cinco mil quinientos reales , que garantía tendria el prestamista para cobrar sus intereses?

—Tiene V. razon.

—Y como el menor interés que puede sacarse al dinero es un real por duro al mes , y durante un año tendrá V. guardadas sus prendas ; para garantir el sesenta por ciento anual , solo puedo proporcionar á V., y eso porque quiero servirlo, tres mil reales.

Julio se mordió de nuevo los lábios , con mas despecho y mas violencia ; pero considerando que con aquella cantidad podria pasar medianamente

los dos meses que , quizás , le quedaban de vida , respondió con tranquilidad ó indiferencia :

—Recibiré los tres mil reales.

—Dije á V. que con mucha dificultad habia reunido las doce onzas , que entregué al señor don Tomás Castro y Cárdenas ; y por lo tanto tengo que dirigirme á otro prestamista , que no vive lejos de aquí. Mi muger irá en un momento : si V. quiere , puede esperarla , y si no darse una vueltecita.

—Prefiero esperarla.

—Es lo mejor.

Don Lausdeo colocó las alhajas en el estuche y salió á la cocina. Julio oyó abrir y cerrar una puerta , que le pareció demasiado próxima para ser la de la buhardilla , y momentos despues volvió á presentarse don Lausdeo , frotándose mano con mano ; clara señal , en un usurero , de haber terminado un buen negocio. Entre el jóven y don Lausdeo no podia entablarse buenamente conversacion de ningun género ; pero el usurero queria dejar satisfecho á su cliente , y , recurriendo á la invencion , le contó dos ó tres historias de pérdidas considerables , que lo habian puesto en la humillante situacion de ser un agente de préstamos en vez de un prestamista verdadero. Julio procuraba distraerse para no oír las finjidas cuitas de don Lausdeo , y cuando percibió de nuevo abrir y cerrar una puerta , res-

piró con mas libertad ; seguro de que la presencia de la muger del usurero iba á sacarlo de aquel insufrible tormento. Don Lausdeo se levantó al punto , salió al momento á la cocina, y volvió trayendo en la mano un papel. Ocupó de nuevo su asiento ; desdobló con mucho cuidado el envoltorio, y derramó sobre la mesa, procurando que no sonáran al caer, algunas monedas de oro. Las empujó con sus flacos dedos hácia Julio, y le dijo con voz melosa :

—Entérese V., caballero.

—Bien estará : repuso Julio, empezando á guardar las monedas.

—El dinero es para contado. Mire V., ocho onzas de oro, tres monedas de á cuatro duros, una de dos, y medio duro resellado.

—Exactamente.

—Que suman...

—Dos mil ochocientos cincuenta reales.

—Cabalmente.

--Meparece que habíamos convenido en tres mil.

—Justo : pero ha sido preciso rebajar el cinco por ciento del primer mes y el cinco por ciento de mi corretaje. Ya vé V., no tengo otro modo de vivir, y los tiempos son tan fatales.

—Convenido, señor don Lausdeo : repuso Julio levantándose.

—Sabe V. que esta humilde buhardilla está á su disposicion.

—Mil gracias.

—Cualquiera cosa que á V. ocurra....

—Sé muy bien el favor de V.: y atravesando la mugrienta cocina, cruzó el umbral, acompañado de don Lausdeo, que quiso despedirlo hasta el primer peldaño de la escalera, y que, volviéndose á su nido, se apresuró á correr los cerrojos.

CAPITULO III.

LOS SESENTA DIAS.

LIBRE Julio de la pesadilla que le habia atormentado hasta entonces, bajó la pendiente escalera de la casa de don Lausdeo con el ánimo mas tranquilo; y su corazon se dilataba, como si acabáran de quitarle un peñasco que lo abrumára bajo su enorme gravedad. Se encaminó inmediatamente á su alojamiento; pagó á su huésped adelantado hasta el nueve de mayo inclusive, y dividió el dinero restante en seis porciones iguales, imponiéndose la irredimible condicion de no gastar mas que una de ellas en cada periodo de diez dias. Presupuesto este buen arreglo económico, relegó á lo mas hondo de su alma las penas que lo atormentaban; y, con el

rostro placentero, continuó siguiendo el torbellino de una sociedad que solo exige buenas y agradables apariencias.

»Los que habian creído, y con razon, que Julio amaba tiernamente á la muger no muy hermosa, no comprendian su jovialidad, nisabian explicarse cómo no habia provocado al banquero. Es verdad que no veian arder la sangre de su corazon, como las entrañas de un volcan; no descubrian la mano de hierro, que, en forma de garra, se hundia en su cerebro enrojecido, ni sabian la terrible apuesta que entre los rivales mediaba. El jóven, con la frente altiva y el corazon despedazado; con una sonrisa en los labios y una lágrima dentro del alma, desafiaba intrépidamente la mirada de Dorotea amenazadora y radiante, como la espada del Querube; no esquivaba nunca encontrarse con la muger no muy hermosa, y decia su arrogante silencio á cuantos conocian la historia de su amor. »Si me »creeis vencido, os engañáis lastimosamente: he »probado en tan brava lid el temple esquisito »de mis armas: mirad mi frente, y no hallaréis »en ella la negra sombra del dolor. ¿Quereis penetrar en lo mas oculto de mi alma? francas »contrareis sus puertas, penetrad hasta lo mas »recóndito. ¿Qué veis en su fondo? un amor »trocado en desprecio, para ella; en amargura, »para mí. No creais jamás que esta amargura es

» hiel, que lastima los labios durante un minuto:
 » no, no. Esta amargura es un veneno, que car-
 » come segundo por segundo: es la muerte; esa
 » muerte lenta que trae consigo la tranquila des-
 » esperacion. No creais, tampoco, que el des-
 » precio es indiferencia ó desden. No creais que
 » no he perdido nada, ó á lo menos, que yo creo
 » no haberlo perdido: no, no. Yo sé que he per-
 » dido muchísimo.... No he perdido una muger.
 » ¿Qué es una muger en la vida? un dia de sol
 » mas en el invierno; una rosa mas en el estío.
 » He perdido una hermosa ilusion: he perdido
 » mi fé, mi creencia. En el fondo de mi despre-
 » cio, como en el fondo de mi amargura, está la
 » muerte: porque mi corazon me dice: *Ama*, y
 » mi cabeza me dice: *No debes amar*. Aqui teneis
 » de manifiesto el negro abismo de mi alma. ¿Me
 » direis, quizás, que estoy vencido? Es una lo-
 » cura imaginarlo: ¿Os causa vértigos asomaros
 » al borde del profundo abismo? Si os causa vér-
 » tigos, vosotros sereis los vencidos, yo no: por-
 » que yo penetro en sus entrañas; examino sus
 » hondas cavernas; busco antorchas, que me
 » manifiesten su horror; y vivo en su fondo jo-
 » vial, tranquilo, indiferente. ¿Quién de voso-
 » tros ha sospechado que padezco? ninguno. Pues
 » ahí teneis como yo triunfo. Lanzo á una socie-
 » dad estúpida mi cruel sarcasmo; y repite mis
 » carcajadas, y se burla como yo me burlo, y

» sigue la senda que la trazo, y la pierdo en un laberinto, y no conoce mi dolor.»

» Esta era la vida de Julio; la ha trazado en pocas palabras; pero cada una de ellas es un signo, grabado con hierro candente ó con flamíjero buril.

» La ájitada vida del banquero presentaba completamente el reverso de la medalla de la de Julio, fria, tranquila y aparentemente glacial. No perdía de vista un solo instante el capitalista la gran jugada; y desde que consintió en ella, dedicó toda su actividad, todos sus capitales é ingenio á salir triunfante de un negocio, en el cual podia perder á un tiempo vida y fortuna, sin esperanza de ganar nada; porque la existencia del jóven no era, por entonces, un obstáculo, que mereciera derribarse á costa de tantos sacrificios.

» Aunque estaban acostumbrados los jugadores y agentes de bolsa, á la actividad y osadía del afortunado banquero, las llevaba á tan alto punto en aquella ocasion, que todos se preguntaban el motivo; y pugnaban por adivinar el secreto de aquella jugada colosal: y tan colosal, que en los cuatro primeros dias siguientes al de la esplicacion entre Julio y su antagonista, habia comprado este, á distintos precios, superiores todos al treinta y uno, y á fecha de sesenta dias, cuatrocientos millones de treses. Esta

gran compra elevó los fondos á treinta y euatro; y el banquero creyó un momento que habia ganado la partida.

» La atencion del capitalista, aunque profundamente ocupada en su gran jugada de bolsa, tenia que atender, y no poco, á los cuidados de su amor. Acostumbrado á mantener á sus mancebas, como á sus caballos, espléndidamente; y creyó, que en proporcionando á su amada un tren brillante, ricas joyas, tendria satisfechos sus deseos y cautiva su voluntad: pero se engañó completamente; encontrándose con una muger que no se parecia en lo mas leve á sus anteriores amigas.

» Principió la muger poco hermosa por presentarse como víctima de una pasion; por engrandecer el sacrificio de sus deberes, hecho en las aras de la pasion; por rechazar altivamente todo agasajo, y por no presentarse nunca como enteramente subyugada, sino como muger que lucha entre su deber y su amor. Este modo de conducirse, perfectísimamente hábil, obligaba al capitalista á dar una batalla diaria: de la cual frecuentemente salia vencido y muy pocas veces vencedor; quedando siempre su deseo vivo y mas arraigado su amor.

» Con las violentas emociones que acababa de experimentar al lado de aquella muger incomprendible, corria el banquero velozmente al edi-

ñicio de la bolsa, y si encontraba que el tres por ciento habia bajado un solo octavo, perdía su aplomo, hacia algunas compras al contado, y se afanaba mas y mas, hasta restablecer el equilibrio ó inclinar la balanza hácia el lado en que su vida y su fortuna pesaban contra otra vida y una heróica resolucíon.

» Asi trascurrieron uno á uno los sesenta dias prefijados; y á las once de la mañana del dia diez de mayo, se encontraba el capitalista en la misma sala en que el diez de marzo recibió las proposiciones de Julio. Habia dicho á todos sus lacayos que no estaba en casa para nadie, excepto el jóven, y se paseaba á largos pasos; llevándose de vez en cuando ambas manos á la cabeza, con claras muestras de inquietud. A las once y media entró Julio, con el mismo traje que el diez de marzo; se acercó á una mesa; puso sobre ella las mismas pistolas que trajo sesenta dias antes; tomó asiento en una butaca; indicó otra al banquero, que se habia parado á su vista, y dijo:

—¿Tienes á mano el boletín de las cotizaciones de la bolsa en 9 de mayo?

» El banquero no respondió una sola palabra; tendió su mano hácia la mesa; tomó dos papeles impresos, y entregó uno de ellos á Julio, conservando el otro en su mano. El jóven paseó una mirada sobre el papel con la mayor tranqui-

lidad ; leyó treinta y uno y un dieziseisavo y dijo :

—He perdido : poniendo la mano sobre una de sus dos pistolas.

—No has perdido: murmuró el banquero, lanzando un gemido profundo.

» Julio miró entonces la fecha del boletín y vió que llevaba la del día ocho : el banquero le entregó entonces el que conservaba en su mano: lo examinó el jóven con alguna mas detencion, leyó : *treinta y siete octavos*, y dejando sobre la mesa la pistola que habia cojido momentos antes, dijo con frialdad :

—He ganado.

» No repuso una sola palabra el turbado capitalista ; se cubrió los ojos con las manos, como si un espectro sangriento se presentára ante su vista, y su afanosa respiracion manifestaba claramente la horrible angustia que despedazaba su alma. Julio, con la mirada fija y la faz adusta, contemplaba el mudo dolor del banquero, y de vez en cuando sus lábios se plegaban ligeramente con una sonrisa de desden. La humillacion del capitalista, en vez de inspirarle compasion, lo irritaba ; y como no podia mostrarse piadoso ni queria ser cruel en su triunfo, se levantó, saludó al banquero en ademan de despida, y le señaló con la mano las pistolas, que le quedaban sobre la mesa.

» Esta indicación, que era un recuerdo formidable, capaz de helar el corazón á un hombre mucho mas valiente que el banquero, produjo su efecto instantáneo, como el de una máquina eléctrica, y sacudiendo el capitalista su entumecimiento moral, murmuró con voz apagada:

—Julio.

—¿Qué quieres? le preguntó el jóven, deteniéndose y cruzando los brazos con la mayor indiferencia.

—Julio, yo no quiero morir: volvió á murmurar el banquero con mas angustia.

—Has perdido: repuso Julió secamente, sin abandonar su actitud.

—Sientate, Julio: murmuró por tercera vez el capitalista.

» El jóven se dejó caer en su butaca, sin pronunciar una palabra, y el banquero continuó:

—Sé que me has ganado la vida; pero jamás tendré valor para quitármela.

» Una sonrisa desdeñosa plegó de nuevo los encendidos lábios del jóven, y el capitalista prosiguió:

—Me tendrás, Julio, por cobarde; pero te juro que me inspira miedo la muerte.

» Julio se sonrió con mas desden: el banquero añadió con honda amargura:

—Perdóname, Julio, la vida; y en cambio impónme las condiciones mas penosas.

» Julio se desabrochó su frae azul, con la mayor tranquilidad; sacó del bolsillo del pecho una cartera de piel de Rusia, la abrió con lentitud; sacó de ella un papel doblado y dijo:

—No tienes que pedirme tu vida: eres dueño de ella, y puedes, por tanto, conservarla.....

—¡ Gracias, Julio! exclamó el banquero; arrojándose á los pies del jóven con la mas frenética alegría.

—Levántate, repuso Julio, con acento sombrío. Levántate.

» El banquero se levantó, como movido por un invisible resorte: Julio prosiguió:

—Este papel, que he sacado de mi cartera, dice así: *«Hoy diez de marzo de mil ochocientos..... he jugado mi vida contra la de Julio de.... él á que bajan y yo á que suben los títulos del tres por ciento. Si pierdo y no cumplo mi palabra, declaro que mi infamia es hija de una invencible cobardía.»* Sigue tu firma y nada añadido á lo que dice este papel.

» El banquero vaciló un momento; y haciendo un esfuerzo murmuró:

—Estoy pronto á confesarte que soy cobarde.

—¿A confesármelo a mí solo: aquí entre cuatro paredes? preguntó Julio con sarcasmo.

—A tí solo, Julio, á tí solo: repitió el banquero sin comprender el acento de su rival.

—A mí solo es poco: y además nada tendria

que agradecerte, porque acabas de confesármelo.

—¿Pues qué exiges, Julio; qué exiges? exclamó el banquero con mas angustia.

—Nada exijo: repuso el jóven con su glacial indiferencia.

—¿Me perdonas la vida? volvió á preguntar el banquero, concibiendo nueva esperanza.

—No: repuso Julio con frialdad.

—¿Quieres que me mate?

—Tampoco.

—¿Pues qué quieres, Julio, de mi?

—De tí, nada. Me contentaré con leer esta declaracion, firmada por tí, en todas las tertulias de la córte: con insertarla en todos los periódicos.....

—¡Julio!

—¿No quieres que la publique?

—No:

—Pues coje una de mis pistolas.

Julio pronunció estas palabras con acento ronco y sombrío; y tendió al mismo tiempo su diestra hácia las armas homicidas. Su ademán y su ronco acento aterraron al capitalista, que echó una lánguida mirada á la mesa, y estremeeciéndose, como si las fatales armas fueran á dispararse por sí mismas, murmuró con mas abatimiento:

—Publica mi declaracion.

—Está bien, le respondió Julio con la mayor indiferencia. ¿A qué periódico está suscrita C....? (aquí Julió colocó el nombre de la muger no muy hermosa, como la llama Dorotea).

—¿Qué has dicho, Julio? preguntó el banquero, sintiendo un extraordinario escalofrío.

—¿Que á qué periódico está suscrita C...? repuso Julio con la mayor indiferencia.

—¿Por qué me haces esa pregunta? replicó el banquero agitado.

—Porque quiero que sea el primero que publique tu declaracion: dijo el jóven con su acostumbrada frialdad.

—¿Qué motivo tienes para elejir ese periódico con preferencia á otro cualquiera?

—Uno bastante poderoso, que hubieras adivinado ya si no estuvieras tan turbado.

—Habla, Julio.

—Voy á explicártelo. Quiero que C..... no tarde mucho en conocer tu inmenso valor.

—¡Calla Julio! exclamó el banquero, revolviéndose en su butaca como una culebra mal herida.

—Nada mas natural. Publicándola en los periódicos, llegará á sus manos.....

—¡No la publiques, no la publiques! exclamó el banquero mas agitado: y añadió. Si esa fatal declaracion llegára á sus manos, me despreciaría... ¿No es verdad, Julio, que me despreciaría?

—Es verdad, le respondió el jóven, con su glacial indiferencia.

—¡ No la publiques; no la publiques! repitió el banquero varias veces.

—¿ Te matarás? le preguntó Julio, con una frialdad aterradora.

—Me mataré: repuso el banquero, con una voz que parecia salida de lo mas hondo de una tumba.

—Pues ahí te dejo mis pistolas: replicó Julio: levantándose y dirigiéndose hácia la puerta.

» A la movilidad extrema del capitalista, sucedió el quietismo de una estátua de mármol colocada sobre la losa de un sepulcro. Se replego sobre sí mismo, como una sierpe que estrecha sus anillos para presentar menos objeto al cazador que la persigue; cerró los ojos un momento, como si la luz le ofendiera; y los abrió des-pavorido, como si se encontrára al borde de un abismo, y fuera advertido del riesgo que difícilmente podria evitar. En el espacio de un minuto presentó todos los fenómenos que puede ofrecer un grandísimo amor á la vida y un temor inmenso á la muerte; y cuando Julio, llegado á la puerta, dirigió su mirada de despedida al capitalista, advirtió que lo llamaba con la mano, teniendo anudada la garganta hasta punto de no poder articular una palabra. Acudió Julio á la señal del confuso capitalista, y cuando

estuvo junto á él le indicó, tambien con la mano, que volviera á tomar asiento. El jóven se dejó caer sobre su butaca, y haciendo el banquero un gran esfuerzo, preguntó:

—¿Qué interés tienes en que yo me quite la vida?

—Ninguno: le respondió Julio al momento, sin dar muestras de compasion ni de disgusto.

—¿Pues entonces, por qué me pones en esta horrible disyuntiva?

—Porque has contraido esa pequeña deuda, y es preciso que me la pagues.

—Quisiera pagártela; pero no cuento con el valor que se necesita para ello.

—Publicaré tu declaracion, y de ese modo quedamos en paz.

—Tampoco cuento con la bastante cobardía para infamarme hasta ese punto.

—Pues entonces, no sé adivinar lo que quieres ni para qué me has detenido.

—Acabo de imaginar un medio, que puede conciliarlo todo.

—Sepamos: le respondió Julio, colocándose en buena actitud de escuchar.

—Antes de explicarte mi proyecto, me has de empeñar una palabra.

—¿Qué palabra?

—La de dejarme concluir, sin dar señales de impaciencia.

—¿Tales cosas piensas decirme? preguntó Julio con sarcasmo.

—Nada, que no sea natural y puesto en razón: pero, conociendo tu carácter, he querido obtener la garantía de tu palabra: repuso el banquero con dulzura.

—Te empeño mi palabra de escucharte tranquilamente.

—Pues atiende. Antes de hacer la horrible apuesta, que debe costarme la vida ó cubrirme de eterna infamia, te propuse una jugada natural; que gubiera sido cuantiosa, si hubieras convenido en ella. Supongo que nuestra jugada hubiera subido á la cantidad que han sumado todas las que he hecho en los últimos sesenta dias; en cuyo caso, y siendo igual la baja, hubiera tenido que abonarte quinientos mil duros de diferencia; los cuales están pagando hoy mis agentes á los que han jugado en contra mia. Ahora bien, retrocedamos al diez de marzo; supongamos que hicimos la jugada propuesta por mí, y que en vez de esa declaracion fatal posees una póliza en toda forma. Toda mi fortuna actual consiste en sesenta y cuatro millones de treses, que suman veinte millones efectivos. La mitad de mi fortuna equivale á la diferencia que hubiera tenido que abonarte: ¿quieres treinta y dos millones de treses por mi infausta declaracion?

—¿Has acabado? preguntó Julio con perfecta tranquilidad.

—He acabado: repuso el banquero, esperando con ansiedad la respuesta de su enemigo.

—No extraño que tases tu vida en diez millones de reales, no: pero la mia vale mucho mas.

—¿Qué quieres decirme con eso? preguntó el banquero azorado.

—Quiero decirte, que yo jugué vida contra vida; y no vida contra millones.

—¡Y eso es condenarme de nuevo á muerte! exclamó el banquero con horror.

—Oh á eterna infamia: repuso Julio con una sonrisa glacial.

—¡Julio, Julio! exclamó el banquero con acento desgarrador.

Julio no pronunció ni una palabra en respuesta á esta exclamacion dolorosa; pero manifestaban la inmovilidad de sus pupilas y los hondos surcos de su frente, que estaba entregado á profundas meditaciones. Reflexionaba, en primer lugar, que no era fácil picar el amor propio del banquero hasta punto de hacerlo atentar contra su vida; y veia tambien que este martirio, cuya causa debia quedar desconocida, era un castigo pasajero para la muger no muy hermosa; y, segun las teorías de Julio, un castigo leve y momentáneo para el mismo capitalista. Este raciocinio, formulado en dos ó tres segundos, bastó para

quo no se recreára en el próximo fin del banquero; y pasára á una segunda reflexion. Reduciáse esta á la satisfaccion que podria proporcionarle la difamacion del banquero, publicando su fatal escrito; y aunque un momento la consideraba el mas grande de los cástigos, reflexionaba al momento siguiente, que en sociedad se olvidan muy pronto las infamias; y que, prescindiendo la mayor parte del gran compromiso de honor, que entre los dos rivales mediaba, aplaudirian la sábia conducta del banquero. Hubiera podido detenerse en las ventajas personales que le traia la proposicion del capitalista; pero solo se ocupó de ella para realizar un pensamiento, que le habia asaltado de improviso y le parecia inmejorable. Bajo esta impresion dijo al banquero:

—Acabo de encontrar un medio de salvarte la vida, sin necesidad de publicar tu declaracion.

—¿Y me entregarás ese papel? preguntó el banquero con júbilo.

—Te lo entregaré: repuso el jóven con su glacial indiferencia.

—¿Aceptas la proposicion que acabo de hacerte?

—La acepto; pero haciendo en ella algunas modificaciones.

—Julio, conoces el estado de mi fortuna, y que te ofrezco la mitad.

—Sin embargo, mi ambicion no queda satisfecha.

—¿Exijes toda mi fortuna? preguntó el banquero alarmado.

—Algo mas: le respondió el jóven con su impasibilidad siniestra.

—¿Cómo he de poder darte mas que poseo? volvió á preguntar el afligido capitalista.

—No podrás darme mas que posees, pero si puedes ofrecérmelo.

—Espícate de una vez, Julio; y termine asi mi agonía.

—Tienes razòn. Hemos invertido dos horas en un negocio que debiamos haber despachado en dos minutos. Voy á espícarte mi proyector. En lugar de entregarme al contado los diez millones que me ofreciste, me vas á firmar pagarés por valor de cincuenta millones de reales, á seis meses fecha; y los canjcaremos á tu corbarde declaracion. ¿Te parece bien lo propuesto?

—Yo no tengo seguridad de poseer cincuenta millones, de hoy en seis meses.

—Está rota la conferencia, y cada cuál obrará á su antojo: repuso el jóven levantándose.

—Toma, Julio, los veinte millones que poseo, y déjame en paz.

—Veinte millones son treinta menos de los que he fijado.

—Pero son toda la fortuna de un hombre, que deslumbraba con su lujo.

—Son la mezquina fortuna de uno de los muchos banqueros que hacen alarde de la omnipotencia del oro; teniendo la nécia arrogancia de llamarlo el único poder.

—¿No te contentas con reducirme á la mas espantosa miseria?

—No.

—¿Quieres que te entregue tambien mis magníficos trenes, mis sobervios caballos de raza?

—No.

—¿Quieres mis muebles y mis joyas?

—No.

—¿Quieres mis vestidos?

—No.

—¿Qué quieres?

—Pagarés, por valor de cincuenta millones de reales, á seis meses fecha.

—Reflexiona, Julio, un solo instante.

—Estoy cansado de pensar: repuso el jóven, con una sonrisa sarcástica y aterradora.

—¿No hay otro medio de arreglar nuestras diferencias?

—No le hay.

—¿Insistes obstinadamente?

—¿Me has visto retroceder nunca?

—No, Julio: pero...

—¿Firmas ó no los pagarés?

—Quisiera...

—Responde categóricamente.

—Encuentro graves dificultades...

—¿Firmas?

—Julio...

—¿Sí ó no?

Pronunció Julio estas palabras con acento tan imponente, que el banquero murmuró:

—Sí.

—Pues apresúrate á firmar, que hemos invertido dos horas.

El capitalista tomó algunas hojas de papel, y, despues de anotar cantidades que sumaban dos millones y medio de duros, estampó su firma en todas ellas, con mas aliento y resolucion que habia manifestado hasta entonces. Luego que acabó su tarea, presentó á Julio los pagarés; este los puso en su cartera, y entregó al banquero la declaracion que le habia costado tantos sobresaltos y angustias, y por cuyo rescate acababa de dar cincuenta millones de reales.

—Estamos corrientes: dijo el jóven, despues de guardar su cartera.

—Corrientes: repitió el banquere, levantándose de su asiento, para despedir á su rival.

—Creo que esta pequeña diferencia no entibiará nuestra amistad: añadió el jóven, tomando el sombrero con su pasmosa sangre fria.

—Tienes mi fortuna en tus manos : repuso el banquero.

—En buenas manos has puesto tu fortuna : replicó Julio sonriéndose.

Los dos se estrecharon las manos, como si acabáran de almorzar en la mas perfecta armonía; y se separaron cambiando sonrisas, que casi no parecían forzadas.

CAPÍTULO IV

LA BIERNA

CAPITULO IV.

LA MISERIA.

TERMINADA la penosa y prolongada escena, que acabamos de referir, cruzó Julio el umbral de la habitacion del banquero, lanzando una recia carcajada, muy parecida á la de un loco, y que al mismo jóven hizo dudar del buen estado de su razon. Esta siniestra carcajada no era de desprecio hácia el hombre, que habia rebajado su dignidad primero, y puesto despues su fortuna á merced de un rival ofendido, que podia vejarlo y reducirlo á la mas espantosa miseria, por temor á una muerte inmediata; como si la vida mereciera el atroz tormento de vivir: era una sangrienta carcajada de cruel sarcasmo hácia sí mismo, porque él, que habia rechazado momentos antes una

fortuna de diez millones efectivos, y que llevaba en su cartera una obligacion de cincuenta millones de reales; obligacion que, durante seis meses, debia estar pendiente sobre la cabeza del banquero, y transcurrido este plazo, podia herirlo y aniquilarlo: él, que habia empujado con el pié un monte de oro, y que veia otro en lontananza: él, que podia habitar un palacio, comprar trenes y adormecerse en la molilicie de una improvisada opulencia: él, que hubiera podido tomar asiento entre los soberbios magnates de la riqueza, salia del palacio de un rico sin una moneda en el bolsillo, y se encaminaba á su casa, en la cual le darian albergue algunos dias, pocos en número; despues le reclamarian las cantidades estipuladas, y tendria, con el rostro inflamado de vergüenza y los ojos bajos, que decir. « *No puedo pagar mi pupillage.* »

» Con este brillante panorama ante sus ojos inflamados, reia Julio, como un insensato; y reia, porque queria eugar al mundo con sus sonoras carcajadas.»

El arlequin se interrumpió, lo que no habia hecho desde que anudó el hilo de su historia; y clavando en mí una mirada, que á través del antifaz brillaba como la del águila real:

—¿No es verdad, Nazario, me dijo, que el mundo es altamente estúpido, y que es muy fá-

cil engañarlo , con las mas falsas apariencias y las mas imbéciles palabras?

—No tengo muy buena opinion del buen juicio y discrecion del mundo ; pero encuentro que tu conclusion puede ser muy aventurada. Ese mundo , que llamas estúpido , adivina no pocas veces nuestros mas ocultos pensamientos ; y cuando estamos mas persuadidos de su engaño y alucinacion , nos manifiesta que nosotros somos los únicamente ofuscados : respondí :

—Te engañas lastimosamente , Palma de Jura ; repuso el máscara con una sonrisa glacial : y si no , vamos á la prueba. Cuando te ha engañado una mujer : no una mujer cualquiera , sino la mujer á quien has amado con un amor inespliable por su santidad y su violencia : la mujer que tú habias creído dotada de un alma de fuego y de un corazon de paloma : es decir , la inspiracion y la bondad : la mujer , por quien habias hecho y haciendo estabas los mas penosos sacrificios : la mujer que habia encontrado en tí , lo que muy rara vez se encuentra , amor , consecuencia y lealtad : la mujer que habias hecho tu ídolo , cuyos deseos adivinabas , cuyos caprichos procurabas satisfacer , cuya felicidad querias labrar con pérdida segura de la tuya , con riesgo inmediato de tu honor : la mujer juzgada por tí una víctima sacrificada ; cuya senda era indispensable cubrir de pétalos de rosa , para que olvidára

las espinas que habian pisado antes sus pies : la mujer que tú transformabas en una vírgen de Murillo , para ceñirla de aureolas : cuando te ha vendido esta mujer , tu corazon quedará roto , despedazadas tus entrañas , tu sangre ardiente , tu cerebro pronto á estallar á las sacudidas de la sangre y á las convulsiones del alma : pues bien , Nazario , en ese estado tan violento es fácil engañar al mundo.

El arlequin se habia explicado con extraordinaria animacion , y viéndolo tan empeñado en esta senda , quise conocer todo el fondo de su pensamiento , y respondí :

—Me parece casi imposible poder engañar en ese estado.

—Así parece á primera vista , pero te engañas lastimosamente , Nazario , y voy á la prueba. Si en ese estado de tortura , te encuentras un amigo en la calle , tiéndele la mano el primero : si te pregunta cómo estás , no temas responder que enfermo : si despues , porque conocia á la mujer que has adorado , te habla de ella ; puedes decir que ha tenido fin vuestro amor : pues como , al despedirte , le aprietes la mano con alguna efusion y remedies una sonrisa , se alejará diciendo. « Creia que estaba Nazario enamorado de Fulana ; pero , segun veo , era un ligero pasatiempo , que se ha disipado como el humo. » Si crees oportuno presentarte en una sociedad de con-

fianza, en la cual no ven con indiferencia tu estado y te creen de carácter festivo, es muy fácil que la engañes completamente. La fiebre brillará en tus ojos, con esa luz muy semejante á los fuegos fátuos que aparecen sobre las humildes sepulturas: este fósforo particular llamará la atención de todos y te preguntarán: «¿Qué tienes?» En vez de negar tu dolencia, responde con festivo acento: «Un pasmo, porque no es elegante »decir que tengo un costipado: jaqueca, porque »no es de buen tono decir que tengo dolor de »cabeza; y pasion de ánimo, porque no está en »uso confesar que tiene un hombre mal humor.» Y si añades una sonrisa desdeñosa ó una seriedad estudiada, esclamarán á coro. «¡Qué buen »humor tiene Nazario!»

—Mucho exajeras, arlequin.

—Mas todavía. Si un hombre se ha atravesado en tu camino, y no puedes cambiar con él una bala ó medir un acero; porque circunstancias especiales te lo impiden, sopena de quedar en ridículo, sosteniendo un lance ruidoso por causa poco decorosa, y quieres probar á este hombre que no ha mortificado tu orgullo ni lacerado tu corazon; preséntate con faz serena; dile: «Que »no te ha cogido de improviso lo que acaba de »suceder: que consideraciones extraordinarias, »hijas solamente de un buen deseo y de un cálculo muy estudiado, te han hecho seguir tal ó

»cual línea de conducta : pero que tu corazón,
 »libre , no se ha interesado lo mas leve en la
 »la marcha de los sucesos : » y aunque tu cora-
 zon estalle , el hombre quedará engañado , y tú
 conservarás tu pena en lo mas profundo del alma.

—Alerquin , eso me parece exajerado.

—Aun hay mas. Si la mujer que te ha ofen-
 dido , tiene el valor ó la osadía de presentarse
 ante tus ojos derramando lágrimas finjidas,
 porque las lágrimas de las mujeres nunca suben
 del corazón ; recíbela con faz tranquila , hasta
 alegre , si es necesario ; no le hagas una sola
 pregunta ; no la dirijas la mas leve reconvencion ;
 no te manifiestes resentido ; déjate besar en la
 frente ; une tus labios á los suyos , si así lo
 exige : y aunque cada lágrima suya te queme un
 pedazo del alma ; y aunque al contacto de sus
 labios te estremezcas , como un cadáver galvani-
 zado ; y aunque desees morir , por no sufrir tan
 insoportables dolores , saldrá diciendo la mujer :
 «Yo creia causarle una fascinacion completa con
 »mis encantos ; con los encantos que lo volvian
 »loco de amor : yo creia ablandarlo con mis lá-
 »grimas ; con las lágrimas que él ha enjugado
 »tantas veces : yo creia enternecerlo con mis
 »suspiros ; con los suspiros que han sido en tan-
 »tas ocasiones intérpretes de nuestro amor : yo
 »creia estremecerlo al dulce contacto de mis lá-
 »bios ; de los labios que han exhalado tantas ve-

»ces el aliento que se confundia con su alien-
 »to: yo creia que su alma cobraria calor con
 »el fuego de mis miradas; porque siempre en-
 »contró en mis ojos la vida, que prestaba vi-
 »da á su ser: yo creia que, una vez á su lado,
 »no tendria valor para dejarme; porque nun-
 »ca me habia rechazado de su seno: yo creia
 »que no se resignaria jamás á perderme; porque
 »habia puesto en mí su esperanza: y sin embar-
 »go, ni mi belleza, ni mis lágrimas, ni mis
 »suspiros, ni mis caricias, ni mis ojos, han ven-
 »cido su indiferencia. ¿Será posible que este
 »hombre no me haya amado nunca? No lo sé;
 »pero es seguro que no me ama.» Y la mujer
 saldrá engañada; porque tú no podrás arrancar
 su imágen de tu memoria; porque tú no podrás
 romper la dura cadena de tus recuerdos: porque
 tú sentirás en el fondo del alma la oculta brasa
 de su amor.

Se habia espresada el arlequin con tanto
 fuego y amargura, que sus palabras habian ido
 produciendo en mi alma una sensacion harto pe-
 nosa; y cuando acabó, le pregunté con abati-
 miento y dolor:

—¿Es tan fácil engañar al mundo en general,
 y á las personas particularmente interesadas en
 un suceso?

—Sí, Nazario: me respondió profundamente
 conmovido.

—¿De modo que, siguiendo tus conclusiones, el malvado deberá quedar siempre impune?

—Generalmente sucede así; aunque es necesario hacer una gran diferencia entre los hechos y las sensaciones. Los hechos pocas veces quedan ocultos; porque el público busca en ellos entretenimiento ó escándalo: la historia de las sensaciones, ó de los dolores morales, ocupa muy pocas páginas en el gran libro de las sociedades; porque á la sociedad poco importa que haya un infeliz mas en su seno, con tal que este infeliz no haga contagioso su dolor.

—¿Sabes, arlequin, que proseguimos una discusion harto grave para un baile de carnaval?

—Tienes mucha razon, Nazario: lo mejor es que continúe la historia de Julio.

—Es verdad: le respondi, lanzando un suspiro doloroso.

El arlequin meditó un momento, como para anudar el hilo de su larga historia; y añadió.

— Cuando se encontró Julio solo en su habitacion, abrió lentamente su cartera, y examinó, riyendo siempre como un insensato, los pagarés que representaban una fortuna inmensa; y que, sin embargo, en sus manos no debian tener ningun valor. Los dobló con cierto desden, y despues de haberlos guardado entre algunos libros y papeles, se colocó resueltamente frente á frente de su situacion; queriendo conocerla á

fondo, para marchar con paso firme. Reconoció á primera vista, que el estado de sus negocios era sumamente precario; y se fijó en los únicos medios que podían proporcionarle pan, sin humillación y sin vergüenza. Con alguna fé en su talento, quiso encontrar en él recursos para subsistir medianamente; y dirigió al punto sus miradas hácia las tres clases de hombres que podían llenar sus deseos. Eran estos, los directores de periódicos políticos y literarios, los empresarios de teatros, y los editores de libros. Inaugurarse en la república de las letras con un drama, es ciertamente inaugurarse de una manera brillantísima; pero al mismo tiempo que prueba fé ó arrogancia en el escritor, ofrece mil dificultades, muy difíciles de superar. Presentarse ante un editor con un nombre desconocido, es perder el tiempo y la paciencia, dos cosas que estimaba Julio muchísimo; y desechando, por lo tanto, estos remedios, que podríamos llamar heroicos, se dirigió á algunos directores de periódicos, que se llamaban amigos suyos; esperando encontrar un puesto en una ú otra redacción. Esta empresa, aunque le parecía no difícil, empezó á ofrecerle dificultades desde los primeros momentos. La redacción de los periódicos políticos estaba encargada á un número fijo de personas; número excesivo, atendiendo á las escasas utilidades que reportaban las empre-

sas; y ademas estaban asediados dia y noche por una muchedumbre de personas singularmente comprometidas y muy idóneas para el caso. En los periódicos literarios escribian una porcion de jóvenes, muy conocidos en la república de las letras; quedaban de un número para otro cien artículos; y aunque no tenian inconveniente á dar cabida, cuando fuera posible, á alguna que otra produccion, no podria ser inmediatamente por las razones indicadas. De los directores de periódicos pasó Julio á los editores, provisto de alguna que otra carta, y entre secas repulsas y evasivas mas ó menos corteses, acabó por recurrir á los empresarios de teatros; logrando sepultar un drama entre los papeles de un aplaudido director de escena.

•Todas estas solicitudes las había hecho Julio sin manifestar lo apurado de su situacion; y como empeoraba esta de dia en dia y aquellas no daban ningun resultado, se decidió á hacer algunas ligeras indicaciones á las personas que conocian mas sus servicios y mas su mérito encomiaban, á fin de que le alcanzáran del gobierno una colocacion decorosa; pero las mas de estas personas finjian no comprender sus ligeras indicaciones; algunas, antes de dejarlo esplicarse, se apresuraban á manifestar que estaban completamente desavenidas con los ministros; y todas decian en alta voz que estaban asediadas por

un centenar de pretendientes. El jóven acababa por arrepentirse de haber avanzado algunas palabras, y juraba morir mil veces antes que humillarse ante hombres hipócritas, y muchos de ellos desagradecidos y falsos.

El prisma de la sociedad presentaba á Julio otros cambiantes, no siempre negros y aterradores. Algunas mugeres, las mugeres son como las frutas silvestres, hermosas entre las verdes ramas aunque amargas al paladar; algunas mugeres seguian viendo, en Julio, al jóven elegante, fino, de talento y codiciado; y aunque la derrota que habia sufrido en su lucha con el banquero habia apagado un tanto los fulgores de su brillantísima aureola, la habia soportado tan bien, que le concedian de buen grado los mismos honores que á un general que hace á presencia del enemigo una prudente retirada. En medio de esta sociedad se encontraba Julio algunas veces con la muger no muy hermosa; pero esta muger, que comenzaba á recibir los ricos presentes del espléndido capitalista, y que perdido su antiguo pudor hacia alarde de su deshonra, no se atrevia á cruzar su mirada con la fria y tranquila de Julio; y bajaba los ojos al suelo ante el formidable reproche de una solemne indiferencia. Otra muger parecia encargada de vengar á la no muy hermosa; y esta otra muger era la altiva Dorotea.

»Dorotea, como un génio maléfico, perseguia á Julio sin descanso: ella sola comprendia una parte de los sufrimientos del jóven; se gloriaba de haberlos causado; y su mirada, ardiente ó glacial, pero siempre fascinadora, se fijaba desapiadadamente en Julio; y como si no poseyera el jóven un secreto que podia humillarla y herirla, lo desafiaba crudamente con su singular osadía. A tan claras provocaciones respondia Julio algunas veces con una mirada, que decia: »Poseo un secreto, Dorotea;» pero á esta mirada, mas elocuente que un largo discurso, respondia la atrevida jóven con otra, que decia tambien: «Me has prometido guardar silencio; y »si hablas, Julio, te deshonoras.» Julio comprendia toda la fuerza de esta muda reconvencion, y se inclinaba ante la salvaje enerjia de aquella muger extraordinaria.

»Así transcurrieron dos meses. Para acudir á sus primeras necesidades, vendió Julio la mayor parte de sus vestidos, y los rigores del estío interrumpieron las reuniones, dando al jóven cómodo pretesto para separarse poco á poco de una sociedad, á la cual no podia asistir sin encontrar mas amargo el cáliz de sus privaciones, que iban creciendo dia por dia. Al tercer mes habia dejado Julio su antigua y cómoda habitacion, por una estrecha y miserable: al cuarto mes no pudo abonar á su huéspedela el pupilaje,

:

y tuvo que oír cada día una nueva reclamación, formulada primero con dulzura y consideración; presentada después desahuciable y bruscamente. El quinto mes las reclamaciones de la huéspeda se duplicaron; la lavandera reclamó el importe de la ropa limpia; el barbero pidió también sus honorarios, y Julio tuvo que dejarse la barba, por no tener con qué pagar á su barbero. Al sexto mes, se puso el jóven una camisa por semana; pasó muchos días sin comer nada y otros muchos con un duro pedazo de pan. El hambre le turbaba la vista, le debilitaba el oído, le despedazaba las entrañas y le turbaba la razón. Huyendo las reconvenciones de su huéspeda, y teniendo que huir también la vista de sus numerosos amigos, se alejaba frecuentemente de la ciudad, y bajaba por los yermos campos, como un espectro; con el paso tardo y vacilante, como el de un enfermo, y con la fiebre de una penosa inanición. Rendido al cansancio, se recostaba en los altozanos, y allí esperaba en vano la muerte, que, desapiadada y perezosa, se arrastraba solo á sus pies.

»Horas después de anochecido, se dirigía Julio á su casa, completamente estenuado, y por un movimiento instintivo, cogía su cartera y examinaba los pagarés con una estúpida sonrisa. Bien sabía Julio que al día siguiente podía presentarse en la bolsa y negociar cualquiera de

ellos con un lijerísimo quebranto: bien sabia que si reclamaba al banquero una cantidad considerable la obtendria sin la mas leve dilacion: pero aquellos cincuenta millones no debian hacer la fortuna de su poseedor; debian ser en sus manos un instrumento de venganza. ¿ Pero cómo podria vengarse si sucumbia, como parecia natural, bajo el peso de su miseria? Este pensamiento reanimaba las fuerzas vitales de jóven. Se levantaba á la media noche de su duro lecho; corria á la cocina; buscaba los duros pedazos de pan que habian dejado los demas huéspedes, y se alimentaba con ellos, sin lanzar una sola queja; porque vivir era vengarse y estaba resuelto á vivir.

Para bien de la humanidad, el tiempo paso con mas rapidez que puede desear un infeliz, y llegó el dia diez de noviembre, en el cual venian los pagarés: Julio pidió á un huésped una navaja de afeitar, y se quitó la espesa barba, que á su pálida faz cubria: tomó de otro una cantidad de pomada, que arregló sus negros y largos cabellos: se vistió una camisa limpia, un pantalon negro, que se conservaba decente; un pañuelo del mismo color, un chaleco blanco, frac negro, y unos guantes, que habia reservado para este gran aniversario. Cojió su cartera, que contenia los pagarés; y reanimado por la fiebre, que lo destruia, y la perspectiva de su triunfo, se

dirigió con planta firme y frente altiva hácia la casa del banquero.

Por tercera vez atravesó el dintel de aquel elegante aposento, en el cual habian pasado dos escenas, harto dramáticas, en el transcurso de ocho meses; y encontró al banquero reclinado en la misma butaca que ocupó la última sesión. El rostro del capitalista manifestaba el desasosiego y la angustia, y en los seis meses habia envejecido seis años; el rostro de Julio, pálido, flaco y trasparente, parecia ceñido de una magnífica aureola, y sus ojos, que debia cerrar muy en breve la helada mano de la muerte, brillaban con un fuego fascinador. Se adelantó con paso lento pero firme hasta una mesa, que estaba inmediata al banquero; abrió su cartera; sacó de ella los pagarés, y, sin proferir una palabra, los presentó al capitalista.

—No tengo: murmuró el banquero, con voz hueca y entrecortada.

—Ese: *No tengo*: es la bancarrota: repuso Julio, con la mayor indiferencia.

—La bancarrota: repitió, como pudiera hacerlo un eco, el capitalista.

—Nada mas tenemos que hablar. Iré en busca de un escribano para que autorice la protesta: dijo el jóven, y se encaminó hácia la puerta con perfecta tranquilidad.

Estas palabras y la accion que las acompañó,

disiparon la especie de vértigo que turbaba la imaginacion del banquero; y saltando de la butaca, como á impulso de un gran resorte, dijo á Julio:

—Espera un momento.

Retrocedió el jóven sin dudar un instante, y con su glacial indiferencia preguntó al banquero:

—¿Qué quieres?

—Que me escuches, antes de marchar: le respondió el capitalista.

—Habla.

—Han pasado, Julio, seis meses desde el diez de mayo, dia terrible, que no se borrará jamás de mi memoria, te lo juro. En estos seis meses he reunido toda la fuerza de voluntad, toda la cantidad de inteligencia que hubiera debido gastar en seis años de continuos cálculos y desesperados esfuerzos. He acometido las operaciones mas arriesgadas; he abarcado los mas complicados proyectos; he tomado á mi cargo las mas colosales empresas; con el solo objeto de reunir los cincuenta millones, que están suspensos sobre mí, como un peñasco sostenido por una invencible cadena, cuya resistencia es imposible calcular. Esta aglomeracion de fuerzas y de actividad; esta condensacion de inteligencia, han sido inútiles: mi fortuna es la misma que el diez de mayo: tomála, Julio, si la quieres, y no me pidas nada mas.

—Para tomar un millon de duros, no hubiera esperado seis meses; respondió el impasible jóven.

—¡No sabes, Julio, cuánto he sufrido en esos seis eternos meses! Entregado á mis ocupaciones, oia una voz, nunca interrumpida, que me gritaba: «Estás debiendo cincuenta millones.» Reclinado en los mullidos almohadones de mis brillantes trenes, oia la misma voz, que pronunciaba las mismas palabras. Al entregarme á los éxtasis del amor, la voz fatídica tronaba y mis éxtasis concluian al momento de comenzar. Perseguido y acongojado, buscaba reposo en el sueño; pero la voz continuaba, y despertaba sobresaltado, y no conseguia dormir mas. He pasado seis meses, Julio, y he gastado en ellos seis años de vida, he condensado seis años tambien de dolor.

—Efectivamente has envejecido seis años: dijo Julio con sequedad. Y despues de haber tenido fijas sus miradas en el rostro del capitalista, le preguntó festivamente:

—¿Y en mi rostro han dejado los seis eternos meses algunas huellas?

—Estás pálido, como un cadáver; y flaco como un esqueleto. ¿Has padecido tú tambien?

—No. Esta palidez y esta flacura son efecto de haber gozado mucho, mucho.

—¿Te has entregado á los placeres sensuales, para olvidar? preguntó el banquero.

—Yo nada tengo que olvidar: repuso Julio con acento ronco y solemne.

Siguió á la réplica del jóven una larga pausa: el banquero no osaba romper el silencio, y Julio parecia entregado á profundas meditaciones ó á una completa distraccion. Habia inclinado la cabeza, lo que podia considerarse como síntoma de abatimiento, aunque verdaderamente lo era de debilidad; pero levantándola de improviso, miró al capitalista fijamente, y le dijo:

—Habia creido que terminaríamos nuestros asuntos en pocos minutos, y se ha prolongado mucho tiempo nuestra conferencia: respóndeme categóricamente. ¿Me pagas ó no?

—Ya te he dicho que no poseo tan crecida suma: murmuró el banquero.

—Está bien: repuso Julio secamente.

—Pero si quieres, te pagaré sus intereses, y renovaré la obligacion.

Esta propuesta del banquero fijó un momento la atencion del jóven, que le preguntó:

—¿A cuánto ascienden los intereses que quieres pagarme?

—Cincuenta millones de reales, durante seis meses y al seis por ciento, reditúan un millon quinientos mil reales: cantidad que te entregaré en oro ó billetes de banco.

—Un millon quinientos mil reales, murmuraba Julio para sí. Con un millon quinientos mil

reales volveré yo á comer diariamente ; dormiré en un lecho mullido ; me afeitaré ; vestiré como vestia antes ; no tendré que huir el trato de las gentes ; casi seré rico , y , sobre todo , no oiré mas las reconvenciones de mi huésped. Por lo demas , el banquero queda en mi poder como antes ; y su peñasco , que se desploma , no dejará de amenazar su frente marchita y humillada.

A este raciocinio egoista , seguia otro , mas noble y fundado ; patentizando que , si Julio recibia una cantidad cualquiera del banquero , dejaria de ser un hombre honrado , aunque inflexible en su venganza , para convertirse en un miserable estafador. Julio no habia vacilado nunca entre la muerte y la deshonor , y tomando pronto el partido que á su pundonor convenia , dijo en alta voz :

—Acepto en parte las proposiciones que me has hecho.

—Voy á mandar que me traigan aquí el millon quinientos mil reales : repuso el banquero , llevando la mano al cordon de la campanilla.

—Es inútil : interrumpió Julio. Solo exijo que me firmes nuevos pagarés , por valor de cincuenta y un millones quinientos mil reales , á seis meses fecha.

El banquero clavó su mirada en el pálido rostro del jóven , como preguntándole si era cierto lo que acababa de decirle ; no pudiendo dar cré-

dito á tan bizarro proceder, y temiendo ver destruidas su halagüeñas esperanzas. Julio inclinó en silencio la cabeza, corroborando con un signo lo que habia dicho de palabra: el banquero se apresuró á llenar y firmar pagarés por valor de cincuenta y un millones quinientos mil reales, el jóven arrojó los que poseia: tomó su nuevo y mas que mediano tesoro: y, sin pronunciar una palabra, se alejó del capitalista.

Quando bajaba la escalera, llevaba Julio en su bolsillo una cantidad, que pocos hombres habrán llevado sobre sí: pero bajaba la escalera apoyándose en las paredes, porque el hambre le aniquilaba; y si conseguia llegar á su mezquino alojamiento, tendria que oir las reconvenciones de su huésped.

Al pronunciar el arlequin el último período de su narracion, su voz era balbuciente y entrecortada; y á través de la mascarilla, se percibia que algunas lágrimas brillaban sobre sus pupilas. Yo iba á preguntarle la causa de su silencio y afliccion; pero un suceso inesperado llamó mi atencion hácia otro objeto. Por la habitacion inmediata, á la que nosotros ocupábamos, ví atravesar á Enrique Flores, con una máscara del brazo. La máscara llevaba en la mano su antifaz, pero pude conocerla, porque estaba vuelta de espaldas. Yo no habia visto á Enrique Flores desde la mañana del duelo: y al contrario, por

primera vez, en un baile de máscaras, llamaba mi atención saber á quién llevaba de pareja. Dudaba entre este último deseo y el de preguntar al arlequin, cuando volviendo su cabeza la pareja de Enrique Flores, se clavaron en mí los ojos de María, con una espresion singular. Al verla, del brazo de un hombre, se inflamó mi sangre por ensalmo; sentí la existencia de un amor, que hasta entonces habia sospechado únicamente; y, sin pensar en el arlequin, me lancé en pos de la pareja, con el frenesí de un amante aguijoneado por los celos.

CAPITULO V.

MAS VALE LLEGAR A TIEMPO QUE RONDAR UN AÑO.

DISPARADO, como una flecha, atravesé la habitación en que me hallaba; derribando á mi paso mesas, malparando sillas y empujando á cuantos tenían la desgracia de oponerme el mas leve obstáculo; pero no conseguí, á pesar de tan violenta rapidez, encontrar á Flores y á María en el aposento que cruzaban cuando yo dejé brusca-mente la compañía del arlequin. Por desgracia mia, este aposento tenia dos salidas, y sin contar con la dificultad que la apiñada muchedumbre oponia á mis veloces pasos, me era imposible adivinar por cual de las dos salidas fatales habrían desaparecido Enrique y su encantadora pareja. Si en vez de hombre, el mas estúpido de

los animales, hubiera yo nacido perro, uno de los mas ágiles y listos, me hubiera puesto á ventear en ambas salidas; y, con auxilio de mi olfato, hubiera acertado de seguro la direccion que habian tomado los objetos de mi inquietud: pero como no tengo la suerte de pertenecer á la noble raza canina, so pena de volverme á hablar con el arlequin, tuve que tomar al acaso una salida; y seguí corriendo sin tino, hasta que hube visitado uno á uno todos los salones, gabinetes, salas y pasillos del palacio de *Ciudad-Bella*. Esta visita domiciliaria, escrupulosa y detenida, fué tan estéril como suelen serlo las que manda hacer el gobierno en las casas de los hábiles conspiradores; y despues de haber corrido media hora, caí sin fuerzas sobre un divan; maldiciendo al barbilampiño, y jurando matarlo de veras en cuanto lo tuviera á mano. Con estos proyectos homicidas, me mordía los lábios de ira; cuando fijando mis miradas en una puerta, ví que atravesaba su umbral María, dando el brazo á su madre, la cual manifestaba gran cansancio. Luego que entraron en el salon, observé que buscaban asiento, sin conseguir hallarlo, y que se encaminaban hácia mí.

Aunque estaba muy resentido, por haberla visto con Flores, y tan cansado como resentido, creí que no podia un cumplido caballero rehusar su asiento á dos señoras; y me apresuré á

levantarme luego que estuvieron junto á mí; diciéndolas, con una sonrisa social, ó, lo que es lo mismo, forzada:

—Me parece que están ustedes fatigadas, y que no rehusarán el asiento que tengo el gusto de ofrecerlas.

—Tambien me parece que está V. bastante cansado, y que cometeríamos un cruel despojo aprovechándonos de su oferta: repuso María con un acento que queria ser dulce, pero que era provocador.

—Los hombres, señora, estamos mas acostumbrados á soportar las fatigas del cuerpo y los dolores del espíritu: respondí, queriendo dar á mis palabras grandisima significacion.

—Hay mugeres, replicó María, que no se fatigan jamás, y que sufren, hasta morir, sin manifestar su dolor.

—Existirán esas mugeres, dijo la marquesa de Cartosama; (María era hija de los marqueses de este nombre) pero yo no tengo la fortuna de contarme en el número de esas mugeres: y, aprovechando la cortes oferta de Palma de Jura, voy á despojarlo de su asiento; aunque muestre en ello esa crueldad de que has hablado poco antes.

La marquesa añadió la accion á la palabra, y María y yo quedamos de pié; porque mi asiento no permitia que las dos disfrutáran de él, ni la jóven parecia inclinada á sentarse.

—¿Está V. cansado, Nazário? me preguntó María, rompiendo el silencio que habíamos guardado hasta entonces.

—He tenido ocasion de manifestar, que los hombres soportamos bien las fatigas: repuse con una sonrisa.

—¿Quiere V. que demos una vuelta? volvió á preguntarme con su natural laconismo.

—Tendré en ello un vivo placer: la respondí, con una espresiva mirada.

—Volveremos por aquí, mamá: dijo á la marquesa; se apoyó en mi brazo fuertemente, como pudiera haberlo hecho una amante ó una amiga íntima, y empezamos á recorrer los estensos salones, que ya habia recorrido yo aquella noche en tan distintas compañías.

Ir al lado de una muger hermosa y no hablarla de amor, es prueba de una marmorea insensibilidad ó de una supina tontería; pero se esplica de las dos maneras mencionadas: ir al lado de una muger, á quien se ha dicho que se ama y cuya respuesta, un tanto ambigua, añade al incentivo de la duda el valor que dá la esperanza, y no reproducir la cuestion llevándola hasta el último término, pasaria de insensibilidad y tontería; y dificilmente podria esplicarse achacándolo á una rematada locura. Yo me hallaba en el último caso respecto á María; no osaba renovar la conversacion, que habíamos dejado pendien-

te, la noche anterior, en casa de la condesa de Jentosca, y, sin embargo, me encontraba en el uso de mi razon. ¿Qué extraño fenómeno era, pues, el que yo estaba realizando? Un fenómeno que puede esplicarse fácilmente, recordando que momentos antes, habia visto á María del brazo de Flores; que yo tenia fundados motivos de creer que la nécia provocacion del mancebo habia tenido por única causa unos celos, infundadísimos en aquella ocasion; y, por último, que á mi vez estaba yo celoso del impertinente Enriquito. A pesar de tantas razones conocí que, con una muger del temple de alma de María, iba á hacer un papel muy ridículo, dándola de amante enojado, antes de tener justos derechos; y forzando una sonrisita, lo que me vá siendo muy fácil desde que estoy en el Infierno, la dije:

—María ¿ha venido V. muy temprano á *Ciudad-Bella*?

—Palma de Jura, he venido bastante tarde: me respondió con la mayor indiferencia.

—No lo dudo; porque he buscado á V. con mucho afan sin tener el gusto de encontrarla.

—Aunque no he venido muy temprano, podia V. haberme encontrado dos horas antes á lo menos.

—Hace una hora que ví á V. por primera vez, hermosa María.

—El mismo tiempo hará que yo vi á V., Palma de Jura.

—¿Puedo saber en dónde me vió V.?

—Nada mas fácil. Ví á V. en el café, sentado á una mesa, con un máscara vestido de arlequin.

—Es muy cierto; y me vió V. precisamente cuando iba del brazo de Enrique Flores.

—Es verdad: repuso con la mayor indiferencia.

—De aquel mocito que compone charadas: insistí con marcada intencion.

—Y que recibe algunos pinchazos: me respondió en el mismo tono.

Esta respuesta me desconcertó momentáneamente; pero conociendo de antemano que me las habia con un formidable enemigo, procuré reponerme al momento; y soslayando la conversacion, para lo cual no necesitaba hacer alarde de una grandísima habilidad; porque María respondia siempre con la mayor indiferencia, repliqué:

—Me pareció que sostenian ustedes una conversacion bastante animada.

—Así, así.

—Conversacion de amor sin duda? pregunté maliciosamente.

—¿Es amigo de V. Enrique Flores? me preguntó á su vez María con la mayor formalidad.

Esta pregunta, que me pareció algo inconexa, me detuvo algunos momentos; pero como no queria perder ni una pulgada de terreno, y estaba bastante prevenido, respondí:

—Cuatro veces he visto á ese caballero en mi vida. La primera me ofreció su amistad y altos homenajes de respeto; pero tuve la mala suerte de enojarlo, sin haberlo intentado siquiera. La segunda, me ofendió inicuaamente; y aseguro á V. que tuve lástima de su locura. La tercera nos encontramos sobre el terreno; y, despues de haberme empeñado en no causarle el menor mal, tuve que contentarme con perdonarle la vida. La cuarta, ha sido esta noche; y si he de ser franco, debo decir que estoy inclinado á llevarlo al campo de veras.

Pronuncié las últimas palabras con tal acento de verdad, que Maria se estremeció ligeramente; y dando á su voz una inflexion mas dulce que la que habia usado hasta entonces, me preguntó:

—¿Por qué odia V. tan crudamente á Enrique Flores?

—¿Me lo pregunta V. Maria? dije á mi vez con mas calor.

—Nada mas natural, Nazario: me respondió sencillamente.

—¿Ha olvidado V., por ventura, las palabras que la dije anoche en la sociedad de la condesa de Jentosca?

:

Los radiantes ojos de Maria se fijaron en mí con una obstinacion terrible, pero sus lábios no pronunciaron ni una sola frase. Resistí lo mejor que pude el magnetismo de aquella radiante mirada; y orgulloso con mi resistencia, como un cadete con la defensa de un puesto militar, añadí:

—Si ha olvidado V. las palabras que la dije anoche, repetiré ahora, una y mil veces, que la adoro.

—¡Palma de Jura! exclamó Maria interrumpiéndome, como si le pareciera imposible mi amor.

Yo estaba, y estoy, demasiado ébrio de passion, para retroceder un solo paso; y reuniendo toda la osadía que dan treinta años, y toda la fuerza de entusiasmo que da el amor, continué:

—Cuando me atreví á declarar á V., Maria, el ardiente amor que me consume, pronunció V. algunas palabras, que me hicieron concebir, señora, las mas risueñas esperanzas.

—Las recuerdo: dijo Maria; dejando caer sobre mí otra mirada mas magnética y penetrante.

—Dijo V., señora.... murmuré, completamente fascinado.

—Dije, me interrumpió, que miraria como la mayor felicidad ver á V. prendado de mí.

—Lo que yo interpreté, señora, como una acogida favorable; como una protesta de amor.

Maria me lanzó una nueva mirada, y despues de haberme examinado un minuto; meció la cabeza suavemente, y me dijo con dulce voz:

—Nazario, no puedo creer que V. me ama: y aun es mas, lo juzgo imposible.

—¡Imposible! ¿por qué, Maria? le pregunté con entusiasmo.

—Porque es imposible, Palma de Jura: repuso con solemnidad.

—¿No es V. hermosa, como un ángel? la pregunté, teniendo que violentarme mucho para que no oyeran mis palábras los grupos que nos rodeaban.

—Soy bastante hermosa, Nazario; ó á lo menos, paso por bella:

—¿No tiene V., Maria, un talento poco comun en las mugeres?

—No soy tonta, Palma de Jura: repuso con tranquilidad.

—¿Sus maneras de V. no tienen una singular distincion?

—Mis modales son aristocráticos: me respondió sencillamente.

—¿Sus ojos de V. no están dotados de una singular fuerza magnética?

—Muchos atribuyen á mis ojos esa poderosa virtud.

—¿Y una muger, tan espléndidamente dotada, puede dudar un solo instante de que tiene

la facultad de inspirar ardientes pasiones á cuantos hombres la contemplan?

—Tiene V. razon, Palma de Jura. Yo soy hermosa, como un ángel: estoy dotada de un talento poco comun: mis modales son distinguidos, y poseen mis ojos una singular fuerza magnética. Pocas mugeres reunirán tanto número de ricas dotes: pocas mugeres podrán rivalizar conmigo: pocas mugeres merecerán ser ardentemente amadas como yo. No tengo motivo para dudar que V. me ame: y si me lo repite ahora lo creeré, Nazario, lo creeré.

La glosa que habia hecho Maria de mis anteriores preguntas, hubiera podido ser muy bien una broma de carnaval ó un cruel sarcasmo; pero la pronunció de un modo, y destellaron sus anchas pupilas de azabache de una manera tan particular, no dejaba lugar á la duda, y era indispensable creer, que presentaban sus mas ocultos pensamientos. Su entusiasmo hubiera animado á un hombre de duro pedernal; y yo, que no necesitaba estímulo tan poderoso, exclamé:

—¡Amo á V. con toda mi alma!

—Lo creo, Nazario, me respondió, con el mismo acento de verdad.

Guardamos silencio despues de esta declaracion solemne; el cual interrumpí diciendo:

—¿Podré esperar, hermosa Maria, que V. responda á mi amor?

—¿No tiene V., Palma de Jura, un talento reconocido?

Esta pregunta me recordó que vivía de vida prestada, y que María creía estar preguntando á mi homónimo. Me contristó profundamente no ser amado por quien soy, pero tuve que responder:

—Mis conciudadanos me conceden algunos talentos, señora.

—¿No tiene V., Palma de Jura, un valor probado en cien lances?

—Nunca retrocedo, señora, ante la espada de un contrario: repuse con mas energia, porque podia hablar en nombre propio, sin faltar en ello á la verdad.

—¿No ha sabido V. grangearse un lugar bastante distinguido en las mejores sociedades?

—Me honran mucho mas que merezco: respondí con sinceridad.

—¿No tiene V. un corazon grande, con inmensas pasiones: que lleva la amistad hasta el sacrificio y hasta el esterminio la venganza?

Yo no he sido nunca vengativo, pero como no sabia si mi homónimo poseeria en grado heroico y eminente esta perversa cualidad, la respondí inmediatamente:

—Mi corazon se nutre siempre de pasiones grandes, señora.

—Pues una muger, como yo, bien puede amar á un hombre, como V., Nazario.

—¡Gracias, María! esclamé al momento con un verdadero entusiasmo.

—Yo tambien doy á V. las gracias; porque, lo confieso, me enorgullezco con su amor.

Durante nuestro anterior diálogo habiamos recorrido varios aposentos, sin parar en ello la atencion; y, al terminarlo, nos encontrábamos precisamente en nuestro punto de partida.

—¿Se han paseado mucho? nos preguntó la marquesa, en quien no habiamos reparado antes.

—Así, así; repuso Maria, deteniéndose ante su mamá. Yo me apresuré á dirigir á la marquesa algunas frases lisonjeras, y la señora las pagó muy mal preguntando:

—¿Te parece que nos marchemos, hija mia?

—¿Qué bora es? preguntó la jóven con su habitual indiferencia.

—Las cinco: repuso la marquesa, despues de mirar su reloj.

—Pues nos marcharemos al instante.

La marquesa se levantó; se apoyó en uno de mis brazos, que la ofrecí cariñosamente, y entre hija y madre atravesé los dos salones que nos separaban de la escalera. En el última de estos salones descubrí á Camilo, medio oculto tras una cortina de damasco; y aunque lo saludé expresivamente, me contestó con un movimiento de cabeza, poco expresivo y cariñoso.

En el descanso de la escalera tropezamos con

el arlequin ; y , como si le hubiera herido una víbora , dió un salto atrás , que me causó grande estrañeza.

—¿ Conoce V. á ese arlequin ? me preguntó mi hermosa amante.

—No señora : la respondí con entera sinceridad.

—Ha hecho un movimiento tan brusco al tropezarse con nosotros.

—Tambien ha llamado mi atencion lo rápido de su movimiento.

—Será algun máscara que se entretiene en hacer ejercicios gimnásticos : observó la marquesa , con manifiesto buen humor y cierto airecillo de malicia.

—Será algun alumno del *Circo olímpico* : añadí , corroborando la indicacion de la marquesa.

En este momento noté un movimiento de repulsion en María , que me causó grande estrañeza ; me incliné hácia ella , me encontré que me miraba atentamente , y la pregunté :

—¿ Qué ha sucedido á V. , María ?

—He estado á punto de caer : me respondió tranquilamente.

Estas palabras podian ser muy bien la explicacion clara y sencilla de lo que acababa de suceder : pero como yo no habia notado vacilacion de ningun género , y la susceptibilidad de amante hace ver gigantes en donde no existen ni pig-

meos, me mortificó un incidente, que podia muy bien ser efecto de una mera casualidad. Bajamos, sin otro tropiezo, lo restante de la escalera, y acompañé á las dos señoras hasta el estribo de una elegante carretela, que las esperaba á la puerta. Subió la marquesa primero; y aprovechando la oportunidad, dije á María al darla la mano para que subiera al carruaje:

—¿Cuándo nos veremos?

—Mañana: me respondió con dulce y cariñoso acento.

—¿En dónde? volví á preguntarla, casi libre de mis anteriores sospechas.

—En casa de la condesa de Jentosca: me dijo con el mismo acento de bondad.

—¿A qué hora? insistí, no queriendo dejar nada al acaso.

—A las doce: repuso, montando con suma agilidad y gracia.

—No faltaré: la respondí, saludando para retirarme.

—¿Nos deja V., Palma de Jura? me dijo entonces la marquesa.

—Señora; murmuré, no sabiendo si debía aceptar aquella amistosa invitacion.

—Suba V., y lo dejaremos en su casa: dijo la madre de María, añadiendo despues: á no ser que tenga V. ocupaciones en el interior de *Ciudad-Bella*.

Estas palabras, pronunciadas por la madre de la muger á quien uno ama, y á presencia de la misma muger, no admiten excusas; y yo, que no queria dar ningun pretexto á los rigores de María, me apresuré á montar, diciendo:

—No queria incomodar á Vds., y por ello solo renunciaba al nuevo favor que me dispensan; aunque firmementè decidido á no volver á los salones.

—En carruaje de cuatro asientos, pueden ir muy bien tres personas, sin incomodarse en lo mas leve: observó María con una sonrisa encantadora; capaz de enloquecer á un hombre menos enamorado que yo: y, dando la marquesa al lacayo las señas de mi habitacion, partió al trote la carretela.

Las dos señoras ocupaban, como es natural, el testero; y yo iba al vidrio. Las dimensiones de un carruaje no permiten que se observen las distancias convencionales, que exige toda sociedad culta, y mis rodillas y mis pies tenian que rozarse precisamente con las rodillas y los pies de alguna de las dos señoras. Reconocida esta necesidad, no habrá moralista severo que ose negarme el derecho de eleccion; y usando yo de este derecho, procuré que mis rodillas y las de María estuvieran siempre en contacto. La jóven no dió muestras de agradecerme esta eleccion; y quizás, no reparó en ella; tan conven-

cional es también, que en los carruajes se establezca un suave contacto de rodillas, como en la milicia el de codos.

La carretela atravesó en pocos minutos la corta distancia que media entre *Ciudad-Bella* y mi casa; y, con mucho sentimiento mio, tuve que separarme de María; contentándome con decirle:

—Hermosa María, hasta mañana.

CAPITULO VI.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

PARA cumplir concienzudamente los imprescindibles deberes de un buen escritor de viajes, debo estudiar y retratar con gran fidelidad y esmero las costumbres de los países que recorro; y como en vez de correr á escape tendido, estoy parado, como un obelisco, en la gran corte del Infierno, justo será que me detenga á describir su mas ruidosa fiesta; haciendo una especie de pausa en la narracion de mi historia. Pero no se crea que esta pausa perjudicará en lo mas mínimo á la unidad de accion; la fiesta está enlazada con mi historia; es una parte de ella, y no de las menos integrantes: es.... lo que podrán ver mis lectores si no arrojan el libro á un lado.

A un cuarto de legua de Dramalla, algunas varas mas ó menos, algunos pies menos ó mas, hay un canal, que seria muy útil si tuviera agua en vez de cieno; pero que trayendo cieno en vez de agua no ofrece una verdadera utilidad. A las márgenes de este canal se estienden algunas praderas, cuya pobre vejetacion entristeceria á otros habitantes mas acostumbrados á la frondosidad del suelo que los de la estéril Dramalla.

A estas praderas infecundas concurre el primer miércoles de cuaresma toda la poblacion de la córte, á lo que llaman el *Entierro de la Sardinia*. Y ahora quisiera yo encontrar un erudito *ciceroni* que me esplicára por qué razon, causa ó motivo han destinado el primer dia de ayuno y abstinencia para la defuncion de un pez; cuando lo natural y lógico seria enterrar un pabo ó un novillo; significando el *Carnestolendas*, ó que está prohibido comer carnes hasta Pascua de Resurreccion.

Dejando esta cuestion á un lado, por mas importante que sea, comienzo á narrar lo que ví el triste, segun la Iglesia, y alegre, con arreglo á las costumbres de Dramalla, *miércoles de ceniza*.

A las tres en punto de la tarde estaba parada á mi puerta una carretela de arquiler, bastante elegante; merced á una sociedad de trasportes, que ha querido proporcionar á los que no tienen

las rentas necesarias para mantener carruaje propio, pero que cuenta con las precisas para pasear de vez en cuando sobre cuatro ruedas, los medios de hacerlo con algun decoro; y á las tres y cuarto estaba instalado en mi carruaje, atravesando la *Floresta*, en la direccion del canal. Poco tiempo contaba yo de permanencia en el Infierno, y no habia presenciado hasta entonces ninguna escena que hubiera llamado mi atencion tanto como la que miraban mis ojos. La confusion de las setenta y dos lenguas, efectuada al pié de la torre de Babel, para que los hijos de Noé se dividieran y pobláran las diversas partes del mundo, era nada en comparacion de la confusion que yo observaba desde la *Floresta* al *Canal*. Confundíanse en el arrecife de los carruajes, pesados landós, sobrecargados de aristocráticos escudos, con los pintados calesines: tilburís y cabriolés lijeros, con omnibus de diez y seis asientos: carretelas de última moda, con coches del antiguo régimen: y carros triunfales cargados de máscaras, con carros fúnebres sobre los cuales descollaba un besugo de colosales dimensiones, emblema de la solemnidad á que asistia tan numerosa concurrencia. Los habitantes de estos trenes no se diferenciaban menos que los mismos trenes entre sí. Jóvenes hermosas y nobles, de elegantísimos modales; jóvenes hermosas y plebeyas de modales sueltos y fran-

cos. Las primeras con trajes de seda y sombrerillos parisienses; las segundas con corpiños de terciopelo y rica mantilla de franja. Duquesas viejas y gazmoñas; lavanderas viejas y brujas, Aristócratas de cuarenta años, sentimentales y dengosas; plebeyas de cuarenta años, desvergonzadas y resueltas. Senadores y diputados con aire de vender protección; contrabandistas y toreros con aire de perdonar vidas. Currutacos de primera tijera, columpiándose sobre caballos extranjeros, de fea estampa y desairados movimientos; picadores y gente de pró, clavados sobre caballos infernales de hermosa estampa y de elásticos movimientos.

Si eran grandes las diferencias que se notaban entre los trenes, los caballos y las personas que en ellos iban, no eran menores las que presentaba la gente de á pie; masa compacta y que se movía como si recibiera un solo impulso; masa compuesta en su mayor parte de la clase media; la cual es la única que va á pie á estas funciones populares; porque la aristocracia y el pueblo, aunque ellos mismos se creen muy distantes, se tocan, como la cola y la cabeza de una sierpe medio enroscada; tienen las mismas aficiones, y concurren á las grandes fiestas populares con la misma especie de boato. Esta mancomunidad de instintos, en dos clases que parecen tan separadas, no sé si se explicará bien diciendo que en

el íntimo y frecuente roce que tienen los grandes señores con sus cocheros y lacayos, y los cocheros y lacayos con sus señores, no será extraño que los grandes señores tomen algo de sus lacayos y cocheros, ni que los cocheros y lacayos tomen algo de los grandes señores: acercando un poco las castas, ó retrocediendo hasta Adán; que, según la Biblia, fué el primer padre de los grandes señores, sus lacayos y sus cocheros.

No sé si habré explicado bien las razones que militan en pro de la mencionada analogía, pero no puedo detenerme á aducir otras nuevas, porque tengo que presentarme en *la pradera del canal*.

Luego que llegué á la pradera, abandoné mi carruaje, y empecé á recorrer los grupos, con la bulliciosa alegría de un chico que logra escaparse del aula. No me cansaba de mirar los mil círculos de gentes del pueblo que, al rededor de una estrecha mesa ó sentados sobre la verde alfombra de húmedo césped, comían con buen apetito y buen humor; no economizando largas y frecuentes libaciones. Al aproximarme á estos banquetes, recibía las mas cordiales invitaciones; y leía, mas de una vez, en aquellas fisonomías, francas y espresivas á un tiempo, que ofrecían de buena voluntad, y que hubieran visto con placer aceptada su franca oferta.

Era tan variado el panorama, que el ojo mas ejercitado y seguro no podia atender á sus minuciosos detalles; y me sucedia con frecuencia, que por atender á verios objetos no atendia á ninguno, quedando sumido en una larga distraccion. Oí, en uno de estos instantes, una voz, que me pareció muy conocida; y un segundo despues conocí á Perico, que, con el sombrero en la mano, me saludaba humildemente.

—Buenas tardes, amigo Pedro: le dije al instante con la mayor amabilidad.

—Muy buenas tardes, señor don Nazario: me respondió, radiante el rostro de alegría.

—¿Has venido á enterrar la sardina? le pregunté festivamente.

—Sí señor, señor don Nazario: me respondió con el mismo aire placentero.

—¿Y en qué paraje le has cavado la sepultura? volví á preguntarle.

—Allí: repuso, tendiendo la mano hácia una tienda de campaña, formada de esteras.

—¿Has tomado allí tus cuarteles? insistí con la misma alegría.

—Sí señor. Aquella es la tienda de Rafael.

—¿Del tabernero de la calle de la Camorra? le pregunté; recordando el nombre de su taberna favorita.

—El mismo. Y si V., señor don Nazario, quisiera asomarse á la tienda encontraria gente

conocida y me haria V. un inestimable favor.

—No tengo ningun inconveniente: respondí á mi valiente abijado.

Nos encaminamos á la tienda, que no distaba veinte pasos; y desde su puerta, ví á la señora Paca Confianzas, sentada á una mesa abundantemente servida, en compañía de una hermosa jóven; que reconocí al momento, por el retrato que me habia hecho de ella Perico.

—Ahí tiene V., señor don Nazario, á la señora Paca y á su hija Manuela, me dijo el baratero.

—¡Muy bien venido, señor don Nazario! exclamé la señora Paca, levantándose de su silla.

—Buenas tardes, señor don Nazario: añadió Manuela con seductora timidez.

—Me alegro mucho, respondí, de encontrar á Vds. reunidos.

—S. E. me dió permiso para que bajara al *Canal*: dijo Manuela con rubor.

—Y hemos tenido la desgracia de encontrar á esta honrada alhaja: añadió la señora Paca, haciendo una mueca á Perico, que indicaba poca confianza en las buenas prendas del mozo.

—¿Es verdad, señor don Nazario, me preguntó Pedro, como respondiendo á su suegra, que me ha prometido V. sériamente ser padrino de nuestra boda?

—Tengo empeñada mi palabra, y la cumpliré con la mayor formalidad:

—Está V. viendo, señora Paca, como el baratero no miente: dijo Perico con orgullo.

—Vamos, Pedro, no te incomodes: yo te tenía por peor cabeza: repuso la señora Paca.

—Mi cabeza no es nada buena, pero nunca suelto la lengua sin poder dar cuenta y razón.

La ruda franqueza de Perico, su fidelidad y recto modo de proceder, me entretenían y deleitaban; y de buen grado hubiera permanecido mas tiempo en tan agradable compañía, si no hubiera temido que mi presencia en un santuario de Baco llamára al cabo la atención de algunas personas conocidas. Aguijado de este temor, me despedí de las dos mugeres; Pedro me acompañó hasta larga distancia; y en el momento de separarnos, me dijo:

—Señor don Nazario, me habia olvidado de encargár á V., que no diga nada á la señora Paca del traje.

—¿De qué traje? pregunté á Perico, no teniendo ni el mas pequeño antecedente.

—Del traje de hermana de la caridad que llevó la señora marquesa del Bueu-Gusto, el domingo de carnaval á las máscaras de *Ciudad-Bella*.

—Bueno, bueno; dije para mí: ya sabemos que la hermanita de la caridad era S. E. la señora marquesa del Buen-Gusto. Y, alzando la voz, añadí:

—¿ Por qué me encargas que guarde el secreto de la señora Paca ?

—Porque yo averigué, por medio de Manuela, el traje de máscara que pensaba llevar su señora; aparentando una inocente curiosidad y sin decir que V. me habia confiado esta importante comision, y no querria quedar en descubierto.

—Tienes mucha razon, Perico: le respondi, muy satisfecho de haber adquirido casualmente tan precioso dato, relativo á la hermana de la caridad, cuyos descomunales pies habian llamado mi atencion, tanto, ó quizás mas que sus misteriosas palabras.

Me despedi definitivamente de Pedro, y continué mi largo paseo de observador con la misma curiosidad que lo habia empezado una hora antes. Varios caballeros y señoras me habian saludado, mas ó menos espresivamente, desde sus caballos ó sus trenes; pero ningun amigo pedestre habia tenido la humorada de presentarse en el *Canal*; y tan desairado me hallaba paseando solo, que decidí acercarme á mi carruaje y continuar recorriendo la pradera en tren de gran señor, ya que la habia cruzado una vez humilde y compasadamente.

—Marchaba firme en mi propósito, cuando me tocaron en la espalda; y volviendo al punto la cabeza, me encontré con el diputado, que me habia hecho nombrar dias antes á don Felix Ra



mirez, presidente de la comision de respuesta. Me alegré de tan buen encuentro, y le ofrecí mi carruaje; que aceptó sin hacerse rogar. Continuamos nuestro paseo, haciendo, en nuestra calidad de representantes del pais, varias observaciones sobre el estado moral y material del pueblo, cuando interrumpió nuestro discurso una oleada de gente, que se alineaba, haciendo calle. Llamó mi atencion este instantáneo movimiento, y pregunté á mi compañero, por si adivinaba ó descubria su causa:

—¿Sabe V., por qué se detiene la gente?

—Vendrá la reina: me respondió.

—Es verdad: repuse á mi vez, y procuramos alinearnos entre la compacta muchedumbre.

—Un minuto despues oí las récias pisadas de un caballo, que piafaba fogosamente; y logrando asomar la cabeza, descubrí un hermoso caballo andaluz, de gran alzada y negra piel, que gallardamente marchaba, con toda la gracia de la escuela y todo el fuego de un potro cerril berberisco. Montaba al poderoso bruto un hombre de buena estatura, delgado, esbelto y elegantemente vestido. A primera vista parecia, que la tez del apuesto ginete era negra, como el azabache; pero, observándolo mas de cerca, se conocia que traia puesto un antifaz perfectamente disimulado.

Se cansó el ginete, sin duda, de llamar tan-

to la atencion ; y poniendo espuelas al caballo, atravesó á escape tendido la estrecha calle, que formaba la muchedumbre.

Por un moviento simultáneo, se rompieron las estrechas filas, transformándose en un estenso semi-círculo; para que todos disfrutáran con mas comodidad del espectáculo que ofrecia aquel arrogante corcéel, que se dirigia á toda brida hácia el punto que ocupaban los carruajes; y aquel ginete, tan inmóvil como un centáuro. Mi compañero y yo seguimos la misma direccion que el caballo, y apresuramos un poco el paso, con intento de ganar mi carretela, para descubrir desde ella las evoluciones del corcéel.

Llegamos en pocos momentos, y llegamos precisamente en la ocasion mas oportuna. El diestro ginete y su magnífico caballo, habian cruzado con admirable rapidez las estrechas calles que formaban los alineados carruajes; y se adelantaban á la sazón por una, en cuyo extremo se veia una carretela ocupada por varias señoras, y al estribo un jóven cabalgando sobre un flaco caballo inglés. El jóven estaba, al parecer, en sabrosa y entretenida plática con una de las señoritas; y el caballo negro se adelantaba, aumentando minuto por minuto la rapidez de su carrera. Por imprevision del ginete del negro antifaz, ó por refinada malicia, chocó su poderosísimo caballo en el escuálido del jóven,

y caballo inglés y jinete rodaron , entre los unánimes aplausos de la entusiasmada muchedumbre , que no parecía aficionada á los isleños. El rudo choque no detuvo la veloz carrera del famoso corcél andaluz ; y el jóven del caballo inglés , levantó penosamente , súcio , corrido y magullado.

Mi compañero y yo aplaudimos , como los demás espectadores ; y este episodio , que debía tener algunas consecuencias para mí , quedó terminado con mengua de los corcéles de Inglaterra , y gloria de los poderosos caballos que nacen en mi hermosísimo pais.

Di las órdenes á mi cochera , y tomamos á trote largo la vuelta á Dramalla ; pero antes de abandonar la estensa pradera se cruzaron mi carruaje y el de mi adorada Maria.

— ¡ A los pies de V. ! exclamé con el entusiasmo de un amante.

— Hasta la noche : me respondió , con una graciosa sonrisa.



CAPITULO VII.

LA FORTUNA NO ES PARA QUIEN LA BUSCA SINO
PARA QUIEN DIOS SE LA DEPARA.

DESDE los bulliciosos salones de *Ciudad-Bella* me trasladé, queriendo enlazar dos bullicios, á la no menos bulliciosa *pradera del canal*; dejando entre las máscaras y el entierro un vacío, que ahora es la ocasion de llenar. La marquesa y su hermosa hija tuvieron la amabilidad de dejarme á la misma puerta de mi casa; y yo tuve muy buen cuidado de acostarme inmediatamente; pero en vez de dar á mi sueño una duracion indefinida, encargué que me despertáran á las doce; acosado por la pesadilla de tener que escribir sin falta la contestacton al discurso de la corona.

Despues de cinco horas de máscaras y de una

declaracion en forma, perfectamente recibida y favorablemente contestada, no es natural padecer insomnios, y yo me dormí profundamente; arrullado por los amores, y magnetizado por el recuerdo de las dulcísimas miradas que me habia lanzado Maria. A las doce y cinco minutos tuvo mi huésped la crueldad de interrumpirme un hermoso ensueño, y yo tuve el valor horóico de precipitarme del lecho; con los ojos fijos en una hermosa pluma blanca, que descollaba en el tintero, y el pensamiento en el discurso de S. M. al cual iba á contestar sin tardanza; si mis fuerzas no eran inferiores á mis ardentísimos deseos. Con tan buenos y firmes propósitos me dejé caer sobre un sillón, frente por frente de mi pupitre: y el primer objeto que descubrí fué un pliego sellado y cerrado, sobre el cual se leian mi nombre y apellidos. Me apoderé de él con premura: rompí el noma inmediatamente; y, en una papeletilla suelta, que estaba sobre un plieguecillo manuscrito, leí. «Adjunta encontrará V. la respuesta al discurso de la corona. — Su amigo y compañero: EL DIABLO.»

—Hola, hola, dije en alta voz, mi homónimo es hombre prevenido, y no quiere que comprometa su reputacion parlamentaria. Yo no he de vivir siempre en el Infierno, á no ser que Maria me retenga con sus encantos; y supuesto que el Nazario Palma de Jura de la córte ha de quedar

despues responsable, bueno es que él prepare la senda; no se la deje yo de modo que no pueda dar un solo paso.

Acabado este raciocinio, y queriendo coartarme yo mismo la facultad de hacerle enmiendas; doblé el discurso, sin leerlo; pedí el almuerzo; envié á buscar un carruaje; y, como he referido antes, tomé el camino del canal. A la vuelta de mi paseo, comí con mediano apetito; y cojiendo despues el discurso, me dirigí instantáneamente al congreso de diputados.

Mis seis compañeros habian probado en nuestra primera reunion su religiosa puntualidad, y se hallaban muy interesados en el éxito de la segunda, para que no se encontráran en sus puestos en el momento convenido. Yo no sabia nada mas que ellos del contenido del discurso; pero tomaba menos interés en la política del Infierno, y llegué el último. Mi presencia produjo alguna sensacion, y el señor don Felix Ramirez, nombre que no olvidaré en toda mi vida, ocupó al punto la presidencia, y dimos principio á la sesion. Yo me encontraba naturalmente en el caso de inaugurarla, y despues de un breve discurso, saqué el manuscrito y leí:

SEÑORA:

El congreso de diputados ha oido con profundo respeto las palabras que V. M. ha dirigido

á los representantes del país. El congreso de diputados conoce y aprecia, señora, los nobles y leales sentimientos que animan á V. M., y corresponde á estos sentimientos con los de lealtad é hidalguía.

»La política de los gobiernos se divide, en exterior ó internacional; y en interior ó administrativa. V. M. ha sometido á la aprobacion de las córtés la política que el gobierno ha seguido y piensa seguir dentro y fuera de la nacion. Cuando V. M. habla, el congreso de diputados escucha con sumo respeto, y medita, antes de atreverse á juzgar. Quanto se presenta cubierto bajo la poderosa egida de la palabra real, señora, es invulnerable á los ojos del congreso de diputados: y, cuando no puede acordar una aprobacion entera y franca, guarda reverente silencio; porque cree que la mejor y mas firme garantía del poder parlamentario es el respeto que profese á las reales prerogativas. Pero este respeto profundo no debe impedirle manifestar la política que considera mas conveniente al decoro de la corona y prosperidad del Infierno.

»Cree el congreso de diputados, que el Infierno debe mantener relaciones de paz y amistad con todas las naciones del orbe; pero tambien cree que estas naciones no deben mezclarse jamás en nuestra política interior; y que el gobierno de V. M. debe rechazar altamente toda

especie de intervencion ; porque la vida y el honor de los grandes pueblos consisten en su absoluta independencia.

» En cuanto á la política interior , el congreso de diputados podria formular su pensamiento en estas dos frases : *Legalidad en la gobernacion y en la administracion pureza* : pero como encierran ideas sumamente complexas , no será inoportuno explicarlas. El congreso de diputados desea , que los ciudadanos esten en el legal y pleno goce de los derechos que les concede el código fundamental , mientras no traspasen el círculo de estos derechos. Desea , que las leyes tengan su accion espedita , franca y enérgica ; pero que sean siempre aplicadas con entera imparcialidad , y por los lejitimos jueces. Desea , que la autoridad gubernativa , siendo protectora y enérgica , procure adunar constantemente el órden y la libertad.

» El congreso de diputados no cree , señora , que la nacion mejor administrada es aquella , cuyos presupuestos presentan una suma menos cuantiosa ; pero sí creé que debe hacerse una notable distincion entre los gastos reproductivos , origen de la pública prosperidad , y aquellos de lujo ó inútiles , que no redundan en beneficio de los pueblos. Los primeros deben hacerse hasta donde sea necesario , usando siempre una inteligente economía : los segundos deben redu-

cirse , en tanto que esta reduccion no dificulto la buena marcha administrativa.

»Estos son los deseos que animan al congreso de diputados , conformes en un todo á los de V. M., porque comprende que la prosperidad de los pueblos y la estabilidad de los tronos se encuentran íntimamente unidas , asi como consiste la fuerza de todos los poderes en su cordial inteligencia.»

Acabé de leer el discurso , que habia tenido la precaucion de redactar mi prudente y discreto homónimo , y mis seis dignos compañeros no apartaban de mí los ojos , como si debiera continuar mi ya terminada tarea. Para sacarlos mudamente de aquella espectante ansiedad , dejé el discurso sobre la mesa , y me retiré algunos pasos. Comprendieron perfectamente mi pantomima ; y como una mitad de soldados se arrojan á una batería á la voz de su comandante , así se arrojaron todos seis sobre el lacónico discurso ; teniendo la suerte de cojerlo el señor don Felix Ramirez que , como presidente , se encontraba mas inmediato. Dueño de él , por derecho de *primi ocupanti* ; lo fué leyendo línea por línea , con el mayor detenimiento ; y despues de haberlo leído , lo trasmitió á una de las manos que estaban tendidas hácia él : esta mano , despues de una tercera lectura , lo trasmitió a otra ; y asi consecutivamente : mereciendo la conciensuda

obra de mi homónimo el honor de siete lecturas, una pública y seis parciales; muy detenidas todas ellas, y, lo que es mas extraño, efectuadas en el mas religioso silencio. De mano en mano volvió el discurso á las del señor presidente; y, no pareciéndole oportuno proceder á octava lectura, me dijo:

—Señor don Nazario Palma de Jura, ¿tendrá V. la bondad de esplicarnos la tendencia del breve discurso, que hemos tenido el gusto de oír?

—Señor presidente, repliqué; ese discurso es la respuesta al que pronunció S. M.

—Ya lo sabemos, señor Palma de Jura; y no podia ser otra cosa.

—Pues en ese caso, señor presidente, permítame V. le responda, que no comprendo su pregunta.

—La repetiré, señor secretario, con alguna mas claridad.

—Y yo responderé, señor presidente, con toda franqueza.

—¿Al redactar ese discurso, ha creído V. que el congreso de diputados reprueba la política del gabinete?

—¿Tan mal escrito está el discurso, que necesita una aclaracion de mi parte?

—¿Quizás está demasiado bien redactado; y esta circunstancia hace precisa la aclaracion.

Yo, que no habia leido el discurso hasta que tuve el honor de hacerlo en el seno de la comision, no podia humanamente dar las precisas aclaraciones que el señor presidente tenia el derecho de exigirme; y, sin embargo, estaba en la obligacion de hacerlo, so pena de quedar en ridículo ó de aparentar una conducta cautelosa é incomprensible. Colocado en tal compromiso, me armé de osadía, y pregunté al señor presidente con la mayor indiferencia:

—¿Ha parecido á V. el discurso ministerial?

—Por el contrario, respondió al momento, me ha parecido de oposicion.

—Y á mí, replicó uno de los diputados de la izquierda, me parece ministerial.

—Está V., sin duda, ofuscado; dijo el representante del pais, que habia disfrutado mi carruaje desde la pradera del canal hasta la puerta de su alojamiento, empañándose una acalorada discusion; en la cual los diputados ministeriales sostenian, que el discurso era de violentísima oposicion; y los enemigos del ministerio replicaban, que era altamente ministerial.

Yo los dejé hablar cuanto quisieron, sin tomar parte en la contienda, hasta que el señor presidente ajitó repetidas veces la campanilla, y me dijo:

—Espero de V., señor secretario, que, como

hombre de honor declare, si considera ó no este discurso de oposicion.

La interpelacion del presidente me atacaba en mis últimos atricheramientos, y estaba á punto de sufrir una inevitable derrota; pero en tan críticos momentos recordé el *audaces fortuna ju-beat*, tan vulgar de puro repetido; y resolví dar la batalla sobre el terreno que acababan de presentarme.

—El discurso, dije, que he tenido el honor de leer, no debe ser considerado como un discurso de oposicion, ni mucho menos como una aprobacion explícita de la política que ha seguido y piensa seguir el gobierno de S. M.

—Me parece que esa respuesta no desvanece nuestras dudas: observó un diputado.

—Y á mí me parece, repuse, que no hay motivo de tenerlas. El discurso de contestacion á la corona es completamente la opinion del congreso.

—El congreso, me interrumpió un diputado ministerial, aprueba la política del gobierno.

—El congreso, repuso un individuo de la oposicion, condena esa errada política.

—Esa acalorada controversia, que ustedes sostienen, observé, prueba que el congreso no tiene una sola opinion: y que un discurso mas explícito, en cualquiera sentido, seria contrario á la opinion de una gran parte del congreso.

Cuando ustedes me hicieron el honor de encargarme la redaccion de este importante documento, consideré, en primer lugar, que iba á ser intérprete de las opiniones de seis individuos, nada conformes entre sí; y, en segundo, que estos seis individuos habian sido nombrados por doscientos, mas encontrados en ideas. Por estas razones he creido que debia redactar un discurso incierto, vago, elástico; mas supuesto que no he sabido llenar satisfactoriamente los deseos de mis dignísimos compañeros, retiro ahora mismo mi obra; suplicándoles encarecidamente que redacten otra mas capaz de satisfacer á los señores diputados.

Notaba yo que mis palabras iban haciendo alguna impresion en los señores diputados; no impresion de convencimiento, pero si impresion de interés. Los ministeriales veian, que efectivamente el discurso podia pasar, sin que fuera su aprobacion una cuestion de gabinete; lo que era poner el tiempo de su parte: y los mas ardientes adversarios del ministerio, veian, que el congreso no soltaba la menor prenda; quedando intacta la cuestion, para abordarla durante la discusion de los presupuestos ó en otro debate oportuno. Estas razones de interés, fueron apagando poco á poco el entusiasmo bélico que animaba á los opuestos campeones; y en vez de acudir á la fuerza, como lo habian hecho hasta

entonces, se inclinaron á la estratèjia; dirijiendo la primera evolucion el señor don Felix Ramirez.

—He oido con el mayor placer, me dijo, señor secretario, las razones que ha tenido V. á bien aducir en defensa de la redaccion del discurso, y veo que merecen ser detenidamente examinadas. Empezaré por convenir en que el congreso está por mitad dividido; y que al hablar, tomando su nombre, es preciso hacerlo de modo que ninguna de sus fracciones pueda darse por agraviada ni protestar con fundamento. Pero de esta misma division tomo yo armas, no para combatir la redaccion del documento que hemos tenido el gusto de oir, sino para indicar algunas modificaciones; porque, aunque está escrito con sumo tacto, se inclina un poco á la oposicion como lo prueban estas palabras: «Cuanto se presenta cubierto bajo la poderosa egida de la palabra real, señora, es invulnerable á los ojos del congreso de diputados: y, cuando no puede acordar una aprobacion entera y franca, guarda reverente silencio.» Este periodo, y algunos otros que me seria fácil citar, prueban que el discurso se inclina, como he dicho antes, á la oposicion; y me parece que ganaria mucho en imparcialidad suprimiendo el citado párrafo.

—Y yo, replicó un diputado de los mas hos-

:

tiles al gobierno, creo, por el contrario, que el discurso adolece de ministerialismo; y tambien citaré palabras que corroboren mi opinion.

»Estos son los deseos que animan al congreso de diputados; conformes en un todo á los «de V. M.» Esta conformidad de deseos es una aprobacion implícita de la conducta del gobierno, que reprueba la oposicion.

Algunos oradores mas fueron animando el debate; y como se acercaba la media noche, hora de mi cita con María, en casa de la condesa de Jentoseca: cita, para mí, mucho mas importante que las tareas parlamentarias; juzgué oportuno terminar una discusion tan estéril como enfadosa, y, aprovechando el primer momento de calma, dije:

—He manifestado anteriormente, que no tengo el menor cariño á mi obra; y que la veré con mucho gusto condenada á muerte antes de ver la luz. Repito lo que tengo manifestado; pero tambien debo añadir, que no estoy dispuesto á variar una sola palabra; prefiriendo la muerte á cualquiera mutilacion. En este concepto, y atendiendo á la hora avanzada de la noche, suplico al señor presidente que tenga á bien cerrar la discusion; y á todos mis dignos compañeros que, dispensándome lo mal que he interpretado sus opiniones, desapruében el documento que motiva esta acalorada contienda.

Accedió el señor presidente á mi súplica, las dos fracciones de la comision se agruparon en distintos puntos; para convenir en qué sentido deberian emitir sus votos, quedando yo solo é impasible; tan poco interés me tomaba en el éxito de la votacion.

Invirtieron diez minutos mas en ponerse de acuerdo; diez minutos que me parecieron diez siglos; tanto me aguijaba el deseo de ver á la hermosa María: y al cabo de los diez minutos se procedió á la votacion. Yo esperaba que mi discurso seria desaprobado por unanimidad; pero, contra todas mis esperanzas, sucedió precisamente lo contrario; y mis seis dignos compañeros tuvieron la bondad de darle, despues de haberlo combatido con tanto encono, la mas cordial aprobacion. No me envanecié el buen suceso de una obra que, aunque presentada por mí, no era mia; y mas modesto que muchos autores dramáticos, antes que me llamarán á la escena los bravos y palmadas del público, desapareci; volando en alas de mi amor, que me llevaban á todo vuelo, á la sociedad de la condesa, para ponerme á los pies de María.

CAPITULO VIII.

NO POR MUCHO MADRUGAR AMANECE MAS TEMPRANO.

Mi ardiente deseo de encontrarme con la encantadora María, habia hecho que las horas me parecieran mas perezosas; y cuando entré en los salones de la condesa de Jentosea, ví con asombro que faltaba media hora larga para las doce, y que habia adelantado el momento de la entrevista treinta y tres minutos; treinta y tres minutos perdidos, porque María no se encontraba en el salon. Me afligió su ausencia, mucho mas que me habian aflijido los discursos de mis dignísimos compañeros; y como si me presentára por primera vez, dirijí mis inquietas miradas á todas partes; procurando fijarlas un momento sobre el rostro de algun amigo. La condesa habia

sido hasta entonces una amiga cariñosa y tierna; pero desde que se habia entregado á las operaciones de bolsa, contando siempre con las noticias que podia darla mi amistad, me iba siendo su sociedad un tanto indigesta; y ademas no se hallaba, momentáneamente sin duda, entre la noble concurrencia. En defecto de la condesa hubiera podido entablar conversacion con don Tadeo, que estaba aislado y pensativo; pero el *qui pro quo* del discurso me habia enajenado su amistad. Continué detenidamente mi verdadera revista de inspeccion, y ví, casi perdida entre los almohadones de un sofá, á la muger que habia llamado mi atencion en la tribuna del congreso de diputados, y que me habia contado en las máscaras la croniquilla escandalosa de Sofia Amaranto; en la cual, y usando sus propias palabras, habia representado yo el doliente papel de víctima. Al verla, dí un paso hácia el sofá; pero me detuve al momento; reflexionando que no agradaria mucho á María, cuando acudiera á nuestra cita, encontrarme en amena conversacion con una muger, si no tan hermosa como ella, particularmente elegante.

La narradora de la crónica observó mi doble movimiento, y con una lijera inclinacion me manifestó que podia acercarme á su lado. Obedecí maquinalmente, y un segundo despues me encontré inmediato á la elegantísima señora.

—¿No se sienta V., Palma de Jura? me dijo cariñosamente.

—Estaba V. tan distraída, la respondí, buscando una excusa, que temí interrumpir sus profundas meditaciones.

—Deseche V. todo temor. Las que V. ha creído profundísimas meditaciones no son otra cosa que hastio, y deberé agradecerle mucho el que se digne disiparlo.

Me pareció de muy mal tono no corresponder á esta galante invitacion, y tomé asiento en el sofá, al lado de la maliciosa cronista. Como desde mi llegada al Infierno he pecado de enamorado, debo advertir que, cediendo á la invitacion, no fué mi ánimo entregarme á nuevos galanteos; que tuve vivos remordimientos, aun antes de cometer el crimen; y que la imágen de Maria no se apartaba de mi mente y destellaba ante mis ojos. Mi interlocutora se levantó con el abanico los rizos, que daban sombra á sus mejillas, y añadió:

—¿Concurre V. todas las noches á la sociedad de la condesa?

—No señora, la respondí; pero vengo frecuentemente.

—¿De modo, que tendré el gusto de encontrar á V. muchas veces?

—Si V. sigue favoreciéndonos: la respondí sencillamente.

- Vendré algunas noches, Nazario.
- ¿Algunas nada mas?
- Concurro, casi diariamente, á la reducida sociedad de la marquesa del Buen-Gusto.
- Señora sumamente amable: repuse con una sonrisa impertinente.
- No se burle V. de la marquesa: me respondió con otra sonrisa maliciosa.
- Mal puedo burlarme, llamándola sumamente amable.
- He sabido que han contado á V. algunas palabras de la marquesa....
- Y prueban hasta la evidencia el buen concepto que merezco á dicha señora.
- No haga V. caso de los cuentos. Quizás habrán exajerado.
- V., que estaba presente á la sazón, podrá repetirme las palabras de la marquesa.
- ¿Quién ha dicho á V. que estaba yo presente?
- Señora, un amigo de confianza, que no habrá tratado de engañarme.
- ¿Diga V., Nazario, diga V. el nombre de ese buen amigo?
- Dispénsese V., pero no debo pronunciarlo.
- ¿Tan poco merezco?
- Señora....
- Desisto de mi petición.
- Sentiria mucho haber faltado....

—Nada, nada, Palma de Jura. V. es un hombre que no falta nunca.

—Y, sin embargo, la señora marquesa del Buen-Gusto me cree capaz de cometer una infamia horrible, por no batirme con un hombre.

—La señora marquesa del Buen-Gusto no cree á V. capaz de cometer ninguna infamia.

—Lo creerá, señora, cuando lo ha dicho en plena tertulia.

—Se dicen muchas cosas que no se creen; que no se imaginan siquiera.

—Obrar de ese modo, señora, es una verdadera infamia.

—¿No ha dicho V. nunca, Nazario, lo que no ha creído?

—Nunca: la respondí con energía, porque estaba muy indignado.

—Examine V. su conciencia: me dijo con una graciosa sonrisa.

—Mi conciencia no me remuerde: repliqué con formalidad.

—¿Ni en lo mas mínimo, Nazario?

—Ni en lo mas mínimo, señora.

—Me parece que V. no hace bien su exámen de conciencia.

—Podré equivocarme, señora; pero me parece lo contrario.

—Sometámonos á una prueba: me respondió festivamente.

—¿A qué prueba? la pregunté con curiosidad é impaciencia.

—A una muy sencilla, Nazario: añadió deleitándose en mi inquietud.

—¿Sí puedo saberla?... murmuré con acento algo desapacible.

—Nada más justo, amigo mío: y procuraré satisfacerlo.

—¿Pero la prueba?....

—Es que, se someta V. al exámen de conciencia, que yo crea oportuno dirigirle.

—Me someto.

—Pues en ese caso le dirigiré una pregunta: ¿Ha amado V. á cuantas mugeres se lo ha dicho?

Esta pregunta me colocó en un compromiso harto grave, porque yo mismo no recordaba á cuantas mugeres habia declarado mi amor, ni mucho menos si mi lengua habia sido siempre fiel intérprete de mis ocultos pensamientos. Vacilé durante un segundo; pero reflexionando que la menor vacilacion haria sospechosa mi respuesta, me apresuré á decir:

—Señora, no puedo asegurar que he amado verdaderamente á cuantas mugeres he declarado mi pasion; pero si estoy seguro de que en el momento de declararme tenia fé en la realidad de mi cariño.

—¡Qué declaracion tan horrible acaba V. de hacer, Nazario! exclamó la dama.

—¿Por qué? la pregunté, reconociendo la torpeza que acababa de cometer.

—Porque despues de esa declaracion, ninguna muger podrá confiar en su cariño.

La reconvenccion de mi interlocutora era justa, y si me la hubiera hecho Maria hubiera temblado, como la hoja que sacude el fiero huracan; pero en lábios de aquella muger no me hizo impresion, y atendiendo á lo que mas me interesaba, soslayé enteramente la cuestion; llevándola al terreno que me convenia examinar.

—Me parece, dije sonriéndome, que nos olvidamos enteramente de la marquesa del Buen-Gusto.

—Es verdad: repuso, separando de nuevo los rizos, que flotaban sobre sus morenas megillas.

—¿Quiere V. esplicarme, señora, ya que asegura formalmente la diferencia que existe entre las palabras y convicciones de la marquesa, por qué ha tenido la bondad de explicarse en términos que tan poco me favorecen?

—¿Qué quiere V. que yo le diga? Soy muy torpe, para atreverme á interpretar las intenciones de un muger tan hábil como la marquesa del Buen-Gusto.

—¿No podria V. hacer en mi obsequio un esfuerzo de imaginacion? volví á preguntarla; adoptando el tono malicioso que empezaba á usar mi discreta interlocutora.

—No me haga V. reir, amigo mio: repuso, conteniendo su hilaridad.

—Veo que no lograremos entendernos: dije, forzando una nueva sonrisa.

—Es muy posible que así sea: me respondió sencillamente.

—¿Tan empeñada está V. en no darme ni la mas leve esplicacion?

—Temería que V. se burlase de mi crasísima ignorancia.

—Deseche V. todo temor y.....

Un leve movimiento de la reticente señora me hizo suspender mi discurso, y, dirigiendo una mirada á la puerta de un gabinete, ví que estaban en ella, de pie y mirándonos con atencion y asombro, Mauricio Sanchez y la condesa de Jentosca.

El pasmo de estas dos personas me sorprendió un poco, y, como si quisiera contar el número de espectadores que habia tenido nuestra amistosa conferencia, paseé mi investigadora mirada por lo restante del salon; hasta que fijándola en su puerta, quedé inmóvil como una estatua, y tuve que hacer un esfuerzo para no lanzar un grito de angustia, que se escapaba de mis lábios.

Antes de llegarme á saludar á la cronista de las máscaras habia vacilado algun tiempo, porque temia que la hermosa hija de los marqueses

de Cartosama me sorprendiera en dulces coloquios con otra muger; y cuando mis ojos se fijaron en la puerta exterior del salon, se encontraron con los radiantes de Maria; que me miraban de hito en hito, con una confusa expresion de asombro, desden y amenaza.

CAPITULO IX.

QUIEN ES ELLA.

LA sorpresa que yo observaba en los rostros de la condesa de Jentosca, Mauricio Sanchez y Maria, segun la atencion con que todos tres nos miraban, debía causarla el encontrarme en animada conversacion con la elegante del congreso. Con esa facultad prodigiosa de resumir que tiene la imaginacion, cuando está fuertemente escitada, reuní en el breve tiempo de un minuto todos los acontecimientos y noticias que podian tener relacion con mi discreta interlocutora; é inmediatamente me convencí de que debía ser la célebre *Ella*, de quien me habia hablado tanto el banquero.

Las personas de sociedad ó de mundo, que son

las mismas, no deben sorprenderse jamás; y si alguna vez se sorprenden hasta punto de que lo adviertan los demas, deben dominar su sorpresa, ocultándola bajo un exterior tranquilo y frio; sin abandonar nunca la máscara de la conveniencia social. La noble marquesa de Jentosca comprendia muy bien estos deberes, para permitir que el asombro reinára en ella mucho tiempo; y Maria tenia un temple de alma demasiado firme para sufrir el doble yugo de la admiracion y los celos. Sucedió, pues, que las dos damas se adelantaron con lentitud hasta el centro del salon; se dieron las manos cordialmente, como si nada las hubiera detenido en sus respectivos dinteles; y se dirigieron hácia el sofá. Mauricio Sanchez se quedó clavado en la puerta del gabinete, con los ojos fuera de las órbitas y los cabellos herizados, en tanto que mi maliciosa cronista se disponia graciosamente á salir al encuentro de las señoras: y yo abandoné mi asiento, para saludar á la condesa y dar escusas á la encantadora Maria.

Cuando se encontraron las tres damas, la primera que saludó fué la condesa de Jentosca, dando á mi interlocutora el nombre de Catalina. Este nombre vino á confirmar la opinion que yo habia formado poco antes; y no me quedó la menor duda de que mi conocida del congreso, la máscara del dominó negro, *Ella* y Catalina,

eran una misma persona; y que esta persona atormentaba crudamente al enamorado banquero. Con el auxilio de estos datos me espliqué perfectísimamente la estraña conducta que habia observado, respecto á mí, Mauricio Sanchez, el dia que fuí á pedirle esplicaciones relativas á las palabras que habia pronunciado en mi agravio la señora marquesa del Buen-Gusto: juzgándola hija de los furiosos celos que Catalina no se descuidaba en fomentar; celos que podian recaer sobre mí como sobre otros ciento; pero que habrian encendido las palabras que pronunció en mi defensa Catalina, y fomentado la persuasion de que ella misma me habia contado lo acontecido en la sociedad de la marquesa.

Yo, que no tenia interés alguno en atormentar al banquero; que estaba bastante enamorado de la seductora Maria, para que no me hicieran impresion los hechizos de otra muger; y que estaba un tanto resentido de Catalina, por el mal rato que me habia dado en *Ciudad-Bella*, contándome con tan recargados y negros colores la crónica, usando en ella, con deliberada intencion, la mas punzante y acre ironía; decidí no volver á acercarme á esta muger, que se complacia en atormentar á Mauricio, y que en la única ocasion que habia tenido de mortificarme, lo habia hecho sin consideracion hácia mí y con deleite de su parte.

María tocó ligeramente la diestra que la presentó Catalina, y las tres damas se separaron: reclinándose Catalina de nuevo en los almohadones del sofá; dirigiéndose María hácia la anciana generala y la marquesa de Cartosama, que sostenian una animada conversacion; y llevándome la condesa á un confidente, algo apartado.

Conociendo el mucho interés que la condesa de Jentosca tomaba en la respuesta al discurso de la corona, y escarmentado de la conferencia que me habia obligado á mantener la noche anterior, la seguí con mortal angustia; y tuve que violentarme mucho para no lanzar un suspiro, cuando á su lado tomé asiento.

—Estoy muy contenta, amigo mio, me dijo la amable condesa, de ver que en dos años de ausencia no ha olvidado á sus buenos amigos, y que continúa favoreciéndonos.

—¿Adónde se encaminará este exordio tan lisonjero? me pregunté; y alzando la voz, respondí:

—Llevaba muy gratos recuerdos, para que se borrasen pronto de mi memoria.

—Amigo mio, hay hombres que todo lo olvidan al momento.

—Y mugeres, amable condesa; respondí en tono malicioso.

—Eso por sabido se calla, Nazario, que todas las mugeres olvidan.

Yo habia pretendido decir una agudeza; pero la oportuna respuesta de la condesa de Jentosea me habia hecho decir una insulsa vulgaridad. Comprendí al momento mi derrota; y, temiendo aumentarla con algun chiste impertinente, guardé religioso silencio. La condesa conoció al punto el sacrificio, y añadió con suma sencillez:

—La fatal memoria de las mugeres, que he reconocido ahora mismo, no escusa los frecuentes olvidos de los hombres. Y si no, Nazario, respóndame V. con franqueza. ¿Durante su largo viaje no ha olvidado V. á ninguna de sus buenas amigas?

—Me parece que no, condesa: repuse con formalidad, porque, á fuerza de engañar á muchos, iba acabando por persuadirme que mi homónimo y yo éramos una misma persona.

—Me atreveria á apostar que ha tenido V. algun olvido.

—Condesa, perderia V. sin duda alguna; porque estoy seguro de lo contrario.

—Le parecerá á V. en globo que no se ha olvidado de nadie; pero si yo le preguntára.....

—Pregúnteme V, cuanto guste: la respondi, deseando que terminára sus preguntas para presentar mis excusas á la encantadora Maria, que de vez en cuando me lanzaba una de sus miradas aterradoras y magnéticas.

:

—Supuesto que V. me autoriza, voy á dirigirla una sola.

—Reitero la autorizacion, y quedo esperando la pregunta.

—¿No ha olvidado V., durante su viaje, á Joaquina?

—¿A qué Joaquina? pregunté con la mayor curiosidad; porque no habia oido semejante nombre desde mi llegada al Infierno, y sospechaba que á él debia ir unida alguna curiosa aventura.

—Ve V., amigo Palma de Jura, como á la primera pregunta ha sido derrotado.

—Perdone V., amable condesa; pero como hay muchas Joaquinas, no es extraño que yo reclame alguna noticia más, para saber de quién hablamos.

—Admito la excusa, Nazario: por mas que sea un tanto especiosa. ¿Ha olvidado V., durante su largo viaje, á Joaquina de Villagracia?

La aclaracion de la condesa no me hizo adelantar un paso, porque el apellido y el nombre me eran absolutamente desconocidos; y como mi amor á Maria me alejaba de todo recuerdo, la respondí sin vacilar, procurando terminar pronto la conversacion:

—Efectivamente, condesa, no me acordaba de Joaquina.

—¿ Luego he ganado nuestra apuesta , mi querido Palma de Jura ?

—No señora ; la respondí con muy marcada reticencia.

—¿ Por qué no he ganado ? me preguntó con alguna curiosidad.

—Porque la habia olvidado antes de abandonar la córte.

—¡ Ya !

Este ¡ *Ya!* simple monosílabo , tuvo para mí la misma fuerza que habia tenido : *Eso por sabido se calla* : y comprendí mi segunda derrota ; pero esta segunda humillacion , lejos de hacerme mas humilde , exaltó mi bilis , y no queriendo confesarla , repuse :

—Aunque V. lo dude , condesa , acabo de decir la verdad.

—¿ Está V. seguro , Nazario ? me preguntó con una sonrisa burlona.

—Estoy muy seguro , condesa : la respondí con intencion.

—Supuesto que V. lo asegura , estoy obligada á creerlo ; por mas extraño que parezca.

—¿ Tan extraño parece á V. que no me acuerde de de Joaquina ?

—Si he de hablar á V. con franqueza , me parece bastante extraño.

—¿ Y en que se funda V. , condesa ? la pregunté , tomando mas interés en la discusion.

—Mire V., Nazario; de algunos años á esta parte se ha oído su nombre de V. unido á algunas aventuras ó historias, y ha sido V., por casualidad ó de intento, un personaje harto dramático. Durante su permanencia de V. en Dramalla, se sucedieron estos dramas con mas ó menos rapidez; dejando oscuros intermedios, que muchos querian penetrar, sin conseguirlo, á causa de sus densas sombras. Su ausencia, repentina y larga, rompió el último eslabon de estos dramas; y el público, que estaba acostumbrado á adivinar sus peripecias, adivinó, ó forjó por sí mismo el último eslabon, y en él grabó, junto al nombre de V., el nombre de Joaquina.

—El público ha soñado, amable condesa; y ha puesto sus ensueños en lugar de la realidad.

—Puede ser Nazario, puede ser; pero ha venido una circunstancia á confirmar la opinion del público: repuso la condesa, con su aplomo de muger de mundo.

—¿Y esa circunstancia sobrevino pocos dias despues de mi marcha?

—No, Palma de Jura: ha sobrevenido pocos dias despues de su vuelta.

—¿Quiere V. decirme, condesa, esa notable circunstancia?

—V. la sabe, amigo mio, lo mismo que yo, y con mucha mas exactitud.

—Aseguro á V. que nada sé, ó que á lo menos no recuerdo.....

—¡Palma, Palma! si continúa V. hablando en esos términos creeré, no solamente que es V. olvidadizo, sino que ha perdido completamente la memoria.

—Sentiria mucho que V. formara semejante opinion de mí.

—Me ha conducido V. á tal terreno, que considero necesario hacerle una nueva pregunta.

—Estiendio la autorizacion: respondí con una sonrisa.

—¿Se ha olvidado V. tambien, Nazario, de la marquesa del Buen-Gusto?

Asi como el nombre de Joaquina no habia sonado una sola vez en mis oidos desde mi llegada al Infierno, el de la marquesa del Buen-Gusto se habia repetido en todos tonos, y me era sumamente familiar; aunque no tenia el honor de conoçer personalmente á la señora que lo llevaba. Creí que seria mucho aventurar, decir que me habia olvidado tambien de la marquesa del Buen-Gusto; y respondí sin vacilar:

—No he olvidado un solo momento á la interesante marquesa.

—Lo dice V., Palma de Jura, con un acento tan marcado.

—No por cierto. Lo digo, como pudiera decir, hace una tarde deliciosa.

—Y sin embargo.....

—¿Qué, condesa?

—Nada, nada. Iba á decir precisamente que no tienen nada de estraño ese recuerdo y ese olvido.

—¿Quiere V. decirme por qué le parecen tan naturales?

—Porque la esperiencia me ha enseñado, que se olvidan con facilidad los objetos amados, pero nunca los aborrecidos.

Estas palabras de la condesa me revelaron que yo habia amado á Joaquina de Villagracia, lo que era para mí un secreto; y que odiaba á la marquesa del Buen-Gusto, lo que era exacto: pues aunque no la conocia personalmente, tenia motivos para no quererla muy bien. Aunque tenia yo esta conciencia, por si conseguia nuevas noticias, pregunté con la mayor tranquilidad:

—¿Creé V., condesa, que yo odio á la marquesa del Buen-Gusto?

—Lo sospecho, Palma de Jura: me respondió festivamente.

—¿Pero tiene V. algunas razones para creer en lo acendrado de mi odio? volví á preguntar sonriendo.

—Razones, no; pero sí algunas aprensiones. Y, ahora que lo recuerdo, ¿se divirtió V. anoche en *Ciudad-Bella*?

—Si he de hablar con toda franqueza, no pue-

do asegurar á V. que me divertí ; pero sí que pasé la noche entretenido , ó , á lo menos , perfectísimamente ocupado.

—¿ Encontró V. muchas personas conocidas? volvió á preguntarme la condesa , con el aire de insuficiencia que solia tomar de vez en cuando , y que la asentaba mejor que su ordinaria gravedad.

—Tuve la fortuna de encontrar varias personas conocidas.

—Serian hombres en su mayor parte ; porque desgraciadamente no abundan allí las señoras.

—Sin embargo , aseguro á V. que encontré algunas muy notables.

—¿ Conocidas mias , Palma de Jura ? ¡ Ay! perdone V. , amigo mío , mi impertinente curiosidad.

—Nada mas natural , señora ; y estoy pronto á satisfacerla. Encontré en los salones de *Ciudad-Bella* , á la marquesa de Cartosama y á su hermosa hija.

—Buen encuentro : murmuró la condesa , con una sonrisa que yo no me supe explicar.

—Y tambien tuve el gusto de hablar á la interesante Catalina.

—¿ La conoció V. ? me preguntó la noble condesa con mucho interés é inquietud.

—Si señora ; la respondí con la mayor indiferencia.

—¿ Me parece que iba disfrazada ? volvió á

preguntarme la condesa, repuesta de su con-
moción.

Yo no creí prudente revelarla que, después de haberme contado una crónica escandalosa, habia tenido Catalina la desfachatez de levantarse el antifáz; y repuse con dudoso acento.

—Condesa, un buen observador penetra bajo la negra mascarilla.

—Y penetra con facilidad, si una larga conversacion lo pone en el caso de hacer conjeturas.

—Indudablemente, señora: algunas conversaciones son claras antorchas.

—Es verdad.

Entraron algunas señoras, y la condesa salió á su encuentro; pero antes me dijo:

—¿Presumo que habrá V. presentado ya la contestacion al discurso de la corona?

—No se equivoca V., condesa: repuse, dándome el parabien porque habia abordado la cuestion en el momento de separarnos; lo que me ahorraba minuciosas esplicaciones é irrealizables exigencias.

—¿Y está aprobado por la comision? insistió deteniéndose.

—Aprobado; la respondí: inclinándola la cabeza en señal de doble asentimiento.

—¡Infeliz ministro de hacienda! murmuró; dejándome inmediatamente.

CAPITULO X.

EL CAIDO.

DURANTE mi conversacion con la condesa de Jentosca habian entrado en el salon un gran número de personas; María habia continuado conversando con su madre y la generala, y Mauricio ocupaba el asiento, que habia tenido yo una hora antes, al lado de su adorada Catalina.

Las preguntas de la condesa no me habian permitido ocuparme en observar á muchas personas; pero luego que me encontré solo, reparé este tiempo perdido, redoblando toda mi atencion. Como amante, fijé primero mis miradas en la encantadora María; y observé, no sin estrañeza, que estaba entregada á una profunda distraccion. Nunca habia notado en la hija de la

marquesa de Cartosama este síntoma de preocupacion ó desaliento; y me llamó mucho la atencion ver apagados unos ojos, generalmente tan brillantes. Me parecia que esta postracion debia encerrar algun secreto, y me hacia, para adivinarlo, mil preguntas. ¿Será posible, murmuraba, que la hermosísima María esté enamorada, perdidamente enamorada, de mí, y que el haberme visto hablando con Catalina la haya causado horribles celos? Esta idea me atormentaba mucho; pero me alegraba en cierto modo, porque me vengaba del mal rato que me hizo pasar en *Ciudad-Bella*, cuando la ví en compañía del impertinente Enrique Flores. Por mas que halagara mi orgullo esta persuacion, no insistia en ella y, variándola, me atormentaba con esta segunda pregunta. ¿No es muy posible que María acabe ahora de separarse de Enrique Flores; y que se esté saboreando con sus últimas frases de amor? Esta sospecha me encendió la sangre en un segundo, y queriendo renunciar á ella ó con firmarla plenamente, me levanté con firme intento de acercarme á la encantadora María.

Al ir á dar el primer paso, se acercó á mí un jóven, de diez y nueve á veinte años, muy atildado, y que me habia dirigido el lente con particular impertinencia.

—Si no me equivoco, V. es don Nazario Palma de Jura: me preguntó.

—Efectivamente: le respondí, mirándolo de arriba abajo y despues con la mayor fijeza.

—Tenemos que hablar un momento: repuso con impertinencia.

—Cuando V. guste, caballero: le repliqué del mismo modo.

—Si V. no tiene inconveniente, podemos hacerlo ahora mismo.

—Como V. guste: le respondí, y tomamos asiento en el mullido confidente.

Siguió un momento de silencio á mi aceptación, durante el cual procuré recordar inútilmente la fisonomía de mi interlocutor, por si lo habia visto alguna vez, hasta que me dijo:

—He estado en su casa de V. á las ocho y media de la noche.

—Salí media hora mas temprano: le respondí sencillamente.

—Y teniendo necesidad de ver á V. sin pérdida de tiempo, he venido á buscarlo y....

—Dispense V. un solo instante. ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Al vizconde de Lirio-Verde: me respondió, pronunciando cadenciosamente su dictado.

—Prosiga V. vizconde: le dije con indiferencia ó desden.

—Yo tengo un amigo, que se llama el vizconde del Artamús.

—No conozco al señor vizconde: murmuré,

sin considerar que esta negacion podia comprometerme, en razon á mi situacion escepcional.

—¿Me parece que no es á V. completamente desconocido el vizconde del Artamús?

—Quizás lo habré visto alguna vez; pero al menos no lo recuerdo.

—Tambien es dudoso.

—¡Vizconde! exclamé con acento desapacible y arrogante.

—Soslayemos este incidente. El vizconde del Artamus pide á V. una satisfaccion.

—¿A mí? pregunté al impertinente mancebo con verdadera admiracion.

—A V., señor Palma de Jura: me respondió con cierto aplomo.

Yo estaba seguro, muy seguro, de no haber saludado al vizconde del Artamús; y, por lo tanto, de no haber tenido ocasion de hacerle ni el mas leve asomo de ofensa. Esta seguridad me ponia en el caso de recibir al embajador y la embajada con un soberano desden; pero me asaltó de pronto una idea que me hizo obrar con mas prudencia: considerando que el vizconde del Artamús podria ser muy bien un tercer amante de María; pues para mí era cosa cierta, que ningun hombre podia mirar á la hermosa hija de los marqueses de Cartosama, sin rendir el alma á sus pies. Esta reflexion me impidió que contestára una insolencia al vizconde de Lirio-

Verde , y le pregunté con perfecta tranquilidad:

—¿Quiere V. decirme por qué el vizconde del Artamus me pide una satisfaccion?

—Se la pide á V. por el insulto que ha recibido esta misma tarde : me respondió con indignacion y enerjía.

—Ahora tendrá V. la bondad de explicarme el insulto en cuestion.

—Caballero , ¿tiene V. tan infiel memoria, que necesita una explicacion de mi parte sobre un suceso tan reciente?

—No sé , vizconde , si tengo buena ó mala memoria ; pero puedo asegurar á V. que necesito la explicacion.

—La tendrá V. , me respondió con singular impertinencia.

—Pues no la retarde V. , vizconde ; le dije bastante impaciente.

—¿V. ha bajado esta tarde á la pradera del Canal , señor Palma de Jura?

—Señor vizconde de Lirio-Verde , he bajado esta tarde á la pradera del Canal.

—Perfectamente. Tambien ha bajado esta tarde á la pradera del Canal , el vizconde del Artamus.

—No puedo decir lo contrario : le respondí sencillamente.

—¿Necesita V. , Palma de Jura , que prosiga mi explicacion ?

—Ahora mas que nunca, vizconde: pues de lo que V. acaba de contarme solo infiero, que el vizconde del Artamus y yo podemos estar al mismo tiempo en la pradera del *Canal*.

—Proseguiré. El vizconde del Artamus cabalgaba sobre un tordo inglés.

—Permítame V., caballero. El vizconde del Artamus tiene muy mal gusto; pues los caballos infernales son mas cómodos y gallardos que esos escuálidos ingleses.

—Palma de Jura, permítame V. le haga observar, que esa reflexión no es del caso.

—Prosiga V., prosiga V.; le respondí, porque su explicacion me iba entreteniéndome como una historia.

—El vizconde del Artamus se acercó á hablar á unas señoras, que ocupaban una carretela....

—Y al empuje de un fogoso caballo andaluz, dieron en tierra el caballo inglés y su jinete? le interrumpí, recordando el lance que tanto habia hecho reír á la concurrencia de la pradera del *Canal*.

—Exactamente, caballero: repuso el vizconde, mirándome con impertinencia.

—Prosiga V. señor vizconde: añadí con glacial acento.

—Repetiré, señor Palma de Jura, las palabras que dije á V. momentos antes. El vizconde del Artamús pide á V. una satisfaccion.

—¿Y me la pide, porque lo derribaron en la pradera del Canal? le pregunté con nueva sonrisa.

—Cabalmente: me respondió con desdeñosa sequedad.

—Pues digo á V., señor Lirio-Verde, que la peticion del vizconde me parece una impertinencia.

—¿Por qué, señor Palma de Jura? me preguntó con mas frialdad que yo esperaba.

—Porque yo no tengo la culpa de que el vizconde del Artamús monte malísimos caballos ingleses.

—Pero si tiene V. la culpa de montar fogosos caballos andaluces.

—¿Yo? le pregunté con el mayor asombro del mundo.

—V. montaba el caballo negro que echó por tierra al del vizconde.

—¡El vizconde del Artamús se ha vuelto loco! eselamé dando una carcajada.

—¿Quiere V. decirme por qué ha perdido el juicio el vizconde?

—Porque no he montado tal caballo: le respondí sencillamente.

—Sé, que llevaba V. el rostro cubierto con un antifaz de seda negra; pero no creo que un hombre de honor se prevalga de esta circunstancia para insultar impunemente á un pundonoroso caballero.

—Señor vizconde de Lirio-Verde, tengo diez años mas que V., y la esperiencia me ha enseñado que el hombre se infama mintiendo, aunque la mentira sea un nuevo alarde de valor. He sostenido varios lances, que alejan de mí toda nota de cobardía, pero circunstancias imprevistas me han paesto al borde de adquirir nota de espadachin y pendenciero. Mi posicion no me permite fomentar esta reputacion; y, aunque siempre cuesta trabajo dar satisfaciones, autorizo á V. para que diga, de mi parte, al vizconde del Artamús, que no he contribuido directa ni indirectamente á su desgracia. Pudiendo añadir, que he bajado á la pradera del *Canal* en carretela; que he paseado á pié largo rato, y que me hallaba en compañía de un diputado, llamado Ortiz, cuando rodó con su caballo.

Aunque jóven y atolondrado, hicieron impresion mis palabras en el vizconde de Lirio-Verde, y me dijo:

—No puedo negar que me han hecho fuerza las razones que acaba V. de dirijirme; pero no me atrevo á finalizar esta cuestion sin oír antes la opinion de mi apadrinado.

—Esperaré á V. en mi casa mañana, hasta la una de la tarde; por si algo tiene que decirme.

—No será necesario, Palma de Jura. El vizconde está en el gabinete de la banca; le habla-

ré ahora mismo, y pasados pocos momentos tendrá V. la contestacion.

Se dirigió al gabinete el vizconde, y aunque ardía en deseos de saludar á la encantadora María, que en compañía de la marquesa y la generala habia entrado en el gabinete de la banca, tuve que privarme de este placer, para esperar la vuelta del vizconde de Lirio-Verde. Afortunadamente para mi amorosa impaciencia, no se hizo esperar mucho, y volvió acompañado de otro jóven, tan atildado como él y mucho mas impertinente. Luego que llegó á mí me dijo:

—He creído oportuno, que se acerque á V. el señor vizconde del Artamús.

—No tengo el menor inconveniente en hablar á este caballero: le respondí con indiferencia.

—Habla, Artamús; dijo el uno al otro vizconde con frialdad.

—Me acaba de decir mi amigo, repuso Artamús, haciendo horribles contorsiones, y con voz chillona y atiplada, que ha respondido V. á su propuesta con innumerables excusas.

—He dicho á su amigo de V., que partia de un supuesto falso; porque bajé en coche al *Canal*, le repliqué:

—Son las mismas palabras que ha usado el vizconde de Lirio-Verde.

—Celebro en el alma que el vizconde tenga una memoria tan feliz.

—Pero concediendo que sea exacto lo que V. acaba de afirmar....

—Caballero, lo que yo digo es siempre cierto; sin que se me conceda nada.

—Bien: pero sin embargo tengo otra cosa que exigir.

—Se vá V. presentando, vizconde, muy exigente: murmuré con una risita sarcástica.

El vizconde no comprendió toda la intencion de mi risa, y añadió con nècia petulancia.

—Si V. no era el ginete del antifaz negro, podrá revelarme su nombre.

—No puedo complacer á V., le respondí sencillamente.

—¿Ha empeñado V. al incivil máseara su palabra de no descubrirlo en ningun caso?

—No señor; pero tengo un inconveniente, casi tan formal como una palabra empeñada.

—¿Cuál es, caballero; cuál es? me preguntó con desentono.

—El de no saber quién era el ginete en cuestion: le respondí, procurando espresarme con extraordinaria frialdad; porque en mi repugnancia á dar escándalo, queria conjurarlo á fuerza de moderacion.

—¿Se ha propuesto V. hacerme burla? me preguntó Artamús alzándose sobre las puntas de los pies.

—Me he propuesto decir la verdad : le respondí tranquilamente.

—¿Y se atreve V. á sostener, que no conoce al ginete del antifaz negro ? me preguntó mas irritado.

—Si señor ; me atrevo á sostenerlo , porque es la verdad , señor vizconde.

—Esto es una infamia : murmuró , golpeando el suelo con el pié.

—¿Qué ha dicho V. , caballero ? le pregunté un tanto ofendido de su mal sonante palabra.

—Que V. conoce perfectamente al máscara del antifaz.

—¿Y de qué infiere V. que yo conozco al ginete de la pradera del *Canal* ?

—De un indicio muy poderoso : me respondió alzando la voz.

—Sepamos , vizconde ; sepamos ese tan poderoso indicio.

—El ginete del antifaz negro , que osó atropellarme , montaba.....

—Un hermoso caballo andaluz : dije acabando su periodo.

—Y ese hermoso caballo andaluz pertenece á Nazario Palma de Jura.

No esperaba yo de ningun modo esta aclaracion del vizconde , y confieso que me causó grande sorpresa. Estaba muy acostumbrado á pagar las culpas de mi homónimo , ó quizás mis

propias torpezas , para que rehusára una vez la responsabilidad que me habia impuesto ; pero en este lance se complicaba mi situacion de una manera escepcional, porque yo realmente no sabia la procedencia de aquel caballo, ni si pertenecia en la actualidad á Nazario Palma de Jura.

Reflexioné, durante un segundo, á sangre fria; y queriendo adquirir nuevos datos , pregunté al vizconde :

—¿ Está V. seguro de que el máscara montaba un caballo de mi pertenencia ?

—Muy seguro : me respondió con la mayor formalidad.

—¿ Pero sabe V. que ese caballo no ha pasado á manos de otro dueño ?

El vizconde meditó un momento, y repuso mas sosegado :

—Solo puedo asegurar á V., que le pertenecía cuando dejó la córte, y que no quiso enagenarlo.

—Pero en el transcurso de dos años, le respondí, he podido mudar de opinion.

—V. lo sabrá, Palma de Jura. El caballo de que nos ocupamos es el *Moro*.

—Aseguro á V., señor vizconde, que, desde mi vuelta á Dramalla, no he montado ni visto al *Moro* ; que no he hablado de él á ningun amigo, ni puedo indicar su paradero.

—¿ Es posible que no haya V. pensado siquiera en un caballo tan hermoso ?

—Es mas que posible : es exacto. Al ausentarme, lo envié á mi administrador, encargándole que lo cuidára mucho; y desde mi llegada he tenido que atender á mil cosas, las cuales no me han dejado tiempo para ocuparme de un caballo.

—Dispense V., Palma de Jura, que lo haya molestado tanto, sin verdadero fundamento : me dijo el vizconde, columpiándose y atusándose una ligera sombra de mostacho.

—Está V. dispensado, vizconde : repuse, queriendo terminar el impertinente diálogo.

—Una palabra mas, *pro formula* : insistió el vizconde.

—Hable V. cuanto le parezca : le respondí, procurando aparecer amable.

—¿ Me dá V. su palabra de honor de que no conoce al ginete que me echó por tierra?

—Doy á V. mi palabra de honor : le respondí con serenidad.

—Ahora una pequeña exigencia : insistió Artamús :

—Exija V. cuanto le plazca : repuse con una sonrisa que ocultaba mal mi impaciencia.

—¿ Se tomará V. la incomodidad de escribir á su administrador, preguntándole por el *Moro*, y procurando averiguar quién lo montaba la tarde del miércoles de ceniza?

—Escribiré á mi administrador, preguntándole cuanto V. desea.

—Ahora voy á hacerle una confianza: añadió el vizconde.

—Estoy muy dispuesto á recibirla: le conté mas impaciente.

—¿Sabe V. á quién hablaba yo cuando me derribó el caballo?

—Sé que hablaba V. á unas señoras, pero no pude conocerlas.

—Estaba hablando precisamente á Joaquina de Villagracia.

—Me parece bien: le respondí, recordando el nombre, por habérselo oído á la condesa.

—Voy á hacer á V. una súplica. ¿Ha tenido V. relaciones con Joaquina de Villagracia?

—No señor: repuse marcialmente, aunque la condesa me había indicado lo contrario.

—Muchas gracias, por su franqueza. Tiene V. un amigo en el vizconde del Artamús.

—Y otro amigo en el vizconde de Lirio-Verde: añadió el segundo vizconde que no había desplegado sus labios. Los dos jóvenes me tendieron sus diestras, que yo estreché, y desaparecieron del salon.

CAPITULO XI.

EL HOMBRE PONE Y DIOS DISPONE.

CUANDO me ví enteramente libre de los dos jóvenes vizcondes , mi primer impulso fué entrar en el gabinete de la banca y hacer mil protestas á la encantadora Maria ; enumerándola los obstáculos que me habian impedido hasta entonces ponerme á sus pies. Sin embargo , logré reprimir un momento este justo y natural deseo ; y logré dominarlo por consejo de mi prudencia.

—Recapitemos, dije para mí, antes de acercarme á Maria , lo que me ha pasado esta noche ; no sea que , si no me presento preparado , me envuelva con fundadas reconvencciones , y pierda el triste miércoles de ceniza , cuanto gané el alegre martes de carnavá!. Para que mi recapitula-

cion dé los mejores resultados, debo guardar rigoso orden cronológico y empezar por mi conferencia con la amada de Mauricio Sanchez. La conversacion de Catalina me ha probado hasta la evidencia, que la marquesa del Buen-Gusto me tiene mala voluntad. Esta enemistad de la marquesa, puede perjudicarme y mucho; pero el que la marquesa me odie no es razon para que Maria se presente celosa y enojada: separo, pues, á la marquesa y me quedo con Catalina. ¿Podrá tener celos Maria de la adorada del banquero? Sus celos serán bien infundados; ¿pero quién puede asegurar que una muger no tendrá celos? No hay remedio: la llamada de Catalina me ha hecho el perjuicio mas enorme que puede hacer á hombre ninguno la llamada de una muger. Maria me sorprendió á su lado: Maria quedó muda de asombro: Maria debe estar celosa y enojada: Maria me reñirá terriblemente, y, lo que es mas triste, con razon. ¿Qué excusas daré yo á Maria? Las excusas que han dado siempre los amantes: protestas de amor; juramentos é imprecaciones contra la causa de su enojo. Dejemos á un lado á Catalina, y examinemos la conversacion que ha mediado entre la condesa de Jentosca y yo. Despues de haberme preguntado con cautelosa indiferencia lo que me habia pasado en el baile; hizo recaer la conversacion sobre la memoria, la ausencia, el olvido, y no

sé cuantas cosas mas ; acabando por apostar que habia olvidado , durante mi viaje , á Joaquina de Villagracia. ¿Quién es Joaquina de Villagracia? Segun mis escasas noticias , debe ser una jóven guapa.... ¿Y quién me ha dicho que no es muger de cierta edad y fea? Lo que parece fuera de duda es que yo he querido algo á Joaquina y que ahora la quiere el vizconde del Artamús..... Pero no adelantemos fechas. ¿El haber querido yo á Joaquina es una razon para que Maria me rechace? Cualquiera dirá que no lo es ; y ademas yo no conozco á la Villagracia , ni soy responsable de los amores que á mi homónimo se le haya antojado tener. Pero como yo no puedo confesar que no soy el Nazario Palma de Jura originario del Infierno , y las mugeres son tan quisquillosas , podrá sucederme muy bien que me pida cuenta de estos amorcillos añejos , y que no le guste ser reina de un corazon que ha tenido ya innumerables soberanas. Esta Joaquina me va á poner en un horrible compromiso , y tendré que agotar los tesoros de mi elocuencia , para probar á la hermosa hija de los marqueses de Cartosama , que ella es la sultana favorita de mi serrállico corazon. Tambien me dijo la condesa , que no habria olvidado á la marquesa del Buen-Gusto ; porque la profeso mortal odio. Esto es verdad ; pero el que yo profese mortal odio á la marquesa del Buen-Gusto no es motivo para

que se enoje Maria; antes bien deberá causarle verdadera satisfaccion. En cuanto á los preludios de duelo que han mediado entre los vizcondes y yo; se han fundado sobre uu supuesto falso; y Maria, que me ha visto esta tarde en carretela, sabe muy bien que mi inclinacion á Joaquina no ha podido inspirarme la idea de maltratar al vizconde del Artamús. Resulta, pues, de mi imparcial y minucioso exámen de conciencia, que todo mi conato debe reducirse á probar á Maria, que mi conversacion con Catalina fué involuntaria; y que han mentido al presentarme enamorado de Joaquina de Villagracia.

Cuando hube acabado mi largo exámen de conciencia, crucé el salon, que estaba desierto, y penetré en el gabinete de la banca. Mis anteriores reflexiones habian preparado mi espíritu á la meditacion, y al ver un crecido número de personas que rodeaba la mesa de tapete verde; entre las cuales se contaban algunas niñas de catorce á diez y seis años, niñas que no jugaban aun pero que sentian ya las vivas emociones del juego, me afligió el planter de buenas madres de familia que se presentaba ante mis ojos. Esta afliccion hubiera sido mas duradera y mas profunda, si no me hubiera preocupado la desconsoladora idea de hallar enojada á Maria.

Antes de acercarme á mi amada, quise sorprender en su rostro las sensaciones de su alma,

y, dando la vuelta á los jugadores, me coloqué frente á la generala, la marquesa de Cartosama y su hija. La generala fué la primera á descubrirme, y con una espresiva mirada me indicó, que podia colocar una silla entre ella y la encantadora Maria. Para admitir tan lisenjera proposicion, creí oportuno examinar primero el semblante de mi bien amada: no tardó esta en clavar en mí sus negros ojos; pero en vez de encontrarlos airados, me dirijieron una mirada de satisfaccion y ternura. Loco de alegría condescendí á una segunda invitacion de la anciana, y un segundo despues me hallaba sentado entre la generala y Maria.

—Gracias á Dios que ha llegado V. me dijo la anciana generala.

—Buenas noches, Palma de Jura: añadió la noble marquesa.

—Cuantos importunos han atormentado á V., Nazario: observó Maria con encantadora dulzura y bondad.

Respondí á la anciana generala con una sonrisa; á la marquesa con un respetuoso saludo, y dije á mi amada:

—Maria, cuánto he sufrido desde que entró V. en el salon.

—Lo creo, Nazario: me respondió con la mayor amabilidad. Seguramente ha tenido V. esta noche desgracia.

—No puede V. calcular, señora, lo inmenso de mis sufrimientos.

—Llegó V., sin duda, antes de las doce, creyendo encontrarme en el salon.

—Es verdad. Se me hacian las horas tan largas, que no pude dominar por mas tiempo mi impaciencia.

—Encontraria V. solo el salon, á no ser que estuviera en él Catalina.

—Exactamente: respondí, admirando la benevolencia de Maria.

—Al verlo entrar, estoy muy segura que lo llamaria con una inclinacion de cabeza.

—Ni mas ni menos: repliqué, admirando cada vez mas el fino tacto y prudencia de la hermosísima Maria.

—Cuando llegó V. á saludarla, lo invitaria á tomar asiento; y si V. la dió algunas excusas insistiria.

—¿Ha visto V. lo que ha pasado? pregunté á Maria sorprendido.

—No, por cierto; pero es fácil adivinar, y continuaré adivinando. En primer lugar hablaria á V. de *Ciudad-Bella*; porque anoche estuvo en las máscaras; espiada ó acompañada siempre de un mascarón de dominó negro, que era, como V. puede figurarse, el banquero Mauricio Sanchez.

—Los vi en *Ciudad-Bella*, y los conocí inmediatamente.

—Después habrá contado á V. lo perdidamente enamorado que está por ella Mauricio Sanchez, y lo mucho que goza, haciéndole concebir celos tan furiosos como infundados.

—El último periodo de las adivinaciones de Maria no estaba conforme á la verdad; pero calculé por un lado, que podia haber sido cuestion de tiempo; y por otro no me pareció conveniente contradecir á una muger que, en vez de acusarme enojada, daba á mi conferencia con Catalina la interpretacion mas favorable. Hice, sin embargo, una pausa, y la generala, que habia tenido la prudencia de no interrumpirnos, se aprovechó de ella; y con una dulzura propia del usurero que pide á un deudor insolvente intereses y capital, me dijo:

—Señor Palma de Jura, ¿quiere V. jugar una vaca?

—Señora, la respondí, preveo que vamos á perder esta noche cuanto juguemos.

—Aprension: me replicó la generala, empujando con sus flacos dedos, hácia mí, ocho napoleones.

Puesto en tan dura precision, saqué la misma cantidad y, reuniéndolas, las coloqué en el naipe mas inmediato.

—¿No quiere V. que lleve parte en esa apuesta? me preguntó Maria con una sonrisa encantadora.

—Estoy seguro de perder: la respondí festivamente.

—Y es V. tan egoista, Nazario, que á nadie dá parte en sus pérdidas.

—La señora generala tiene la bondad de partirlas: y como si el banquero hubiera querido realizar inmediatamente mi prediccion, echó sobre el tapete una sota, y yo perdi un dos á la izquierda, contra las reglas de la cábala y las risueñas esperanzas de mi compañera de infortunio.

—Como me gustaba la sota: murmuró la anciana generala, ahogando un doliente suspiro.

—Dije á V. que íbamos á perder, y se ha cumplido mi pronostisco.

—Como ha de ser, Palma de Jura; no siempre se está de buena suerte.

No queriendo pasar por mezquino, saqué cuanto dinero llevaba, que seria unos tres mil reales; y lo puse en dos ó tres cartas, que perdí sin intermision; alegrándome de una pérdida que me dejaba en la libertad de seguir sin obstáculos mi conversacion con Maria.

Como mis apuestas habian sido pocas y no pequeñas, en la primera talla que dejé de jugar, se apercibió de ello el banquero, y me dijo con espléndida cortesía.

—Puede V. disponer, caballero, de cuanto dinero hay en la banca.

—Muchas gracias: le respondí, resuelto á dedicar mi tiempo á la encantadora Maria.

—Toma, Nazario: me dijo entonces Mauricio Sanchez, arrojándome su cartera, henchida de billetes de banco.

—Muchas gracias: repuse tambien, devolviéndole la cartera.

Reiteró Mauricio sus instancias, y noté que mis repulsas le causaban una dolorosa impresion: sin embargo, no cedí á su ruego, y me dediqué enteramente á mi encantadora enamorada; pero debo estampar aquí una observacion que hice entonces. Cuando tomé asiento entre la generala y Maria, noté que los rostros de Mauricio y Catalina habian tomado una ligera expresion de asombro; y cuando Sanchez me ofreció con tan grandes instancias su cartera, observé que frunció Maria ligeramente el entrecejo, como causándole estrañeza las atenciones de Mauricio. En vano pretendí encontrar la clave de este logogrifo, y dije á mi amada:

—Por fin hemos salido de importunos: raza maldita y abundante.

—Nazario, voy á hacer á V. una pregunta, que es en el fondo una simpleza: me respondió con gran ternura.

—Pregunte V. cuanto le plazca: que muy en breve daré á V. respuestas claras y sencillas.

—¿En qué ha fundado V. su presagio de que perdería indudablemente?

—Lo he fundado, señora, en dos poderosas razones.

—¿Tendrá V. la bondad, Nazario, de explicármelas; con esa claridad y sencillez de que me habló V. hace poco?

—Es la primera, hermosa María, que un hombre tan acosado de importunos, como yo me he visto esta noche, no puede tener buena suerte, si cae en la tentación de jugar.

—¿Y la segunda? me preguntó, no dando importancia á la que acababa de explicarle.

—La segunda es un célebre adagio italiano; muy vulgar de puro sabido.

—¿Dice ese adagio?...

—*Disgraciato in juoco felice in amore.*

—He oído mas de una vez ese adagio: murmuró la jóven con una sonrisa encantadora.

—¿Puedo aplicármelo, María? la pregunté con embriaguez.

—V. lo sabrá, Palma de Jura: repuso con otra sonrisa mas amable.

—¿No quiere V. hacerme, María, con una palabra el mas dichoso de los hombres?

—No he de querer, á tan poco trabajo, labrar una felicidad tan grande. ¿Qué quiere V. que yo le diga?

—¿Me ama V., como yo la amo, con un amor puro y ardiente?

—¿No recuerda V. las palabras que pronuncié, el lunes en la noche, en este mismo sitio?

—Las recuerdo; y juro á V. que no se borrarán jamás de mi memoria.

—¿Recuerda V. las que le dije anoche en los salones de *Ciudad-Bella*?

—Soy acaso dueño de olvidarlas: respondí con exaltacion.

—Pues si las recuerda V., Nazario, no necesita preguntarme si le amo.

—Es tan dulce oír, de la muger á quien amamos, una nueva protesta de amor.

—Nazario, amo á V., cuanto yo soy capaz de amar: dijo Maria, con una voz que me estremió de placer.

—¡Maria, Maria! exclamé loco de contento; y hubiera caído de rodillas, á no detenerme el temor de llamar ridículamente la atencion de las muchas personas que atentamente nos miraban.

Un corazon apasionado y satisfecho derrama tan inmensos torrentes de felicidad, que enajenan y no dan lugar al discurso: en dos palabras habia agotado todas las fuerzas de mi alma, y no encontraba voces bastante apasionadas para expresar mis sentimientos. Guardé silencio: Maria, tan conmovida como yo, me miraba dulcísimamente; y el mudo lenguaje de los ojos nos ser-

:

via mejor que las frases. Tiró el banquero la última talla, y á las tres de la madrugada tuvo fin aquella reunion, en la cual habia experimentado tantas y tan distintas sensaciones.

Cuando yo me acerqué á Maria, esperaba mantener con ella un acalorado debate de acriminaciones y excusas; pero contra mis tristes pronósticos habiamos tenido una escena de abandono, confianza y amor.

—¿Cuándo nos veremos, Maria? la pregunté en el momento de separarnos.

—Mañana tarde en la Floresta: me respondió, con inestimable ternura.

—Hasta mañana, hermosa mia: murmuré, mas enamorado que nunca.

—Palma de Jura, hasta mañana: murmuró á su vez, magnetizándome con una mirada singular.

CAPITULO XII.

DUDAS.

Dos veces me habia separado de María formando deliciosos sueños de felicidad y de amor ; pero al separarme la tercera era mi embriaguez tan completa, que no conservaba siquiera el privilegio de soñar. La historia de mi ardiente amor abrazaba un gran número de atractivos, porque habia seguido los trámites de esos amores extraordinarios, cuyo principio es el acaso, cuyo desenlace es un drama, cuya duracion no se calcula, y cuya vida está sembrada de interesantes peripecias. Yo ví á María, por primera vez, en un humilde parador ; no puede elegirse un encuentro mas impensado y casual. Ví al mismo tiempo á otra muger hermosa, que me sedujo

con la dulzura de sus encantos; en tanto que los de María me hacian temblar porque no podia sufrir los destellos de sus abrasadores ojos, y la arrogancia de su porte me imponia como la altiva magestad de una reina, digna de serlo: resultando de esta entrevista, que me declaré rendido amante de Sofia, alejándome de María extraño é invencible terror.

Cuando la ví, por segunda vez en casa de don Fulgencio Soto, procuré dominar el pánico que habia experimentado en el camino, y estuve bastante feliz en la esplicacion de un logogrifo, que tenia á María por objeto. Los resultados de esta adivinacion fueron una reconvencion de su parte y un duelo con Enrique Flores: pareciéndome la provocacion del mancebo una necesidad, porque mi corazon pertenecia entonces á Sofia Amaranto, y en todo pensaba menos que en ser rendido amante de María. Ví algunas veces mas á la hija de los marqueses de Cartosama, y como mi corazon no latia ya por los encantos de Sofia, empezó á trocarse mi terror en una pasion bastante activa; y una palabra de María, pronunciada, como si no hubiera sido dueña de callarla, decidió mi suerte, y me lanzó, sin temor al fuego, entre las llamas de su amor.

Este compendioso resúmen de la historia de mis amores formé desde la casa de la condesa á mi alojamiento; y como resultaba de él algo

de providencial y misterioso, me lanzaba con nuevo ardor en el volcan de mis amores; el alma altiva y satisfecha con la fé de una inmensa felicidad.

¡Qué hermoso es el mundo mirado por el prisma de una pasión! Sus nacarados horizontes reflejan una luz suave, que no lastima las pupilas: sus flores prestan al ambiente ricos aromas: mansas brisas gimen, tibias y perfumadas; y cantan tiernos ruseñores, en flotantes nidos de jazmines, sentidas endechas de amor. El murmurio del manso arroyo, que se desliza sobre el césped, semeja el blando arrullo de la tórtola enamorada: la cascada, que se despeña sobre duro lecho de rocas, tiene salvajes armonías, que repiten lejanos ecos; y el oscuro seno de las grutas ó los bosquecillos sombríos, convidan á grato reposo, porque vuelan los hermosos sueños bajo sus bóvedas sagradas. Por el prisma de la pasión, no se vé nunca lo pasado, se comprende mal lo presente; pero en cambio se descubre lo porvenir; siempre radiante, siempre hermoso. Yo creí estar enamorado de Sofia Amaranto, y me engañé lastimosamente: yo sentí un momento simpatía hácia Catalina, pero fué la ilusion de un dia: yo codicié el pequeño pié de aquella muger misteriosa, á quien no veo hace mucho tiempo; pero fué un capricho no mas: yo he creído, en mi vida pasada, amar á varias hermosuras; pero me

he engañado á mí mismo de una manera lastimosa : yo no habia amado nunca hasta que he conocido á María. ¡Qué valen las demas mugeres á ella comparadas ! nada valen. He visto mugeres hermosas , muy hermosas ; pero han sido esas hermosuras vulgares, que agradan, como la Venus de Médicis , por su fria regularidad ; preciosas estátuas humanas , sin vida aunque con movimiento. ¿Y compararé yo siquiera estas hermosuras vulgares á la hermosura de María ? pensarlo únicamente es sacrílega profanacion. María es hermosa , como las brillantes fantasías de los inmortales poetas : hermosa , con esa hermosura incorpórea de los ángeles y serafines : hermosa , como el sol , que oculta con sus brillantes resplandores una parte de su hermosura para que admiren la restante. María es el bello ideal que han tenido todos los génios para sus brillantes creaciones : para sus *Madonas* Rafael ; el Tasso para sus *Armidas* ; para sus *Concepciones* Murillo ; para sus *Lauras* el Petrarca , y Milton para su *Luzbel*. Todo lo ideal , todo lo grande , todo lo altamente poético , es aplicable á la hermosura de María. Ya se le ama , como á muger ; ya se le adora , como á virgen. Querer compararla , es pretender la realizacion de un delirio. Querer darse cuenta de hasta donde llega la pasion que inspirar puede , es fijar límites al espacio y á la eternidad duracion. No descuella entre las mu-

geres como la gigantesca palma sobre los enanos tomillos; brilla como un astro entre nubes; es una rosa fragante y fresca, que se mece en desierto y árido arenal. La imaginacion busca en vano imágenes que representen lo que solamente puede serlo por sí mismo: yo me pierdo, como si vagara por intrincado laberinto; y cuando me libro de sus confusas sinuosidades, exclamó con un frenesí que á nada puede compararse. «Amo á María, porque no tiene verdadera comparacion.»

Si hubiera de seguir pintando con sus verdaderos colores el ardiente amor que me abrasa, ocuparia en ello muchas páginas y quedaria intacta la cuestion: ahogo, pues, la voz de mis afectos y me dedico á la narracion de los sucesos, porque, aunque locamente enamorado, bien conozco que á nadie interesa mi amor.

Desde mi llegada al Infierno, habia unido á mis cariños femeniles un afecto puro y permanente, y profesaba á Perez de Silva la mas tierna y franca amistad. Rodeado de seres estraños, que me atacaban sin piedad, habia encontrado en el director del INFERNAL la efusion de un amigo sincero, dispuesto á sacrificarse por mí; y cuando me abrumaban mas las persecuciones y disgustos encontraba á su lado el reposo, que necesitaba mi alma despues de mucho combatir. Me habia acostumbrado á pasar una parte del dia

con él, y, desde el martes de carnaval hasta el primer jueves de cuaresma, habian transcurrido cuarenta y ocho horas sin habernos visto ni hablado. Mis deberes parlamentarios y mis ocupaciones de amante no me habian permitido ir á buscarlo el lúgubre miércoles de ceniza, pero el jueves por la mañana, antes de acudir al congreso, me dirigí á la redaccion y lo encontré en su gabinete.

Estaba completamente recostado en una cómoda butaca, y dando la espalda á la puerta, de modo que pude contemplarlo á mi sabor antes que notára mi presencia. Su rostro que, desde mi llegada al Infierno, habia contemplado siempre alegre, estaba pálido y sombrío, y sus fruncidas cejas le daban marcada espresion de disgusto. Todos los periódicos de Dramalla y un crecido número de cartas estaban sobre un velador, y se adivinaba fácilmente que Camilo habia mandado ponerlos allí, con intento de examinarlos, pero que no los habia tocado siquiera. La postracion que en él notaba me interesó profundamente, y queriendo saber sus penas, para tomar parte y consolarlo, lo saludé con una pregunta:

—¿Qué tienes, Camilo? le dije adelantándome hácia él.

Se estremeció Perez de Silva al oír mi voz, é incorporándose de pronto, clavó en mí una mi-

rada, cuya espresion sarcástica y fiera á la vez no sabia como interpretar. Esta mirada fué veloz como la luz de los relámpagos, y aquel rostro, sobre el cual habia visto marcada la profunda huella del dolor, quedó de improviso impassible; como si le hubieran adaptado una fria máscara de hierro.

—Siéntate, Nazario: me dijo, señalándome una butaca.

—Permíteme, Perez de Silva, que te repita mi pregunta: le respondí.

—¿Qué pregunta? murmuró, aparentando la mas perfecta tranquilidad.

—La que te hice, en vez de saludo, cuando entré en este gabinete.

—Te aseguro que no la recuerdo: repuso, tomando un habano y alargándome la petaca para que imitára su ejemplo.

—¿Qué tienes, Camilo? te pregunté, y te hago la misma pregunta.

—Nada tengo, Palma de Jura: me respondió, afectando siempre una glacial indiferencia.

—Estás pálido como un cadáver: insistí con creciente interés.

—Es posible; porque no he pasado buena noche: repuso con una sonrisa forzada.

—Tambien me parece que noto en tu rostro huellas de profunda tristeza.

—Te equivocas lastimosamente: me dijo, y

se miró al espejo, como si quisiera asegurarse de que no desmentía el semblante lo que aseguraban sus labios.

—Mira, Camilo, respeto mucho los secretos de mis mas íntimos amigos....

—Yo tambien los respeto mucho, Nazario : me respondió con una sonrisa sardónica inesplicable.

—Permíteme que continúe: insistí bastante alarmado.

—Dispénsame que te haya interrumpido : repuso con otra sonrisa mas sarcástica.

—Respeto mucho , como he dicho , los secretos de mis mas íntimos amigos ; pero no puedo reducirme á ignorar la causa de las penas que te martirizan , Camilo.

—Sabes , Nazario , que traes hoy un deliciosísimo humor.

—Te aseguro que no tiene nada de envidiable , y de delicioso mucho menos.

—Pues en ese caso te domina una aprension bastante estraña.

—No es aprension : dije, ofendido del tono de Perez de Silva.

—¿Querrás convencerme, quizás, de que me lastiman crudas penas?

—No tengo la nécia persuacion de querer medir la intensidad de tus dolores ; pero si me atrevo á asegurar su existencia , añadiendo que cuentan de fecha algunos dias.

—Esto vá siendo entretenido; y bien merece que continuemos la diversion: replicó Camilo, soltando una estrepitosa carcajada, que él quiso hacer sumamente festiva y á mi me pareció muy triste.

—No creo, Camilo, que mis palabras sean de gran entretenimiento: dije con bastante amargura.

—¿Desde cuándo has notado en mí esos sinmas de dolor? me preguntó, desentendiéndose de mi queja.

—Desde el martes de carnaval: le respondí, sin vacilar, y alegrándome mucho de que entráramos en la cuestion.

Camilo clavó en mí una mirada fria, y al mismo tiempo indagadora, frunció lijeramente los labios, y añadió:

—Has tomado tanto interés por mi salud, que habras seguido dia por dia los progresos de mi no leve enfermedad.

—Los he seguido dia por dia, y aun hora por hora: repuse, mas compadecido de su angustia que de su desden enojado.

—Ya que te ocupas de mi dolencia ¿quieres que hagamos su diagnóstico? me preguntó con cruel sarcasmo.

—Puedo reducirlo, Perez de Silva, á tan pocas palabras, que no te cansarás de oirlo ni yo de formularlo bien.

—Sepamos, Nazario, sepamos. Si llevas tu amabilidad hasta un extremo, que apenas me atrevo á exigir.

—Comienzo. El domingo de carnaval concurrimos juntos á *Ciudad Bella*, y permanecimos reunidos hasta que diferentes máscaras se apoderaron de nosotros. Cuando nos separamos, estabas alegre y decidor; te ví un momento, dando el brazo á la hermana de la caridad, y no volvimos á reunirnos. El lunes lo pasé durmiendo, y en su noche acudí al congreso de diputados; por cuya razon no pude verte. Vine el martes, y te encontré casi tan triste como hoy; pero con humor desigual, que sufría modificaciones frecuentes. Hablamos mucho de las máscaras, y nos referimos varios lances, que despertaron casi todos nuestra curiosidad; produciéndonos algunos de ellos una alarma que, segun veo, va justificando la esperiencia. No quisiste acompañarme á *Ciudad Bella*, manifestándome que regularmente no irias; y nos separamos, yo por lo menos, poseidos de una verdadera inquietud. Te busqué, durante la noche, con sumo cuidado entre las máscaras; y en el momento de abandonar aquellos salones, animados con la embriaguez del baile, música y licores, te ví, en el alfeizar de una ventana y medio oculto tras una cortina de damasco, tan pálido como lo estas ahora; é imponente, como un espectro sobre su sepulcro.

Camilo lanzó una ronca carcajada, que me estremeció, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y dijo:

—¿Es verdad, Nazario, que bajo el alfeizar de aquella ventana, debí parecer la acusadora sombra de Nino?

—No comprendo, le respondí en tono de reconvención, la causa de esa hilaridad tan notable y estraña.

—Nazario, te has empeñado en hacerme creer que estoy triste, y yo te respondo con una explosión de..... alegría.

—Pues te confieso francamente que la explosión de tu alegría produce en mí un efecto tan triste y tan.....

—Prosigue, Nazario, el diagnóstico de mi enfermedad; pues sería lástima que lo cortara este incidente.

Dirijí á Camilo una mirada muy semejante á las que él me dirigía de vez en cuando, y continué mi diagnóstico.

—No pude detenerme entonces ni verte ayer. Hoy te encontré pálido, triste y abatido: á mi vista se operó en ti una reacción extraordinaria; y tu semblante y tus palabras han conservado una cruel expresión de sarcasmo, que no me sé explicar, Camilo; que profundamente me lastima y, en algún momento, me enoja.

—¿Has acabado ya, Nazario, el diagnóstico de mi dolencia? me preguntó Perez de Silva con su frio sarcasmo.

—Lo he terminado: respondí; y sentí que toda la sangre se iba agolpando á mi cerebro con extraordinaria rapidez.

—Pues ya que conoces mi dolencia, acaba tu papel de médico recetándola las oportunas medicinas.

—¡Sangrías! exclamé; no pudiendo reprimir mas la indignacion que me causaba la cruel ironía de Camilo.

—No has pensado mal, Palma de Jura; las sangrías podrian hacerme gran provecho; curarme quizás.

Miré á Camilo con una espresion tan sarcástica como la suya; y adoptando el mismo tono, le respondí:

—Los remedios heróicos curan radicalmente las mas graves enfermedades, cuando tienen una inmediata aplicacion.

Camilo me miró á su vez; comprendiendo perfectamente el sentido de mis palabras; y dominando un raptó de ira, que destellaba en todas sus facciones, me replicó, haciendo alarde de perfecta tranquilidad:

—Nadie desea tanto la salud como el enfermo; juzga, pues, si estaré por la inmediata aplicacion de la sangría.

—Yo que he sido el médico, Camilo, no seré quien las retarde un día: repuse con reconcentrado furor.

—Pues yo, que soy el pobre doliente, estoy decidido á aplazarlas: me respondió con verdadera tranquilidad.

—Y será muy largo ese plazo? le pregunté, comprendiendo cada vez menos la conducta de mi antiguo amigo; pero tan indignado de ella, que deseaba realmente probar la heroica y costosa medicina.

—¿Es hoy jueves? me preguntó á su vez, habiendo cambiado el sarcasmo en perfecta tranquilidad é indiferencia.

—Hoy es jueves: le respondí, estudiando, espresado, la brevedad de mis respuestas como medio de provocacion.

—El jueves proximo te escribiré; y regularmente nos entenderemos, como dos hombres que se conocen mucho.

—Hasta el jueves proximo, Camilo: le respondí tomando el sombrero y saludándolo en ademán de despedida.

—Hasta el jueves proximo, Nazario: repitió Camilo sonriéndose y acompañándome hasta el dintel.

Estreché muy ligeramente la mano que me presentó Perez de Silva, y salí dejando aplazado un desafio con el único que me habia

tratado como amigo desde mi llegada al Infierno; y confundido entre mil dudas, porque no podia adivinar los ocultos móviles de la conducta de Camilo.

CAPITULO XIII.

EL SALUDO.

AL enojo que me habia causado la estraña conducta de Camilo siguió, como era natural, e disgusto de haberme indispuerto con amigo tan obsequioso; y maldije mas de una vez el momento en que pisé la fatal córte del Infierno. Estaba seguro, muy seguro, de no haber dado á Perez de Silva el mas leve motivo de queja; pero sabia si mi homónimo lo habria ofendido gravemente, ni mucho menos si sus encubiertos enemigos, que me habian hecho guerra tan encarnizada y desleal, habrian tramado algun complot, del cual deberiamos ser tristes victimas. Mas de una vez detuve el paso, para volverme á la redaccion y pedir á Perez de Silva, de rodi-

:

llas si era necesario , terminantes esplicaciones; pero el orgullo por un lado y por otro la dificultad de esplicarle satisfactoriamente una conducta , que mi posicion hacia harto estraña , me hicieron proseguir mi camino , con la desesperacion de un reo que va siguiendo el del cadalso.

Entré en el salon de conferencias profundamente distraido; y, como redactor del proyecto del discurso de contestacion á la corona , tuve que contestar á un gran número de preguntas impertinentes, y que sufrir cien observaciones repetidas é interesadas. Los diputados de ambos matices de la oposicion me reconvenian ágríamente; porque no habia condenado de un modo enérgico y terminante la política del gobierno; y los diputados ministeriales estrañaban que , un hombre tan amante del órden como yo, no aprobára esplicitamente la conducta de los ministros. Yo contestaba á unos y otros con la misma fórmula , reducida á estas pocas frases : « El documento, que he redactado , es un proyecto y nada mas: Vds. pueden presentar cuantas enmiendas juzguen oportunas, y, si mis dignos compañeros de comision no las rechazan , no seré yo quien las combata, ni en el seno de la comision ni en la tribuna del congreso: » consiguiendo con esta réplica hacerme tantos enemigos como diputados me hablaban.

Cansado de la monotonía de esta intermina-

ble polémica , procuré perderme entre las sombras de los mas ocultos pasillos; pero estaba empuñada la suerte en perseguirme á todas partes, y me encontré de manos á boca con el señor ministro de hacienda, que llegaba en aquel momento.

—¿Cómo por aquí, señor Palma de Jura? me dijo con festivo tono.

—Estoy cansado, le respondí, del bullicio de los salones.

—Nunca hubiera podido imaginar que abandonára los salones el verdadero rey de la fiesta.

—He abdicado mi autoridad: le respondí, procurando participar de su buen humor.

—Aquí, para entre los dos, Palma de Jura, ¿por qué me asustó V. antes de ayer, cuando tuve el gusto de verlo?

—No recuerdo, señor ministro, haber tenido la intencion que V. supone he realizado.

—¿Y aquella sonrisa con que me pagó V. la que yo le habia dirigido en estos mismos corredores?

—Fué pagarle á V. su sonrisa en la misma moneda.

—Es verdad. Pero confieso á V. francamente, que, cuando he leído su proyecto de contestacion al discurso de la corona, he experimentado una sorpresa extraordinaria.

—¿De qué ha nacido esa sorpresa? le pregunté festivamente.

—De que esperaba encontrar un documento de furibunda oposicion, y he visto lo contrario.

—¿Está V. satisfecho de la redaccion del discurso? volví á preguntarle.

—Lo estoy: me respondió con la mayor formalidad.

—Tengo que dar á V., señor ministro, un millon de gracias.

—¿Por qué? me preguntó un tanto admirado de mis palabras.

—Porque es V. la única persona que ha quedado completamente satisfecha de su redaccion.

—¿Habla V. con formalidad? volvió á preguntarme.

—Me parece que no es ocasion de andar en bromas; le respondí bastante sério.

—Palma de Jura, la mayor parte de los diputados ministeriales no entienden gran cosa de nuestros juegos parlamentarios, y perjudican á la misma causa que defienden.

—Me parece que los señores de la oposicion no se encuentran mas adelantados.

—Allá se van, allá se van: me respondió; y añadió, tendiéndome la mano.

—Estoy muy seguro de que V. y yo acabaremos por entendernos.

—En asuntos palamentarios lo dudo mucho, señor ministro.

—*Gula cavat lapidem, nom sémel nisi semper*

cadendo: me respondió, encaminándose hacia el salon de conferencias.

—Este hombre vale algo; dije para mí: y acordándome de la cita de mi hermosa y amada Maria, empecé á bajar las escaleras del congreso.

Al llegar al primer descanso tuve otro encuentro, tan inesperado como el del ministro de Hacienda; pues me cerró el paso Catalina. Venia vestida como siempre, es decir, con suma elegancia; y noté en su rostro una espresion, efecto sin la menor duda de dos sentimientos distintos, que no habia observado hasta entonces, y que no pude interpretar, aunque fijé en ello mi atencion.

—¿Cómo está V., Palma de Jura? me preguntó con ese abandono que ostentan las mugeres de cierta edad.

—A los pies de V., Catalina: la respondí sencillamente. ¿Y V. está buena?

—Muy buena. Gracias: me respondió, indicándome con una mirada que no habia acabado nuestro coloquio.

—¿Sube V. á la tribuna reservada? la pregunté, por no guardar triste silencio.

—Voy á la tribuna, Nazario. ¿Pero cómo abandona V. tan pronto el congreso?

—Tengo mucho que hacer, señora: la respondí, procurando abreviar nuestro diálogo.

—¿Ha dado á V. alguna cita Maria Cartosama? me preguntó con un descaro singular.

—Señora.... murmuré, no sabiendo que contestar á una pregunta tan directa.

—No creo, Palma de Jura que trate V. ahora de negarme su amor á la encantadora Maria.

—Tampoco puedo confesarlo..... tartamudeé bien torpemente.

—Para ser prudente en palabras es preciso haberlo sido antes en obras.

—No comprendo á V., Catalina.

—Cuantos concurren á la sociedad de la Jentosca han notado los síntomas de esa pasion.

—Los que creen adivinarlo todo, se engañan con mas facilidad.

—Prescindamos de juegos de palabras. ¿Ama V. realmente á Maria?

—¿Tiene V. encargo de hacerme esa pregunta? repliqué, pagando descaro con descaro.

—¿Quién habia de haberme confiado tan espinosa comision?

—No lo adivino, Catalina; y la mejor prueba es que pregunto.

—Mire V., Nazario; yo no creo que V. ame á Maria Cartosama.

—V. es muy dueña de creer lo que tenga por conveniente: la respondí

—Pero sí creo, sin meterme á adivinar las causas, que V. galantea á la arrogante jóven.

—V. es muy dueña de creer lo que tenga por conveniente: repetí con indiferencia.

—¿ Cree V., Nazario, que, si continúa en intimidad con la Cartosama, tendrá bastante imperio sobre sí para no dejarse dominar por sus encantos y reducir su amor á un convencional galanteo ?

—Creo, Catalina, que he cumplido veinte y cinco años: la respondí con grosería.

—Bien sé, Palma de Jura, que no necesita V. tutor: pero como las mugeres somos mas diestras y terribles en las lides de amor que los hombres, quiero hacer á V. una advertencia. Si quiere V. amar de veras á Maria, y está decido á arrostrar las consecuencias de su amor, amela V. cuanto le plazca; pero si quiere reducirse á un pasatiempo, huya V. de ella, porque está al borde de un volcan que muy pronto arrojará llamas.

Catalina añadió á sus palabras una inclinacion de cabeza, y se dirijió á la tribuna.

Desde el congreso á la Floresta me repetí un millon de veces las palabras de Catalina; y como habian conocido en Maria, desde el momento que la ví por primera vez, el poder de fascinacion de que me habia hablado la elegante amada del banquero, empezé á sentirme agoviado bajo el peso de su inevitable dominio.

Cuanto mas raciocinaba, mas estraña me parecia la donducta de Catalina; pues habia abor-

dado una euestion , que tocan siempre las mugeres con el mas exquisito tacto , de una manera bastante brusca , y aun podria llamarse incivil. Esta rudeza no podia ser efecto de impremeditacion , porque mugeres como la amada de Mauricio meditan mucho antes de hablar ; y debia creerla calculada con tanta mas razon , cuanto que en *Ciudad-Bella* y en los salones de la condesa de Jentosca habia hecho alarde de ruda y picante franqueza. Inferi de esto y de mis propias esperiencias , que Maria era una amante harto temible ; pero como yo la amaba de veras y Catalina me habia dicho que no era posible sostener con ella , por mucho tiempo , un inocente galanteo , me tranquilizé , considerando la misma firmeza de mi amor.

Llegué á la Floresta contento , aunque media hora antes que los mas aficionados á disfrutar de sus delicias ; y alimentándome de lisonjeras esperanzas , dejé transcurrir los minutos sin calcular su duracion.

A las tres y media empezaron á bajar muchos carruajes , y á las cuatro estaba el paseo en el cenit de su esplendor. El circulo de mis relaciones , ó á lo menos de mis conocimientos , se ha estendido mucho en las tres ó cuatro semanas que llevo de permanencia en el Infierno ; y ya se contarme á mi mismo las crónicas pertenecientes á las personas mas notables. A la segun-

da vuelta que dí, me crucé con Enrique Flores, que habia bajado á la Floresta diez minutos despues que yo; síntoma para mí seguro de que esperaba, como yo, ver en ella á la incomparable Maria.

Desde el mártes de Carnaval, la vista del jóven me causaba una impresion desagradable; y su presencia en el paseo aumentó mi enojo hasta punto, que no pude menos de dirigirle una mirada insolente y provocadora. Yo sabia que Flores me odiaba tanto ó mas que yo á él, y esperaba que contestase á mi mirada con otra mas fiera y arrogante; pero noté, con estrañeza, que bajó los ojos al suelo, aunque le ví morderse el lábio con reconcentrado furor. Proseguimos nuestro paseo, y observé que Flores evitaba cruzarse conmigo, y que, disminuyendo las distancias, acabó por seguir paseando á dos ó tres pasos trás de mí. Adiviné inmediatamente el objeto de esta maniobra; que debia serlo poder apreciar perfectamente qué especie de saludo mediaba entre Maria y yo, cuando llegáramos á encontrarnos. Sorprendida la idea del jóven, era natural que yo tratára de imponerle la penitencia en el pecado, y me decidí á ejecutarlo en el momento conveniente.

Esperaba que la hermosa Maria se presentaria en carretela, y por lo tanto mi atencion estaba fija en el arrecife de los carruajes, cuyo número

se aumentaba instantáneamente. Vi á Camilo Perez de Silva, perezosamente reclinado en los almohadones del suyo, tan pálido como lo dejé tres horas antes, pero sus pupilas jiraban con extraordinaria rapidéz, como si buscáran un objeto. Cuando nos cruzamos, me inclinó ligeramente la cabeza; y noté que temblaban sus labios con una sardónica sonrisa. A corta distancia de la carretela de Camilo venia la de la condesa de Jentosca; y esta amabilísima señora tuvo la bondad de saludarme con su cortesano agasajo. A la carretela de la condesa seguia una, verdaderamente magnífica, y en ella venian Julia y Rosa; las dos amigas que encontré en casa de la condesa de Jentosea, y cuyas biografias me habia hecho comiendo Camilo. A los estribos del carruaje cabalgaban dos extranjeros en escuálidos caballos ingleses; los cuales me hicieron recordar el lance de la pradera del Canal, y suspirar por su inmediata repeticion. Julia y Rosa me saludaron de la manera mas afectuosa, y yo contesté sus saludos, procurando reprimir la sonrisa que á mis labios traian sus historias. Siguió marchando la interminable procesion de trenes mas ó menos ricos, y llegó la vez al de Catalina, tan magnífico como el de Rosa, que habia pasado poco antes. Iba la amada del banquero sola y reclinada; haciendo alarde de su aparente dejadez, que ocultaba un mundo de

voluptuosidad. Inmediatamente detrás venia el banquero, en un elegante tilburi; y á Mauricio Sanchez seguia don Fulgencio Soto, acompañado de toda su amable familia. Catalina me saludó con un ligero movimiento de su ramo de frescas lilas, flores que amaba con extremo, como hemos podido observar, y una mirada entre suplicante y cariñosa. Mauricio fué mas espresivo en su saludo; aunque noté, como me habia sucedido otras veces, que mi presencia le causaba una dolorosa impresion; y la familia del ex-ministro me saludó con aquella cordialidad que no deja lugar á dudas, y es señal clara de la mejor inteligencia. En pos venia del ex-ministro el finchado Toribio Ruiz, que encerraba algo de portugués ó de estañero; y como tenia la fortuna de no haberlo tratado, pasó sin que cambiáramos saludo: pero en cambio los dirijió á una jóven alta, delgada, pálida y bella que paseaba delante de mí, y á una señora mas madura, gruecesita y bastante linda, que inmediatamente me seguia. Parecia la suerte empeñada en reunir á todos mis amigos, y en pos de Toribio venian los dos ministros coexistentes, don Alejo Astorga y don Buenaventura Perez Crespo. No se contentó don Alejo con saludarme cortesmente; mandó parar su carruaje, y me ofreció un asiento en él, que yo no acepté, escusándome con mi cita. En el tiempo que estuve parado, para rehusar

la invitacion de don Alejo, se me adelantó Enrique Flores algunos pasos; pero esta posicion avanzada no debia cuadrar á sus intentos, porque se detuvo inmediatamente, so pretexto de encender un habano, y volvió á cerrar mi retaguardia, como lo habia hecho hasta entonces. Si hubiera retardado un minuto esta estratéjica maniobra, no hubiera podido conseguir el objeto que se proponia; porque la marquesa de Cartosama y su hermosa hija se presentaron en una elegante carretela, momentos despues de haber terminado Enrique Flores su evolucion.

Me habia parecido siempre Maria la muger mas bella del Infierno, pero esta tarde la realidad superaba, con mucho, á la mas radiante ilusion. Vestia un traje de raso negro, sin adornos de ninguna especie, y un sencillo velo de blonda: traje enteramente de verano, que permitia usar lo apacible y tibio de la tarde; particularmente si, como Maria lo habia hecho, se llevaba al respaldo del carruaje una linda visita de arminos, para cuando cayera el sol. Los negros rizos de la jóven flotaban sobre sus mejillas, mas sonrosadas que de ordinario; y sus pupilas de azabache despedian aquel brillo deslumbrador que me habia ofuscado tantas veces.

La conducta de Enrique Flores aumentaba mucho el interés de un encuentro que nunca me hubiera sido indiferente; y era lo cierto que

dos rivales íbamos á librar batalla, disputándonos un saludo mas espresivo y cariñoso. No se si tendria Flores esperanzas de salir vencedor; pero lo que si puedo asegurar es, que yo contaba con el triunfo hasta punto de no lanzarme á disputarlo, sino de esperar que él viniera, para que fuera mas completo. En esta disposicion de ánimo llegué á igualarme con Maria, retozando sobre mis lábios una sonrisa cariñosa y fijos mis ojos en sus ojos para no perder la espresion de su intensa y significativa mirada. No sé si comprendió Marja los temores y las esperanzas que Flores y yo podiamos abrigar, y la secreta intencion de Enrique; pero lo que si sé es que, en el momento de cruzarse conmigo, saludó de un modo tan extraño y tan natural al mismo tiempo, que no supe como interpretar la doble espresion de su saludo.

Se vinieron á mi memoria aquellos dos versos de EL MAESTRO DE ALEJANDRO « *Eran con vos las mudanzas y las sonrisas con él:* » porque creí efectivamente, que, dirijiéndome el saludo, habia querido decir á Enrique: « Mi saludo es el cumplimiento de un deber social, para con Nazario; para contigo, es una dulce muestra de amor. » Pero como esta interpretacion heria mi orgullo, y no era seguro que yo viera distintamente los objetos por el turbio prisma de los celos, quise ver si en el saludo que naturalmente

dirijiria á Flores, podia encontrar la clave de este logogrifo, y me volví con rapidez. Maria no inclinó siquiera la cabeza, y yo me encontré frente á frente de mi escarmentado rival. He dicho otra vez, que cuando me batí con Flores no quise arrancarle la vida, pero que desde que me hallaba perdidamente enamorado de la viajera de ojos negros sentia hácia él una verdadera aversion. Me quedé mirándolo de la manera mas provocativa y audaz, como si le pidiera cuenta de su conducta y aun de sus propios sentimientos: respondió á mi mirada con otra tan provocativa y arrogante; pero de improviso bajó los ojos; se mordió los labios, hasta teñirlos con su sangre; asomó una lágrima á sus parpados, y prosiguió su marcha con reconcentrado furor.

Esta escena la presenció la dama del pié pequenísimo, cuyo carruaje venia en pos de la carretela de María.

CAPITULO XIV.

MURMURACIONES.

EL inesplicable saludo de la encantadora Maria, la conducta de Enrique Flores y la presencia de la dama del pié pequeño, eran suficientes motivos para darme mucho en qué pensar; y, como si no fueran bastantes, podia reunir á ellos la muda escena que acababa de tener lugar entre Enrique Flores y yo: escena que no habia pasado desapercibida, y en la cual aparecia yo de mas relieve, porque la muda provocacion habia salido de mi parte; interrumpiendo mi camino de una manera harto brusca é inesperada. Me abochorné de mi conducta, y, si no me hubieran detenido dobles lazos de amor y celos, hubiera dejado el paseo;

pero no atreviéndome á hacerlo , quise disimular mi contra marcha , y empecé á buscar un asiento; lo que no era fácil conseguir á hora de tanta concurrencia.

Sin embargo, no quiso la suerte mostrarse conmigo cruel, y á los tres ó cuatro minutos de afanes tomé posesion de una silla, que si no ofrecia grandes seguridades de no dar en tierra conmigo, me prometia dejarme soterrado entre el polvo que atesoraba.

Al tomar asiento , no creí que elegia una especie de campo de batalla, pero me engañaba muchísimo , y me veo obligado á describir mi posicion , respecto á los ejércitos belijerantes.

Estaban sentadas á mi derecha dos señoras de la mas alta aristocracia; pero tan antigúas las dos como sus añejos pergaminos. Yo no sé si habrian sido hermosas , porque entre los sesenta y setenta muy rara vez se descubren los restos de las pasadas hermosuras ; pero en cambio puedo asegurar que habrian sido en suma coquetas, porque, á pesar de sus sesenta y cinco años, tenian pretensiones y vestian con estremada afectacion. Sentadas estaban á mi izquierda dos niñas de diez y seis años, vestidas con suma sencillez y tan frescas como dos rosas en una alborada de abril. Eran lindas, como dos ángeles, y aunque mi corazon, prendado de los encantos de María, no podia recibir en su seno una nueva pasion, sen-

tí hácia las jóvenes un cariño casi paternal. A espalda de las dos señoras, y sentados espalda con espalda, se hallaban dos jóvenes imberbes, muy presumidos y atildados; y á espalda de las hermosas niñas dos ancianos, providencial colocacion, que probaba la inestabilidad de las glorias humanas, presentando los graves contrastes de la edad. Estas ocho sillas formaban una especie de semicírculo, ó mas bien herradura, en cuyo centro estaba colocado yo; pegada mi espalda á las espaldas de los hombres, y un poco detras de las señoras; posicion que me permitia oir cuanto hablaban, sin llamar mucho la atencion. Las primeras palabras que oí me interesaron vivamente; y aprovechando la facilidad que poseo de atender, y aun seguir, tres ó cuatro conversaciones al mismo tiempo, me decidí á no perder palabra y lo conseguí fácilmente. Aunque las cuatro conversaciones eran simultáneas, prefiero, para la mejor inteligencia, colocarlas unas tras otras; y perdónenme los que crean que con esto les niego la facilidad de que yo me encuentro dotado. Las primeras palabras que oí las dirigia una de las dos encopetadas damas á su amiga, y eran las siguientes:

—Nada mas cierto que lo que acabo de contarte, relativo á Palma de Jura y sus amores.

—¿Y estas segura de ello, duquesa? preguntó la segunda dama.

:

—Tan segura, como que me lo ha contado esta mañana la condesa de Jentosca.

—¿Ha estado á verte la condesa?

—No; pero yo, que tenia interés en hablarla, he estado en su casa.

—Me parece que vas intimando muchísimo con la condesa de Jentosca.

—No; pero me ha obligado á ir á Luscarla don Nazario Palma de Jura.

—¿Tienes tú tambien algo que ver que ese famoso caballero?

—Si y no.

—Si no te esplicas mas claramente, no te comprenderé, duquesa.

—Voy á explicarme. No conozco personalmente á ese jóven, de quien tanto se ocupa el mundo elegante, y por mí no me hubiera tomado el trabajo de ir á hablar de él á la condesa; pero, segun me han informado, ha tenido que hacer con mi nieto.

—¿Con cual de ellos?

—Con el vizconde del Artamus.

—¿Y por qué.

—Por unos amorcillos.

—¿Galantean los dos á una misma?

—A lo menos, lo creyó así mi nietecito.

—¿A quién galantea tu vizconde?

—A Joaquina de Villagracia.

—No es fea esa chica.

—Pero es pobre.

—Lo que es buena boda no puede llamarse.

—Ya lo creo.

—¿Y en qué ha quedado la desavenencia del vizconde con Palma de Jura?

—En que Palma de Jura ha dado á mi nieto las mas humildes satisfacciones.

Iba á responder á la duquesa , pero conociendo que debia aprovechar las noticias que pudieran proporcionarme las simultáneas conversaciones , dominé mi enojo , y poniendo mas atencion , procuré no perder palabra. La segunda dama repuso:

—Me han sorprendido tus razones; porque Nazario tiene fama de valiente y de espadachin.

—Segun parece , tiene fama de muchas cosas que no es.

—Prosigue , duquesa , prosigue.

—Desde la casa de la condesa de Jentosca me encaminé á la de la marquesa del Buen-Gusto. Como tú sabes , yo he criado á la marquesa , y la quiero como á una hija. Entramos en conversacion íntima , y la conté circunstanciadamente la travesura de mi nietecillo Artamus. Me escuchó con suma atencion ; manifestándome despues que le causaba grande estrañeza la conducta de Nazario Palma de Jura.

—Precisamente debia admirarse la marquesa; porque ese jóven tiene gran fama de valiente.

—Te has empeñado en proclamar el valor de ese mozalverte.

—Tú misma acabas de decirme que la marquesa del Buen-Gusto estrañó mucho.....

—Déjame hablar, y sabras de que procedia su estrañeza.

—Eso es otra cosa; habla, duquesa, y te escucharé con la mas religiosa atencion.

—Yo creí, como tú que la marquesa participaba de la opinion general respecto al valor de Palma de Jura, y la hice algunas observaciones en este sentido; pero ella se sonrió con una especie de desden, y me dijo, estas son sus palabras: «Es una vulgaridad creer, que Nazario
» Palma de Jura tiene valor; pero estraño mucho
» su conducta, porque se aviene mal con su nécio
» orgullo y calculada cobardia» Estrañé este modo de discurrir; la pedí al momento esplicaciones; y sin hacerse de rogar, me dijo: «Nada diré á V. de la primera temporada que Palma de
» Jura vivió en nuestra corte, dejando este periodo de su vida oculto entre las sombras que lo
» rodearon casi siempre; pero sí hablaré á V. de
» su vuelta. Su primera hazaña fué enamorar á una
» petardista provinciana, que venia en busca de
» un destino para su esposo; y la pretendiente se
» se dió tal arte, que á los tres dias marchó de
» la corte, llevando el destino que deseaba, y dejando á Palma de Jura completamente chasquea-

do. La segunda hazaña de Nazario presenta un carácter mas grave. Jugando una noche en casa de la condesa de Jentosca, hizo yo no sé cuantas trampas; y con ellas ganó el dinero á un jóvenecito muy bizarrq y pundonoroso, llamado Enrique Flores. Enrique no creyó oportuno dejarse robar impunemente, y descubrió, en plena sociedad, la torpe conducta de Nazario. Una ofensa de tal especie, y hecha tan en publico, no podia sufrirla Palma de Jura sin deshonorarse completamente, y encargó á su amigo Perez de Silva que arreglara una farza de duelo, en la cual todas las ventajas estarian de su parte, porque Nazario es tan diestro como cobarde. El resultado correspondió perfectamente á sus bien combinados planes. Enrique, que no habia manejado nunca un florete, recibió una peligrosa herida en el brazo derecho, y Palma de Jura se presentó en las sociedades con los fueros de vencedor; pero estos fueros no debian durarle mucho tiempo. Al dia siguiente, se encontró, en la sala de armas de M. Botonazo, con Crisanto. Crisanto tiene malas dotes, pero atesora una especie de quijotismo que, si no generosidad, prueba un extraordinario valor. Habia oido contar el desafio de Enrique Flores y Nazario, y, como hombre de probados bríos, no podia llevar en paciencia que un consumado espadachin hubiera abusado de sus ventajas de una

» manera tan indigna. Con los mas fútiles pretes-
 » tos trabó discusion con Palma de Jura, acaban-
 » do por hacerle un reto, que Nazario aceptó con
 » ruda altivez.»

—Todo cuanto me estas contando, observó la íntima amiga de la duquesa, confirma la opinion general, y en nada mengua el acreditado valor de Nazario Palma de Jura.

—Te has empeñado, amiga mia, en interrumpirme á cada palabra, y si persistes en tu empeño no acabaré nunca: repuso la anciana duquesa con claras señales de impaciencia.

—Continúa, duquesa, continúa, que no desplegaré mis labios.

—Veremos si tienes palabra: la marquesa prosiguió así: «Perez de Silva, que estaba presente, arregló las condiciones de este duelo, que debia efectuarse á pistola; y á la madrugada siguiente se encontraban Palma de Jura y su padrino en la venta de los Espíritus.»

—¿Qué mas podia esperarse de Nazario! exclamó la dama, que hablaba siempre en mi favor.

—¿No me ofreciste guardar silencio? dijo la duquesa enojada.

—Perdona, duquesa, y continúa: repuso su amiga dulcemente.

—Solo diré cuatro palabras. Crisanto no acudió á la cita.

—Pues en ese caso, Crisanto fué quien obró como un eobarde.

—Crisanto no acudió á la cita, porque le era imposible acudir.

—¿Pues qué le habia sucedido que le impidiera presentarse?

—Al volver á su casa aquella noche, se apoderaron de él cuatro hombres.

—Va tomando tu narracion el sabor de un cuento oriental.

—Se apoderaron de él cuatro hombres; lo metieron en una silla de postas.....

—¿Y á todo escape, salieron con él de Dramalla? preguntó mi defensora.

—Cabalmente; repuso la duquesa con acento y gesto teatral.

—¿Quién te ha dado los últimos curiosos detalles?

—No te he dicho que me lo ha contado todo la marquesa.

—Sabes, duquesa, que tu ahijada conoce muy á fondo los asuntos de Nazario Palma de Jura.

—¿Eres capaz de sospechar de la virtud de la marquesa? preguntó la anciana sonriéndose.

—Nada menos; pero repito que se manifiesta minuciosamente enterada.

—No tanto como tú la crees; y tengo en qué apoyar esta opinion.



—Sepamos, duquesa, sepamos; y no piques mi curiosidad con calculadas reticencias.

—Queriendo pagar á mi ahijada sus noticias con otras nuevas, la dije, que Nazario Palma de Jura hacia la corte rendidamente á la hija de los marqueses de Cartosama.

—¿Y qué?

—La marquesa no sabia ni una sola palabra de estos amores.

—¿Es posible!

—Solo te puedo asegurar, que manifestó grande estrañeza.

—¿Creyó, quizas, que la aristocrática María no podia unir su suerte á la de un hombre que no pusiera en sus tarjetas un grande escudo con varios veros y cuarteles?

—No hizo la menor observacion; y se contentó con decirme: «Han engañado á V. señora.»

—Puede ser que te hayan engañado, y que tu ahijada tenga poderosas razones...

La llegada de un nuevo personaje interumpió la conversacion de las dos ancianas señoras; pero antes de hablar algunas palabras relativas al nuevo personaje, creo indispensable referir el diálogo de los dos jóvenes; uno de los cuales decia á su compañero:

—Mira, Luis, por mas aferrado que estés á tus opiniones debes dar crédito á lo que acabo de decirte.

—Te repito, querido Eduardo, que estás soñando ó punto menos.

—Y yo insistiré cincuenta veces en que María de Cartosama contrae matrimonio antes de un mes.

—¿ Con quien me has dicho ?

—Con quien te he dicho.

—¿ Por quién lo sabes ?

—Por él mismo.

—Pues te ha engañado, como á un negro.

—¿ Y en qué fundas, Luis, tu opinion ?

—La fundo en que Maria de Cartosama está en relaciones con otro.

—Con quién.

—Con Nazario Palma de Jura.

—¿ Con el que dió al pobre Enrique Flores una buena leccion de esgrima ?

—El mismo.

—No lo creo.

—¿ Por qué ?

—Porque Nazario hace la corte á una dama de alto cóturno.

—¿ Soltera ?

—Casada.

—¿ Qué tiene que ver lo uno con lo otro ?

—Tiene que ver cuando se piensa en quién es la mujer casada.

—Supuesto que estás bien enterado, tendrás la bondad de decirme cómo se llama esa mujer.

—No quiero pasar por maldiciente, y debo guardar el secreto.

—Entre los dos estará mucho mejor guardado; porque tendrá dos carceleros en vez de uno solo.

—No me entrego, por mas asaltos que me des ni por mas bombas que me arrojes.

—Si rehusas rendirte á discrecion, capitula con las mas honrosas condiciones.

—Capitularé si me concedes todos los honores de guerra.

—Te concedo que, en vez de pronunciar el nombre de la dama en cuestion, me digas el de su marido.

—La condicion me parece muy onerosa, y la rechazo altivamente.

—Si no quieres pronunciar el nombre del pacientísimo marido, dime á quién se parece por detrás.

—Acabas de ponerte en razon y capítulo sin mas rodeos.

—Reitero de nuevo mi pregunta. ¿A quién se parece por detrás el marido de la señora?

—Se parece....

Eduardo no pudo acabar su periodo, porque la llegada del personaje que interrumpió la animada conversacion de las dos ancianas señoras, hizo lo mismo con el diálogo de los jóvenes. Y antes de nombrar á este personaje, es justo referir cómo se esplicaban las niñas.

—¿Lo conoces tú personalmente? preguntaba la una á la otra.

—No, hija mia; pero he oido hablar de él á muchas personas: le respondió la interrogada.

—¿Y ese gran número de personas como se esplican, hija mia?

—Dicen que es rico, generoso, valiente, jóven, discreto y de una figura agradable y simpática.

—Pues el retrato no puede ser mas lisonjero, amiga mia.

—Y deberá ser muy parecido, porque añaden que todas las mugeres están locas de amor por él.

—No lo dudo: dijo la niña suspirando, con una espresion lastimera.

—¿Y tú no has oido decir nada acerca de un hombre que tanto llama la atencion?

—Sí; he oido decir que es bastante rico y espléndido: que escribe muy bien: que se distingue por su finura y su talento: que tiene, como tú has dicho antes, una figura muy simpática: pero....

—¿Por qué no prosigues, hija mia, haciendo su hermoso retrato?

—Porque entre tantas perfecciones tendré que poner un lunar.

—¿Te han dicho que es tuerto ó tartamudo? preguntó la niña alarmada.

—No ; pero me han dicho que es otra cosa mucho peor : respondió con formalidad.

—¿ Te han dicho que es zambo ?

—No.

—¿ Jorobado ?

—Tampoco.

—¿ Bizco. ?

—Mucho menos,

—¿ Pues qué te han dicho ?

—Me han dicho que es un *seductor*.

La una niña acentuó fuertemente su última palabra , y la otra quedó pensativa y taciturna, queriendo adivinar la significacion de una palabra desconocida , para ella ; y que , segun habia dicho su amiga , era peor que ser tuerto , tartamudo ó zambo. No encontrando la explicacion de este intrincado logogrifo , que una jóven de dos años mas hubiera descifrado al momento , y deseando satisfacer su curiosidad , desvaneciendo su ignorancia , preguntó :

—Dime , amiga mia , ¿ que quiere decir *seductor* ?

—Yo no sé explicártelo , hija mia ; pero me han dicho que es una cualidad muy mala.

—¿ Y no te han dado explicaciones ?

—Sí ; dijeron que era *seductor* y *libertino*.

—¿ Cómo , cómo dijeron ?

—*Libertino*.

—¿ Y qué significa esa palabra ?

—Otra cualidad tan mala como la anterior, si no es la misma.

—*Seducitor*....

—*Libertino*....

—Es preciso, hija mia, que busquemos el significado de esas palabras.

—Si yo no temiera equivocarme, te diria algunas conjeturas....

—Dímelas, dímelas.

—Me parece que *seductor* es el que sabe hacer que le quieran muchas mugeres.

—¿De verás?

—Sí.

—¿Y *libertino*?

—Yo no sé si será lo mismo, pero es una cosa parecida.

—Pues si no tiene Palma de Jura otro defecto que saber hacerse amar de todo el mundo, es el mas perfecto de los hombres. ¿Y quién te ha dicho esas palabras de *libertino* y *seductor*?

—Las he sorprendido.

—¿De qué modo?

—Estaba yo en casa de mi prima Joaquina, y entró á visitarla la señora marquesa del Buen-Gusto.

—Conozco mucho á la marquesa. Es una señora muy amable y no menos linda.

—Es verdad. Yo estaba bordando un tapiz; mi prima salió á recibir á la marquesa, y se sen-

taron algo distantes del bastidor; pero no tanto que no pudiera ya oír lo que hablaban, fijando mucho la atención. La marquesa hizo recaer la conversacion sobre Palma de Jura; y, despues de haber hablado mucho, pronunció indignada las palabras de *seductor* y *libertino*. Mi prima....

Cortó la palabra á la niña la llegada del personaje, de quien hablaré despues de copiar sílaba por sílaba la conversacion de los ancianos. El mas encopetado y grave, preguntaba á su compañera:

—¿Ha leído V. el proyecto de contestacion al discurso de la corona?

—Me hallaba en la tribuna diplomática cuando se leyó en el congreso.

—¿Y qué le ha parecido á V.?

—Me ha parecido un documento escrito con grandísima habilidad.

—Pues si he de emitir mi opinion, diré á V. que me ha parecido muy pálido.

—Esa palidez, que V. ha notado, es el principal mérito del discurso.

—Confieso á V. ingénuamente que me ha parecido su defecto capital.

—Porque V. no sabe quizás la historia de la redaccion del discurso.

—Debo publicar mi ignorancia: no sé una palabra de esa historia.

—Por eso juzgamos los dos de una manera tan distinta la redaccion del documento.

—¿V. conoce perfectamente los detalles de esa interesante y secreta historia?

—Aseguro á V., amigo mio, que me tengo por muy bien enterado.

—¿Y tiene V. inconveniente en trasmitirme sus noticias?

—No me han encargado el secreto, y puedo hacer de ellas el uso que me parezca inconveniente.

—Pues insisto en mi pretension, esperándolas con ansiedad.

—V. sabe que Palma de Jura ha manifestado, desde que es hombre público, cierta independencia de carácter y puritanismo de doctrinas, que lo han colocado generalmente en las filas de la oposicion.

—Todos hemos reconocido la independencia de su carácter y la rectitud de sus principios.

—Esa independencia y esa aparente rectitud eran una máscara.

—¿Cómo?

—Espere V., y se convencerá de lo que acabo de decir. Como diputado de la oposicion, aunque de oposicion templada y racional, fué nombrado miembro de la comision de respuesta al discurso de la corona; y, bajo este mismo concepto, se le encargó la redaccion del documento.

—Pues me parece que ha llenado perfectamente su comision; y veo que tenia V. muchísima razon en decirme, que el mayor mérito del discurso consiste en su estremada palidez.

—En su estremada palidez consiste; pero V. no sabe que esa palidéz se la ha dado el oro.

—¿Cómo?

—El mártes estuvo el ministro de Hacienda en casa de Nazáριο Palma de Jura.

—¿Y qué?

—El ministro hizo entender al jóven diputado, que un discurso de oposicion no convenia á los intereses ministeriales. Palma de Jura acojió con indiferencia las pretensiones del ministro.

—Una prueba mas de la rectitud de sus principios y carácter.

—Viendo el ministro que sus razones no hacian impresiones en Nazario, puso el dedo en otro resorte.

—Era muy natural que el interés de un individuo de la oposicion estuviera en contra del interés de los ministros.

—El de hacienda lo reconoció así y, para adunar sus intereses, ofreció al virtuoso é independiente diputado.....

—¿Una cartera de secretario del despacho?

—Una cartera de banquero.

—No comprendo.....

—Pues es muy fácil de comprender. Entonces

don Alejo Astorga le ofreció cuatro ó seis millones de treses.

—¿Palma de Jura los rehusaría con indignación y altivez?

—Lo mismo hubiera yo creído; pero lejos de manifestarse indignado, acogió con una sonrisa la proposición.

—¡Imposible! Y la mejor prueba de ello es, que el proyecto de contestación no es realmente ministerial.

—Eso consiste en que Palma de Jura quería atender á dos negocios. Antes que le hablara el ministro, le habia ofrecido Mauricio Sanchez la misma ó mayor cantidad, porque redactara un discurso bastante hostil al ministerio; y creyendo el jóven diputado que, á fuerza de habilidad, podria hacerse dueño de ambas sumas ha redactado el documento que tanto llama la atención.

—Estoy aturrido de oír lo que acaba V. de contarme. ¡Qué venalidad, qué impudencia!

—Pues no tenga V. la menor duda. Acaba de contármelo todo la señora marquesa del Buen-Gusto.

—Quién sabe si habrán engañado á la marquesa.

—Tiene demasiado talento para dejarse engañar fácilmente; y además es íntima amiga de don Alejo Astorga y del banquero Mauricio Sanchez.

—Digo á V. que los jóvenes de la época tienen mas codicia que los viejos.

—Y hacen alarde de desprendimiento é hidalguia.

—Pues la conducta de Nazario merece un severo castigo.

—Ya comienza á tenerlo.

—¿Cómo?

—Ni Mauricio Sanchez ni el ministro están satisfechos de la redaccion del discurso.

—¿Y se niegan, quizas, á entregarle la cantidad estipulada?

—Exactamente.

—Me alegro en el alma.

—Y yo tambien.

La llegada del personaje interrumpe la conversacion de los políticos, como habia interrumpido las de las ancianas, niñas y jóvenes; rompiendo el lienzo de aquel cuadro de perpétua murmuracion.

CAPITULO XV.

EL NUEVO PERSONAGE.

ANTES de pintar la impresion que hicieron las primeras palabras del recién llegado en las cuatro parejas que con tanta maledicencia se habian ocupado de mi, gracias á los calumniosos informes que la marquesa del Buen-Gusto les habia ido suministrando; justo será hacer su retrato á grandes rasgos de pincel. Era el recién llegado un hombre de cuarenta y cinco años escasos, buena estatura, medianamente grueso, y de un rostro franco, que adunaba la inteligencia y la bondad. Su vestido se componia de gaban gris, pantalón negro, corbata y chaleco de mismo color, y un sombrero que, sin ser completamente de moda, no tenia nada de ridículo. La manera de llevar su traje era desenbarazada y marcial, sin

pretensiones de elegancia, ni ese ridículo emba-
razo que domina á los que quieren colocarse en
una esfera superior.

A las palabras de este hombre, los rostros de
las hermosas niñas se pusieron como amapolas
de encarnados; los dos jóvencitos se levantaron
de sus sillas; los dos ancianos cambiaron entre
sí una mirada de sorpresa; la duquesa me echó
sus lentes con el mayor desenfado del mundo, y
su compañera lanzó una estrepitosa carcajada.
Estos diferentes efectos los habia producido
una sola causa, las palabras del recién llegado; y
estas palabras no podian ser [mas inofensivas,
como que se habia reducido á decir, despues de
tenderme ambas manos con franca efusion:

—Bien venido, Palma de Jura.

Nada mas sencillo, para él, que este cariñoso
saludo; pero nada mas alarmante para las mal-
dicientes parejas, que se habian entregado sin
reserva á calumniosas murmuraciones, no cre-
yendo que los escuchaba el mismo á quien á desa-
piadamente ofendian. La alegría que brillaba en
el rostro del recién llegado, y el sincero afecto
que se apresuraba á demostrarme, alejaron de mí
el enojo que me habian causado las perfidas ma-
quinaciones de la marquesa del Buen-Gusto; y
no queriendo aparecer ingrato, me levanté in-
mediatamente y estreché las manos que me pre-
sentaba, diciendo:

—Cuanto me alegro, amigo mio, de que nos hayamos encontrado.

—Pensaba haber ido á su casa de V.; pero no me lo han permitido mis continuas ocupaciones.

Yo tambien hubiera hecho lo mismo sin los enfadosos asuntos que, desde mi llegada á la corte, incesantemente me rodean: repuse; y notando que me observaban las parejas, añadí:

—Si á V. le parece, daremos unas cuantas vueltas.

—Como V. quiera, amigo mio: me replicó, singularmente satisfecho.

Durante nuestro breve diálogo, la duquesa siguió mirándome con provocativa pertinacia; y al hacer yo ademán de marcharme, dijo á su amiga:

—Sabes que Nazario Palma de Jura no es mala figura, y que parece hombre bastante distinguido.

La otra dama se sonrió, y mirando yo á la duquesa con el mas arrogante descaro, dije:

—Señora, Nazario Palma de Jura es hombre de justificado pundonor, é incapaz, por lo tanto, de imaginar siquiera ninguna de las bajezas que le acrimina la señora marquesa del Buen-Gusto. Esta señora está enteramente equivocada: las señoras que la dan crédito se engañan tambien; y los hombres, que sostienen lo que la

márquesa les ha dicho , mienten como unos miserables.

Estas palabras produjeron honda impresion en mis detractores , y solamente la duquesa conservó bastante sangre fria para responderme con su impertinencia y descaro:

—Aseguro á V., Palma de Jura, que habla como un libro:

No creí prudente empeñar mas larga discusion con la impertinente duquesa ; y despues de hacerla un saludo , que me contestó sin vacilar, me alejé , dando el brazo á mi amigo.

Este encuentro, para mi agradable , porque no he visto nada tan simpático como la fisonomia del recién llegado; este encuentro me colocaba en una de aquellas posiciones embarazosas , que tantas veces me habian aflijido desde mi llegada al Infierno. Yo queria mostrarme con él lo mas obsequioso y afable; pero mi supina ignorancia no me permitia proceder con el franco desembarazo que siempre va unido á una verdadera amistad. En la imposibilidad absoluta de referirme á lo pasado , por ignorarlo de todo punto , me decidí á hablarle de lo presente; explicándole la conducta que acababa de usar con la anciana duquesa y demas parejas detractoras.

—¿Habrá V. estrañado, le dije, la escena que inocentemente ha prevocado ?

—Confieso que no sabia cómo explicarme las

contestaciones que han mediado entre V. y aquella señora; pero me confundo mucho mas al oír que yo he dado margen á ellas.

Pronunció mi amigo estas palabras con tan íntimo sentimiento, que me apresuré á responderle:

—No crea V. que me ha hecho daño alguno, contribuyendo al desenlace del drama, verdaderamente estracordinario, que se representaba cuando V. llegó á saludarme.

—¿Pero dígame V., por Dios, de qué modo he contribuido al desenlace de ese drama? me preguntó con ansiedad.

—De una manera muy sencilla. Pronunciando allí mi apellido.

—¿Pues no sabían las dos señoras que se encontraba V. allí?

—No sabían que me encontraba allí ni las dos señoras, ni las dos niñas, ni los dos jóvenes, ni los dos ancianos.

—¿Es posible?

—Y lo mas gracioso consiste en que las cuatro parejas hablaban de mi al mismo tiempo.

—Y, por las palabras que V. dirigió á aquella señora, debo inferir que murmuraban.

—Del modo mas desenfrenado y sangriento: le respondí con una sonrisa harto amarga.

—¿Y su maledicencia se fundaba en acriminaciones de la marquesa del Buen-Gusto?

—En negras calumnias, inventadas por esa muger detestable.

—¿Esa muger tiene valor para calumniar á V. infamemente?

—Si señor: esa muger se ha propuesto manchar mi honra, y trabaja en ello sin descanso.

—¡Palma de Jura, todo corazón noble y generoso recibe la misma recompensa!

—Pero los mismos que lastiman á los corazones honrados suelen encontrar su castigo; porque cuando recurren á ellos hallan agotadas las fuentes de su noble generosidad.

—No, Palma de Jura: las generaciones se dividen en dos razas, noble y desgraciada la una, feliz y perversa la otra. La primera siempre está dispuesta al sacrificio, y es la víctima: la segunda siempre se halla pronta á la ejecucion, y es el verdugo. Los desengaños no hacen mella en los corazones honrados; los beneficios tampoco la hacen en los corazones perversos. Estoy muy lejos de ese mundo falaz y brillante, que en este momento nos rodea: lo he visto siempre muy de lejos; y puedo decir que V. ha sido el prisma interpuesto entre esa sociedad y yo. No debo ocuparme de ese mundo, y mucho menos cuando hablo con una persona que lo conoce mas á fondo; pero sí puedo asegurar que en ese mundo, como en todos, la víctima siempre será víctima, el verdugo siempre verdugo.

—Aseguro á V., amigo mio, que daré ofensa por ofensa y serán horribles mis venganzas.

—Calle V., señor Palma de Jura. ¿V. volver daño por daño? ¿V. vengarse?

—Yo volveré daño por daño, yo me vengaré crudamente.

—V. volverá bien por mal: V. no se vengará en ningun caso.

—¿De qué lo infiere V.?

—Lo infiero de que continuará V. siempre siendo lo que ha sido hasta hoy.

—A tal punto llegan las ofensas; y cuando una persona insiste...

—Insiste, las mas de las veces, porque cuenta con la impunidad.

—Pues yo aseguro á la marquesa del Buen-Gusto, que, si son ruidosos sus ataques, será mas ruidosa mi venganza; y, sobre todo, mas inevitable y segura.

—A la marquesa le continuará sucediendo lo mismo que le ha sucedido hasta hoy.

—¿Y qué le ha sucedido? pregunté con el deseo de adquirir datos y la timidez de mi posicion singular.

—¿Me permite V. que le responda con la franqueza de la verdadera amistad?

—Hablándome con esa franqueza colmará V. todos mis deseos.

—Pues bien: la marquesa, que es muger de

talento y mundo, ha abusado siempre de V. de la manera mas indigna; porque con ese fatal instinto, que es el talento de las mugeres, ha conocido que un hombre de los sentimientos que V. atesora, padece, sufre y quiere vengarse abrumando á sus enemigos bajo el peso de su inmensa generosidad.

—Aseguro á V., amigo mio, que mucho se equivoca si cuenta con la impunidad.

—Lo mismo me ha repetido V. cien veces; y lo cierto es que hasta ahora ha quedado impune.

—Porque no habia llegado, quizas, el momento de la venganza.

—V. ha podido vengarse de la marquesa del Buen-Gusto en cualquiera ocasion.

—¿De qué modo?

—¿No lo sabe V., Palma de Jura, mejor que yo un millon de veces?

—¿Pero?.....

Al insistir en mis preguntas recordé la falsa posicion en que me hallaba colocado, y me interrumpí bruscamente; viniendo en mi auxilio tan leal amigo, que, creyendo adivinarlo restante de mi pregunta, añadió:

—Va V. á decirme lo que siempre: «Un hombre de honor necesita buscar medios honrosos de vengarse; porque hasta en la venganza mas sangrienta debe resaltar la hidalguia.»

—Y V. no me podrá negar la justicia de ese raciocinio.

—No : pero diré á V., Palma de Jura, que *solo vive el leal lo que quiere el traidor.*

—¿Pero V., colocado en mi posicion, procedería de otra manera ?

—Esa pregunta no tiene que ver con la cuestion; por mas que aparezca á ella unida.

—Sin embargo, me alegraría mucho de merecer á V. una respuesta categórica.

—Con mi respuesta nada ganaria la cuestion.

—Insisto en mi pregunta. ¿ Colocado V. en mi posicion, procedería de otra manera ?

—Obligado á responder, digo: que procedería como V. procede.

—Esa respuesta viene á confirmar el raciocinio que V. condenaba.

—Mi respuesta prueba una cosa, Palma de Jura, y nada mas.

—¿ Qué prueba ?

—Qué yo pertenezco tambien á la infeliz raza de las victimas.

Pronunció mi amigo estas palabras con tanta amargura que, olvidándome de la marquesa del Buen-Gusto y del interés que tenia en descubrir algunos secretos, me entregué á profundas meditaciones; y como mi compañero de paseo estaba tanto ó mas afectado que yo, dimos una

vuelta sin saludar á los que nos encontrábamos al paso ni dirijirnos la palabra.

—De repente se paró mi amigo, y señalándome á Mauricio Sanchez, que iba en su tilbury al gran trote de una magnífica yegua inglesa, me dijo:

—Tambien ha dicho V. mil veces, que queria vengarse de ese hombre; y hasta ahora no ha sentido los duros efectos de esa preparada venganza.

—¡Quiero yo vengarme de Mauricio! exclamé en un momento de expansion.

—No lo digo; murmuró mi amigo: hasta ha olvidado V. su antiguo deseo de venganza.

Y como si hubiera agotado la indignacion, que le producía el imperio de la raza perversa y feliz sobre la noble y desgraciada, añadió en apacible tono y con aire de bondad:

—Amigo mio, las victimas nos vengamos de los verdugos como los perrillos falderos de los mastines y lebreles, ladrándoles á gran distancia. He aconsejado á V. que sea un Neron y soy un S. Lorenzo: no haga V. caso de mis consejos; sea lo menos victima que pueda, pero no trueque V. jamás el haz de leña por la formidable cuchilla.

—¿Se marcha V. ya? le pregunté notando su ademán de cordial despedida.

—Sí señor. Mis ocupaciones no me permiten

faltar mas tiempo de mi casa: cuando tenga un momento desocupado iré á ver á V., Palma de Jura.

—No retarde V. su visita; aunque yo procuraré ganarle por la mano.

Mi nuevo amigo se alejó, y yo quedé prendado de su carácter hondadoso y de la rectitud de su juicio; pero sintiendo con toda el alma no saber su nombre ni poder inmediatamente estrechar amistad con el segundo hombre que me inspiraba simpatía desde mi llegada al Infierno.

CAPITULO XVI.

ENIGMAS Y CONFUSION.

LA calumniosa maledicencia de mis detractores primero; la conversacion de mi buen amigo despues, y por último las reflexiones á que dieron márgen varias palabras de mi honrado interlocutor, me hicieron olvidar el objeto de mi llegada á la Floresta; y caminaba entre el bullicio, como pudiera hacerlo en la mas tranquila soledad. Tenia muchísimos motivos para creer que la marquesa del Buen-Gusto me profesaba mortal ódio; pero ni sabia el fundamento de su pérfida enemistad, ni mucho menos los recursos de que podia echar mano para reducirla al silencio y realizar una estrepitosa venganza. Seguros debian ser, no obstante, y poderosas las razones

que para tomarla militaban, cuando mi amigo, hombre bondadoso y de la raza de las víctimas, me habia reprendido ágríamente mi intempestiva generosidad é hidalguía. Estas repetidas ofensas de una parte, y generosidades de otra, pertenecian indudablemente á la historia de mi homónimo; y, para mí, la pérfida marquesa continuaba siendo un enigma, que aumentaba momento á momento mis dudas y mi confusion.

Otro enigma mas intrincado empezaba á ofrecerme Mauricio; pues yo me habia explicado su conducta, en nuestra primera entrevista, creyéndola hija de los celos que, segun pública voz y fama, le trastornaban la razon; y, segun las palabras de mi amigo, no solamente poseia yo los medios de tomar venganza de Mauricio, si no que me deleitaba con la idea de tomarla cumplida y segura; dilatándola porque no me atrevia á pasar de la infeliz raza de las víctimas á la perversa de los verdugos. Este enigma no me mortificaba tanto como el anterior, porque, desde mi llegada al Infierno, no me habia hecho Mauricio Sanchez ninguna ofensa, debiendo ser las anteriores de cuenta y riesgo de mi homónimo; en tanto que la infame marquesa del Buen-Gusto, á quien no habia visto ni una sola vez, se encarnizaba en contra mia de una manera formidable.

La actividad de mi cerebro se habia comuni-

cado á mis pies, y sumido en mis reflexiones continuaba paseando sin reparar que anocheceia y que el paseo estaba desierto y sombrío. La soledad y las tinieblas se adunaban bien con mi disposicion de ánimo; y lejos de apresurarme á volver á la poblacion, resolví dar un nuevo paseo, deleitándome en contemplar la pálida luz del crepúsculo, casi perdida tras las neblinas del ocaso. Al cruzar una calle de árboles, noté que me seguía un hombre, embozado en una ancha capa, y momentos despues pasó su brazo por el mio, diciéndome con jovialidad.

—¿Cómo lo ha pasado V., amigo mio, desde que nos vimos la última vez?

Al oír la voz del embozado no pude contener un grito de alegría, porque el que me hablaba era mi homónimo, y llegaba á tiempo de aclarar los mas intrincados enigmas.

—Veo, amigo mio, añadió sonriéndose, que me recibe V. con muestras de una verdadera alegría.

—Tengo poderosas razones para alegrarme: le respondí, hablando con toda ingenuidad.

—Pues ya que tenemos la fortuna de poder hablar sin testigos, dígame V. esas poderosas razones.

—En primer lugar, estoy cansado de pasar á los ojos de todo el mundo por lo que realmente no soy.

—Eso no es extraño, amigo mio: cada hombre pasa á los ojos de los demas por lo que aparenta, no por lo que es.

—Pero á lo menos esos hombres pueden preguntar y responder á los que hablan de acontecimientos antiguos, relativos á sus personas, con conocimiento de causa.

—Tiene V. razon: esos hombres tienen la ventaja de ruborizarse ante los que conocen, y ellos saben que los conocen, muchos pormenores de sus vidas, en tanto que V. no se ruboriza ante nadie.

—Pero en cambio me está persiguiendo la calumnia, y no puedo desvanecerla.

—¿Calumnian á V., amigo mio? me preguntó con suma frialdad.

—Si señor. Me calumnian de la manera mas infame. Existe una muger, que me ha jurado guerra á muerte; que se ha propuesto mancillar mi reputacion; que me aborrece y me calumnia.

—¿Una sola muger ha declarado á V. esa guerra á muerte?

—Que yo sepa, á lo menos una, pero que vale por diez mil.

—¿Cómo se llama esa muger? me preguntó sin conmoverse....

—Se llama la marquesa del Buen-Gusto: le respondí con impaciencia.

:

—No me parece mal: murmuró con glacial acento.

—¿Quién es esa muger? insistí con mas ansiedad y enerjía.

—¿No acaba V. de decirme ahora que es la marquesa del Buen-Gusto?

—No es eso lo que yo pregunto: repuse ofendido é impaciente.

—Eso es otra cosa. Sepamos lo que V. pregunta y me apresuraré á responderle.

—Deseo saber qué motivos tiene la manquesa para perseguirme de tal modo.

—No creo que tenga ningun motivo justo ni honroso.

—¿Pero V., sospecha las causas de ese ódio mortal é enexorable?

—Permítame V. que, en vez de responderle, le haga una pregunta.

—Pregúnteme V. cuanto le plazca; pero que no tarden las preguntas.

—¿Entre las doce tarjetas que entregué á V. la noche de nuestra llegada, no se encontraba una con el título de la marquesa y las señas de su alojamiento?

—Recuerdo perfectísimamente que me entregó V. la tarjeta á que se refiere.

—¿Ha hecho V. algunas visitas á la marquesa del Buen-Gusto?

—He pensado en ello; pero el cúmulo de su-

cesos que se ha desplomado sobre mí me ha impedido.....

—No prosiga V.; pues ya tenemos la explicacion del enojo de la marquesa.

—¿Y en qué consiste? le pregunté, loco de contento porque iba aclarar un enigma.

—En lo mas sencillo del mundo. La señora marquesa del Buen-Gusto ha sido íntima amiga de V...

—¡Si no la conozco ni de vista! exclamé con ademan teatral.

—Cuando yo llame á una persona íntima amiga ó enemiga de V., quiero decir que lo ha sido mia.

—Ya comprendo. Como V. y yo somos una misma persona.....

—Debemos tener los mismos odios y amistades: pero vamos á lo que importa. La señora marquesa del Buen-Gusto ha sido íntima amiga de V.; y como tal esperaba que V. la ofreciera sus respetos momentos despues de su llegada. V. no creyó conveniente anudar estas íntimas relaciones; y la marquesa, que no sufre con paciencia ningun desaire, ha tomado esa ruin venganza.

—Pero es el caso, amigo mio, que la marquesa del Buen-Gusto me ha hecho, y cuando digo á mí quiero decir á V., varias malas pasadas, antes de emprender mi largo viaje; de las cuales

no me he vengado por un exceso de honradez y generosidad , poco merecida y mal pagada.

—¿Cómo ha sabido V. lo que acaba de referirme ? me preguntó mi homónimo ocultando mal su sorpresa.

—De una manera muy sencilla ; le respondí con afectada indiferencia.

—Esas noticias solamente un hombre puede habérselas dado á V.

—Pues cabalmente ese único hombre ha tenido la bondad de dárme las.

—¿ Cuando ? me preguntó mi homónimo con vivo interés.

—Esta tarde: le respondí , afectando siempre la mas glacial indiferencia.

—¿ En dónde ? volvió á preguntarme con mas interés y ansiedad.

—En la Floresta : repuse , guardando mi fingida impasibilidad.

—¿ Y de qué manera recibió V. á ese hombre honrado y generoso ?

—Con la mayor benevolencia , yaun puedo decir con un verdadero cariño ; porque lo calificué á primera vista , como acaba V. de definirlo , honrado , franco y generoso.

—¡ Gracias , gracias , amigo mio ! esclamó mi homónimo estrechando entre sus dos manos mi diestra , con una efusion fraternal , y añadió despues conmovido:

—Si hubiera V. recibido á ese hombre con una política afectada ó una indiferencia glacial; me hubiera V. hecho un daño inmenso; porque ese hombre se creeria con derecho á llamarme ingrato, y ya preferiria los mas insufribles tormentos á una reconvenccion de sus lábios.

—¿Quién es ese hombre? le pregunté profundamente conmovido.

—Ese hombre es mi mejor amigo: á ese hombre le debo la vida: respondió con solemne acento.

—¿Pero quién es, cómo se llama? volví á preguntarle.

Mi homónimo iba á pronunciar una palabra; pero se detuvo un momento y dijo despues:

—Algun dia sabrá V. quién es ese hombre, pero no ha sonado la hora.

—Estoy cansado, murmuré, de andar entre tupidas sombras.

—Ocupémonos de la marquesa: repuso mi homónimo, cambiando la conversacion.

—¿Qué secretos posee V. capaces de anonadar á la marquesa? le pregunté resueltamente.

—Muchísimos: me respondió con perfecta tranquilidad.

—Inícieme V. en todos ellos: insistí con ardiente deseo de venganza.

—Es imposible: me respondió con su acostumbrada sangre fria.

—¿Es imposible? murmuré manifiestamente enojado.

—Es imposible, y voy á presentar á V. una disyuntiva que no tiene contradiccion, y es la siguiente. O V. es hombre de honor ó no. Si lo primero, no hará uso de los secretos que yo le confie; si lo segundo, no debo confiárselos; y es la natural consecuencia que estoy obligado á guardar el mas religioso silencio.

La disyuntiva de mi homónimo no tenia réplica, y despues de haber meditado algunos instantes, repuse:

—¿Con que debo continuar siendo juguete de la marquesa del Buen-Gusto?

—Nada menos: y aunque no crea prudente revelar á V. algunos secretos, le daré consejos importantes.

—Mi posicion es muy comprometida, y espero con ánsia los consejos.

—Visite V., mañana sin falta, á la marquesa del Buen-Gusto.

—¿Pero cómo he de presentarme ante una señora á quien no he hablado nunca y cuya enemistad?...

—Ingéniese V. como pueda, y no hablemos más de la marquesa del Buen-Gusto. ¿De quién mas quiere V. decirme?

—Quiero hablar á V. del banquero Mauricio Sanchez.

—¿Tiene V. negocios pendientes con el espléndido capitalista?

—Parece que en tiempos pasados me hizo alguna mala pasada, y que yo me he propuesto tomar cruda venganza.

—Ahora que me habla V. del banquero. Si no acudo á tiempo iba V. á hacer una solemne tontería.

—Habré cometido muchísimas desde que estoy en el Infierno.

—Me parece que iba V. á redactar un discurso de encarnizada oposicion.

—Es verdad. Tengo algunas quejas del señor ministro de Hacienda, y queria vengarme crudamente de S. E...

—Quería V. vengarse del ministro, haciendo que Mauricio Sanchez ganára veinte y cinco ó treinta millones.

—¿Y, realizada mi venganza, qué me importaban las grandes ventajas de Mauricio?

—¿No ha dicho V., hace un momento, que queria vengarse crudamente del opulento capitalista?

—Sí, pero es conveniente que hagamos una diferencia. El Nazario Palma de Jura, que quiere vengarse de Mauricio es V., y el Nazario Palma de Jura que quiere vengarse del ministro soy yo.

—Por eso me tomé el trabajo de redactar un

proyecto de contestacion al discurso de la corona, que favoreciera mis intentos, ó por lo menos, que no los perjudicára mucho.

—¿Y resulta que en esta cuestion no opina-
mos del mismo modo?

—En esta cuestion ó cuestiones, V. se vengará como pueda del ministro y yo me las habré con el banquero.

—Me conformo. ¿Qué conducta debo observar respecto á Catalina?

—La que V. tenga por conveniente. Bajo la inteligencia que todas darán el mismo resultado.

Guardé un instante de silencio y mi homónimo prosiguió.

—¿Tiene V. que hacerme mas preguntas ó que pedirme mas consejos?

—Me han dejado tan poco satisfecho sus respuestas de V., que no pienso hacerle mas preguntas.

—En ese caso se van á trocar los papeles: dijo mi homónimo sonriéndose.

—¿Por qué? me apresuré á preguntarle con acento no muy apacible.

—Porque ahora voy á dirigir á V. algunas preguntas muy sencillas.

—Estoy dispuesto á contestarlas con mas ó menos latitud; segun me parezca conveniente.

—Es muy justo; y hago mi primera pregunta.

¿Cómo á hecho V. las amistades con María Cartosama ?

—Nunca he reñido con María : le respondí sencillamente.

—Pero he reñido yo ; y como V. y yo somos uno mismo , resulta que habrá V. tenido que hacer las amistades con María ; cuando ha intimado sus relaciones hasta punto de darla el brazo en *Ciudad-Bella*.

—¿Tambien V. sabe que la dí mi brazo en las máscaras ?

—No he de saberlo ; si llamaron ustedes la atencion de la numerosa concurrencia.

—¿Quiere V. decirme por qué llamamos tanto la atencion ?

—Es muy sencillo. Casi todos los concurrentes sabian que entre Nazario Palma de Jura y María Cartosama reinaba una marcada enemistad, y esa pública reconciliacion los sorprendió agradablemente.

—¿Y entre Nazario Palma de Jura y María Cartosama mediaban justos motivos de enemistad ?

—Pregúnteselo V. á María, que lo sabe lo mismo que yo , con sus mas pequeñas circunstancias.

—María me creerá al corriente de ellas y por lo tanto no querrá decirme...

—Me parece que ha hecho V. muy mal en intimar con esa jóven.

—¿Por qué? le pregunté bastante alarmado y confuso.

—Porque la intimidad entre jóvenes de distintos sexos suele ser muy comprometida.

—¿Y V. eree que mi intimidad con María se halla en ese caso?

—Yo tengo ciertas convicciones que creo necesario ocultar; y como hago todo lo que creo conveniente, las oculto.

Me ofendió un tanto esta respuesta, y me irritaba vivamente que, en vez de aclararme dos enigmas, me dejara envuelto mi homónimo entre los misterios de cuatro. Procuré en vano dominar mi mal humor, y temiendo manifestarlo con palabras duras, guardé silencio, hasta que me dijo mi homónimo:

—Se va haciendo tarde; V. no ha comido, y hemos terminado, según parece, nuestra conversacion.

—No señor, repuse, acordándome de un suceso que había enteramente olvidado.

—Pues me parece conveniente que no perdamos mucho tiempo.

—Comienzo. ¿Sabe V. si el miércoles de ceniza bajó á la *pradera del Canal* un caballo de mi pertenencia?

—¿Montado por un ginete que ocultaba el rostro bajo una máscara de seda?

—Y que maltrató horriblemente al vizconde del Artamus.

—Efectivamente, pertenece á V. ese hermosísimo caballo.

—Lo siento en el alma: murmuré con acento de grave disgusto

—¿Por qué? me preguntó con mas interés y ansiedad que habia manifestado nunca.

—Porque anoche me pidió una satisfaccion el vizeconde del Artamus.

—¿Y V. qué hizo? volvió á preguntarme con creciente ansiedad.

—Dársela: repuse, un tanto alarmado y confuso.

—¿Espada en mano? insistió mi homónimo con energia.

—No señor: murmuré, leyendo en el rostro de mi homónimo las diferentes sensaciones que sufría.

—¿Pues cómo? me preguntó por cuarta vez con mas inquietud.

—Le aseguré, palabra de honor, que yo no montaba el caballo.

—¡Y mintió V. villanamente! exclamó mi homónimo furioso.

—¡Caballero! exclamé á mi vez, no pudiendo reprimir mi enojo.

—Mintió V., porque yo montaba al caballo, y V. y yo somos uno mismo.

—Es verdad: repuse comprendiendo la fuerza de tal argumento.

—¿Y sería V. capaz, añadió mi homónimo, de decir que no sabía quién montaba el caballo.

—Exactamente: fueron mis palahras; y tuve que contenerme mucho para no asegurar que el caballo no me había pertenecido nunca ni lo había visto en toda mi vida.

—Hubiera V. acabado entonces su obra de un modo digno del principio. ¿El vizconde se dió por satisfecho con tan mal hadadas excusas?

—Aparentó que se rendía con dificultad; y para hacerlo me impuso una condicion.

—¿Cuál?

—Que escribiría á mi administrador, preguntándole quién había montado mi caballo.

—Condicion que V. aceptó sin vacilar: repuso mi homónimo.

—La acepté: y entonces el vizconde del Artamus me dijo en confianza que estaba perdidamente enamorado de Joaquina de Villagracia, hermosa y entendida jóven.

—Lo sé.

—Preguntándome á renglon seguido, si era cierto que yo la obsequiaba tambien.

—¿Y V. que respondió?

—La verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Que no la obsequio.

—V. ha mentado, porque yo la quiero, y de veras. Pero no hablemos mas del caso, ya que ha

obrado V. en este negocio con una torpeza inaudita, que yo procuraré enmendar. Tenga V. la bondad, amigo mio, de dirigirse ahora á su casa, y no saldrá de ella ni recibirá á nadie hasta mañana á las tres y media de la tarde, hora en que podrá hacer una visita á la marquesa del Buen-Gusto.

Condescendí con la exigencia del mi homónimo; el cual añadió al despedirnos.

—Sobre el pupitre encontrará V. una carta.

CAPITULO XVII.

ESPLÍCACION DE UN ENIGMA.

LA inoportuna reclusion que acababa de imponerme mi homónimo, me contrariaba horriblemente por varias razones ; y la principal porque, á pesar de sus reticencias respecto á Maria Cartosama, mi ardiente pasion hácia la jóven no me permitia pasar una noche sin verla, y mucho menos sin averiguar el significado de aquel saludo tan espresivo como ambiguo. Sin embargo, reflexioné que me era forzoso cumplir sus órdenes ó sus deseos ; y me encaminé hácia mi casa, pensando en la carta que, segun la advertencia del Diablo, debia encontrar sobre mi pupitre.

Luego que llegué á mi aposento, di orden de

que me negáran á todo el mundo ; cojí la carta, que me habian anunciado ; noté que habian violentado su oblea ; rompi el nema , y leí lo siguiente :

» Nazario : te manifesté en mi anterior , que habia descubierto la guarida de nuestro hombre y tomado las precauciones necesarias para que no burlára mi diligencia. Preparado todo , amigo mio , de la manera conveniente , corrí en su busca , y , sin andarme con rodeos , le manifesté lisa y llanamente el motivo de mi visita. Oyó mis palabras dando muestras de asombro , por mas que quiso aparentar indiferencia ; pero recobrando su audácia , me respondió del modo mas descarado é insolente. Lo dejé hablar cuanto tiempo quiso ; y despues de manifestarle , sin fruto , que tenia en mi mano publicar el punto de su residencia , comencé á leerle párrafo por párrafo tu carta , estudiando cuidadosamente el efecto que en él producian sus graves y numerosos cargos. Esta lectura y la del documento que me acompañabas domaron su nécia arrogancia ; y despues de intentar en vano varios medios de capitulacion , tuvo que entregarse á merced de su victorioso enemigo. Con arreglo á tus instrucciones lo tengo puesto á buen recaudo , habiendo cuidado de salvar todas aquellas apariencias que podrian impedir algun dia el buen logro de tus intentos. Me apresuro á participarte

esta fausta nueva, y espero me escribas otras instrucciones para obrar con arreglo á ellas, ya que he tenido la fortuna de complacerte y ayudarte. Tu amigo afectisimo:

Isidoro.

Por la letra y firma conocí que aquella carta estaba escrita por el que me habia dirigido otra sobre el mismo asunto; y recordando que la oblea de la primera habia sido tambien violentada, conjeturé que aquella correspondencia iba á parar á manos de mi homónimo antes de llegar á las mias. Esta precaucion ó este acaso nada tenia de particular, atendiendo á que mi homónimo debia tener muchos asuntos importantes que tratar con personas á quienes yo no conocia; pero lo que me llamaba la atencion era el por qué me remitia despues aquellas cartas, cuyo significado no comprendia yo, ni era posible adivinára. Me conformé con ignorar aquel misterio, y despues de encerrar la carta en compañía de la anterior, pedí la sopa, dedicando la mitad de mi pensamiento á María, á quien deseaba y no podia ver aquella noche; y la mitad restante á la páfida y vengativa marquesa del Buen-Gusto, á quien deseaba y esperaba ver al dia siguiente.

La ofuscacion de mi cerebro, en el cual se mezclaban y confundian las mas singulares ideas,

perjudicó mucho á mi apetito; y aunque mi huésped se esmeró en servirme un rico *puré* de lentejas, al cual soy muy aficionado, tomé de él muy pocas cucharadas; no haciendo mejor los honores á lo restante de la comida, y contentándome con probar los mas apetitosos postros.

Siguió á la comida el café, y, con el habano en la boca, me entregué mas resueltamente á profundas meditaciones, ó mas bien á tristes fantasías. El primer objeto de ellas fué la seductora y hermosa hija de los marqueses de Cartosama; pero en vez de representármela enamorada y cariñosa, la veia altiva y enojada; sus ojos chispeantes de ira, hinchadas las venas de su frente, y por un contraste singular, retozando en sus labios una sonrisa desdeñosa. En unos momentos queria revelarme contra el magnetismo de su poderosa mirada, pero eran vanos mis esfuerzos, y tenia que bajar los ojos triste, vencido y humillado: en otros momentos queria desafiár su glacial desden, pero despues de agotar mis fuerzas lanzaba un doliente suspiro. Cansado de luchar en vano, acudia al mas humilde ruego; pero el corazon de María, tan duro como el pedernal, no se ablandaba con mi queja; y era mas glacial su sonrisa y su desden mas humillante. Como figura, en segundo término, de un lienzo, cuyo lugar privilegiado ocupaba mi cruel-amada, se presentaba Enrique Flores; no

:

abatido, airado y celoso, como lo habia visto aquella tarde, sino altivo, alegre y satisfecho, irradiando su rostro destellos de suprema felicidad. Es verdad que la hermosa María lo miraba con tanto amor como á mí desden; con tanta dulzura como á mí enojo; con una sonrisa tan cariñosa como sarcástica era la mia. En tercer término se dibujaban algunas cabezas de hombres, casi perdidas entre las sombras; y aunque no podia distinguir bien sus facciones estaba seguro que reconocia algunas de ellas. Este era el cuadro de los celos, dibujado sobre el negro fondo de una imaginacion desarreglada.

Cuando dejaban de perseguirme estos fantasmas, empezaba á forjarme otro, al cual daba yo mismo el colorido y proporciones; porque este fantasma era la marquesa, mi irreconciliable enemiga.

Yo habia visto á la noble dama una sola vez, y aun podria decir que ninguna; porque habiéndola visto el domingo de carnaval vestida de máscara, nada podia decir de su rostro, que habia conservado cubierto, y poquísimo de su talle, que desfiguraba el disfraz. Sin embargo, una circunstancia me hubiera hecho reconocer á la marquesa entre mil mugeres, y eran aquellos pies enormes que tanto me habian llamado la atencion. Contaba, pues, únicamente con el pedestal de la estatua; y como habia oido decir aquella tarde á las dos niñas que la marquesa

era muy linda , formaba una especie de mónstruo con pies de barro y rostro de oro rutilante. Este contraste avivaba mi curiosidad , y sumido en brava mar de confusiones , esperaba con impaciencia la llegada del dia siguiente :

Me acosté temprano , dormí mal , y me levanté bastante tarde. Pedí un carruaje , para las tres y media en punto , y estuve esperando esta hora con extraordinaria impaciencia. De vez en cuando , entraba mi huésped a decirme que habian preguntado por mí ; pero que , fiel á su consigna , me negaba rotundamente : lo que no solia sentar bien á muchos de los que me buscaban.

A las tres estaba vestido en completo traje de visita ; á las tres y media llegó el carruaje , y quince minutos despues subia la escalera de la marquesa del Buen-Gusto ; habiendo preguntado al portero si estaba en casa S. E. Entregué una tarjeta á un criado , y momentos despues me condujo á un salon ricamente amueblado ; en el cual me salió al encuentro , en vez de la marquesa , un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años , de rostro vulgar , mediana estatura y perfectamente nutrido , ya que no deformemente grueso. Este hombre me dió un estrecho abrazo , y conduciéndome al sofá , me dijo con franca alegría :

—Cuánto me alegro , amigo mio , de ver á V. por nuestra córte.

—Yo tambien me alegro muchísimo: le respondí con embarazo.

—¿V. habrá estrañado, quizás, que no haya ido á hacerle visita?

—No señor. V. no tiene necesidad de hacerme cumplidos.

—Sin embargo, no hubiera dejado de hacerla, á haberme encontrado en la córte cuando V. llegó.

—¿Tambien V. ha hecho su viaje? le pregunté, procurando adaptarme á sus francos modales.

—Un viaje no; pero he visitado estos dias algunas de mis propiedades.

—Es V. un propietario inteligente, que procura aumentar sus rentas.

—Mi padre fué sumamente pródigo, y, como tal, muy descuidado.

—¿Y V. procura reparar las brechas que abrió en su fortuna su señor padre de V.?

—Ya he conseguido repararlas: y puedo vivir con holgura. Pero V. no puede figurarse con cuánto gusto recibí de manos del criado la tarjeta que tuvo V. la bondad de entregarle.

—¿Recibió V. la tarjeta que yo habia entregado al lacayo?

—Me encontraba afortunadamente en el cuarto de mi señora.

—Ha sido una gran fortuna para mi que se encontrára V. en el cuarto de la marquesa.

—Efectivamente lo ha sido; porque mi mujer iba á vestirse y hubiera V. tenido que esperarla.

—Y ya ve V. qué diferencia tan grande existe entre esperar solo ó entan agradable compañía.

—Propuse á la marquesa que lo recibiera en su cuarto... .

—¿Y tuvo la crueldad de negarse? pregunté con una sonrisa.

—Se escusó; y es necesario confesar que con razon, diciéndome que no estaba vestida.

—Es una razon poderosa. Los misterios del tocador pertenecen á los maridos.

—Es un privilegio esclusivo, que pagamos bastante caro.

El aplomo con que el marqués aseguraba lo esclusivo del privilegio, me hizo temer que mi homónimo hubiera disfrutado de él algun tiempo, confirmándome mas en esta idea lo obsequioso que se manifestaba conmigo; pues todo el mundo sabe ya, que el mejor amigo de un marido es aquel que comparte los privilegios esclusivos. Estas conjeturas empezaron á ponerme de mal humor, porque mi posicion respecto á la marquesa era bastante embarazosa, sin necesidad de añadirla pasados disgustos y recuerdos. Preocupado con esta idea, guardé silencio, hasta que el amable marqués tuvo la bondad de interrumpirlo, diciéndome:

—Ya que hemos hablado de privilegios exclusivos ¿cuándo se casa V., Nazario?

Esta pregunta tan sencilla, me llamó mucho la atención, y queriendo esquivar una respuesta categórica, dije al marqués, afectando una maliciosa sonrisa:

—Los hombres como V., márquès, se casan cuando se apasionan, los hombres como yo lo hacen cuando les permiten hacerlo el estado de sus negocios, no siempre próspero ni aun mediano.

—Oyendo á V., cualquiera diria que se encuentra en graves apuros.

—En graves apuros no, marqués; pero tampoco muy boyante.

—Y sin embargo....

—¿Qué?

—Ya tenemos aquí á mi esposa; repuso el marqués interrumpiendo la conversacion comenzada.

Me levanté inmediatamente para saludar á mi enemiga; pero cuánta seria mi sorpresa reconociendo en la marquesa del Buen-Gusto á la dama del pié pequeño, que me habia visitado la mañana siguiente á mi llegada, con quien habia tenido tan desapacibles diálogos, y á quien debia no haber alcanzado los favores de la hermosa Sofia Amaranto.

FIN DEL TOMO III.



Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Esta Biblioteca se publica por tomos de á 300 páginas, poco mas ó menos, y se reparten en los primeros dias de cada mes.

PRECIO 5 reales tomo. — Para los suscritores al Diario, 2 reales tomo. — Para los que se suscriban á esta Biblioteca no estándolo al Diario, 4 reales.